





LA
TAUROMANÍA

POEMA BUFO-ÉPICO-AVINAGRADO

POR

PEDRO DE LOS PALOTES.



MADRID
IMPRESA DE DIEGO PACHECO
Plaza del Dos de Mayo, núm. 5.

1890



LA TAURUMANIA

Es propiedad.—Queda hecho
el depósito que marca la Ley.



LA
TAUROMANÍA

POEMA BUFO-ÉPICO-AVINAGRADO

EN OCTAVAS REPUBLICANAS (VULGO ANTIRREALES)

POR

PEDRO DE LOS PALOTES



MADRID
IMPRENTA DE DIEGO PACHECO
Plaza del Dos de Mayo, núm. 5.

1889

A LOS SEÑORES TAURÓFOBOS



No le deis vueltas ni os canséis ni moláis atacando una fiesta que, siendo para los españoles una segunda naturaleza, tan profundas raíces ha echado en nuestro suelo, que para arrancarla de cuajo se necesitaría todo un ciclón; pero no un *cicloncillo de tres al cuarto*, como *aquel que nos visitó*, sino un ciclón *ad hoc, express, de encargo* para el caso, con su fuerza máxima multiplicada por el cuadrado, y de la duración al menos de un par de semanas; y eso que el *cicloncillo* dicho, en el corto espacio de tiempo que *imperó*, no se portó del todo mal, pues barrió torres y casas cual si fuesen de alfeñique, derribó moles enormes como si fueran de talco, descuajó árboles gigantes cual si fuesen de arteificio, y arrastró coches y gentes como á juguetes de feria.

Cuantas voces hanse alzado en nuestra patria para condenar, como *horrendo anacronismo* en esta época de luz y de progreso, la *fiesta nacional*, otras tantas fuéronlo escuchadas con la misma *atención* con que se oye, al dulce abrigo de las bienhechoras mantas y en

luenga noche de glacial invierno, el monótono rumor de intermitente lluvia; y convencidos debéis estar, y lo estaréis sin duda, de que todo lo que habéis de sacar de vuestra reñida campaña antitáurea será lo que el negro del sermón, esto es, la nada entre dos platos.

Ni vayáis tampoco á creer que sois sólo vosotros los intransigentes enemigos de tan sublime fiesta, gala de España y honor de sus valientes hijos. En las tribunas del Senado y del Congreso os han acompañado oradores *sensibleros*, D. Alejandro Oliván y D. Salustiano de Olózaga por ejemplo (no incluyo al marqués de San Carlos porque éste vive y es de los vuestros), logrando lo mismo que vosotros y lo que todo aquel que, sin conocimiento exacto de la *sindéresis patria* y de nuestra idiosincrasia esencialmente torera, pierda el tiempo, el talento y el esfuerzo en combatir lo que es inexpugnable, inquebrantable, incommovible y casi iba á decir inmanente é imprescriptible.

No, no puede darse cuerpo á la quimera, vida á la sombra ni aliento al mineral.

Desde Jovellanos á Monlau, desde Vargas Ponce á Fernández de los Ríos, desde Selgas á Navarrete, escritores no tontos, pero extraviados, han roto sus lanzas en la justa que ellos llaman de la civilización, condenando enérgicamente la *diversión patriótica* por excelencia. ¿Y qué lograron con su terquedad insana? Lo que la serpiente de la lima: desdentarse á fuerza de morderla. *¡Justo castigo á su perversidad!...*

Dejemos, pues, el mundo como está; rueda la bola

y no nos metamos á redentores ni prediquemos en desierto marchando contra la corriente, que al buen callar llaman Sancho y de entrometidos es el salir contundidos, pues cuanto en tal sentido se haga ha de ser por necesidad irrito y huero.

Que los toros nos den característica nacional, peculiar, excepcional, *sui generis* como si dijéramos, para que, al verse tan distintos de nosotros, rabien los extranjeros; que los toros despanzurren caballos y más caballos, y desencuadernen jinetes y más jinetes, y si no que se les achicharre por *maulas*; que los caballos se pisen tripas é intestinos en su vertiginosa carrera, *alimentada* á palos por el ser hidalgo llamado *mono sabio*, y que sus huecos vientres sirvan de moldes de carátulas monstruosas al despavorido picador, que á menudo mete la cara en sangre, como el tío Conejo la metiera en barro; que los toreros se hagan millonarios, riéndose de la ley de *Partida* que llama *home vil* al que expone su vida por el interés, y que sus carruajes sean arrastrados (desenganchadas oportunamente las bestias) por el Pueblo libre, independiente y soberano; que si el caso se repite, ya que por suerte ha llegado, entre un *prelado* y un *diestro* elija un *gran ministro* á un diestro; que la noticia de la enfermedad de un *Príncipe del Toreo* ponga en conmoción el Telégrafo y la Prensa, cual si se ventilasen los más arduos problemas del Estado; que la presunta retirada del *redondel* de ese mismo Príncipe (!) sea más comentada que la de los *Diez mil* de Jenofonte, y

casi casi un duelo nacional; que los diestros *que se queden* inspiren odas y aspiren al Congreso, y que los dómínes en cambio suspiren de hambre y expiren de miseria.

Todo esto es preciso, y aun precioso, señores tau-rófobos, y lo demás es tontería.

La aristocracia aliada con los toreros; la clase media honrándose con su saludo; el *industrioso* y el *mercachifle* abonados *à fortiori*; los clérigos aplaudiendo los pinchazos en *los rubios*, mientras el diestro muere sin sacramentos en los cuernos de la res; los magistrados *estudiando* imperturbables, entre puyazo y puyazo y verónicas y quiebros, las diversas fases del suicidio para hallar en el del hombre luchando con la fiera su irresponsabilidad al no evitarlo; los *padres* de la Patria, los ediles y curules mostrando su humildad codeándose en la Plaza con la plebe, como los patriocios romanos en el Circo, para dar *tono* al espectáculo sublime; el estadista inspirándose abstraído en los altos ejemplos de moral y de cultura que la lidia ofrece, para formar generaciones magnánimas *que den el opio á los Pielas rojas*; las más ilustres encopetadas damas bordando moñas para los toros y petacas para los toreros, y envolviéndoles en hojas de plata los vegueros que cultivó el sudor del flagelado negro; las doncellas timoratas arrojando entusiasmadas sus pintorescos abanicos, con el madrigal tal vez del ángel, al *artista* de sus inclinaciones; el varón fuerte y bravo, mal oliente á lo que hiede el *hombre atroz*, descaperu-

zándose en pleno Sol canicular y poniendo á los pies del *triunfador* la cúpula de su mollera; el Pueblo pobre, dos veces pobre, de entendimiento y de pan, abandonando el taller y empeñando su único colchón por derretirse en el *tendío*; la Beneficencia levantando en su flamante cortesana Plaza un templo «para rodear de lujo á la barbarie», según la expresión de un *murmurador tauróforo*; los escritores derrochando ingenio en honor de la *fiesta* por antonomasia, y los poetas compitiendo en ditirambos á los *sacerdotes* del Toreo!...

Y bien, ¿qué? ¿Qué tenemos con eso?... ¿No pinta todo ello al óleo nuestro *genio*, no refleja *al pelo* nuestras *clásicas* costumbres, no *entona* más y más nuestro *meridional carácter* y hace de esta España flamenca y macarena el pueblo más raro, egeno y autóctono del mundo?

Pues si esto es así, y vosotros lo creéis sin duda, comprenderéis que vuestra inquina antitorera se ha hecho vieja, que no tiene ya serio fundamento y que no hay razón para decir, como el *tibio patriota Jovellanos*, que las corridas de toros son «el vehículo de los silbidos con que la Europa culta nos arrulla.» Yo al menos creo, y creo no creer mal, pues que conmigo lo cree la inmensa mayoría de este Pueblo de tan anchas tragaderas, que son, por el contrario, el faro rutilante, el foco incandescente, el globo igneo que alumbrá y alumbrará los vastos yermos, las llanuras despobladas, los estériles arenales, *et sic de cæteris*,

de nuestra *rica y floreciente* España, á través de los siglos y de las generaciones, *hasta la última Thule!*...

Y como nada tenéis que contestarme á esto, me despido de vosotros besándoos las manos no de muy buen talante, pues nadie tiene derecho á ser *taurófobo* en esta hermosa tierra donde tan espontánea como abundantemente *se da el taurófilo*.

PERICO.

PREFACIO

Entusiasta ardiente del Toreo (aunque con las reservas mentales necesarias), y convencido á machamartillo de que la grandeza y esplendor de España hállanse vinculados, de abolengo y *ad perpetuam*, en la gloriosísima *fiesta nacional*, hacía tiempo que me aguijaba el deseo de dar á la estampa *algo* que directa ó indirectamente se relacionase con ella; cuando un día, leyendo en los periódicos que una heroína del amor conyugal, elevando hasta el cubo su sentimental potencia, había vendido su abundantísimo pelo por que su cónyuge, un tanto alicaído y escaso de plata, no se privase del placer de asistir á una corrida célebre en el Norte, peguéme la palmada que se *atiza* en *la testuz* todo aquel que da con el *quid* de lo que anhela, y exclamé, como el sabio inmortal siracusano: *Eureka!... Eureka!... Eureka!...* ; Ya pareció el peine!

Explicaba tan patética, cuasi lacrimosamente, el *suceso* uno de esos periódicos, y con tal lujo de arrequives y floreos, que, efecto sin duda del misterioso fluido que identifica al lector con el autor cuando el lector no entiende mal lo que el autor explica bien,

sentime súbito conmovido, al punto de saltárseme las lágrimas, á la contemplación de un tan alto ejemplo de abnegación sin igual.

Porque la verdad es que puede exigirse de la mujer, y aun esperarse de ella sin exigírselo, amor, virtud, modestia, caridad, sencillez, continencia, hasta el silencio alguna vez!... menos la dádiva de su cabellera, pues que ésta sólo la consagra, en el lirismo de sus cándidos amores — mas en dosis tan nimia que apenas basta á llenar el exiguo receptáculo destinado á guardarla como inapreciable joya, — al ser afortunado que impera en su corazón.

Pero la cabellera entera y verdadera, en pleno, en absoluto, con sus largas trenzas y sus abultados rizos, ya negra como el ébano, ya rubia como el oro, ya de los mil tonos y matices intermedios y más ó menos aproximados á los dos colores *padres*, que riela y ondula en las hermosas testas femeninas, embelleciéndolas hasta la *insolencia* con la inexplicable gracia que atrae y que irrita, que enfurece y conmueve, que seduce y enciende, y de la cual dijo Delille, no acertando á definirla de otro modo:

¡Ah! La gracia es todavía
más bella que la belleza,

¡eso es otra cosa!...

Y monda y lironda, cual la del quinto esquilado á su ingreso en el cuartel; ó cual la de esas tristes que, muertas para el mundo, le hacen sacrificio de sus galas para encerrarse y morir en la soledad de estrecha celda; ó cual la de aquella hermosa y amante Berenice, que al partir su ídolo Evergetes á la mortal re-

friega, consagró á los dioses su espléndida cabellera para que se lo devolviesen *salvo, sano y sin cautela*, quedó la testa de la *gentil fembra* que me ocupa, en aras del amor cónyugo-táureo y al filo cruel de la tijera *pelicida*.

El *suceso* me abrumaba despiadadamente; y desasegado, inquieto, taciturno y cuasi entontecido, no hallando medio de traducir á la escritura mi volcánico pensamiento, ni acertaba á desechar de la obtusamente la pertinaz idea que la caldeaba y avasallaba, germinando en ella con persistente indómita fuerza, ni menos á mostrar el fruto, siquier tamaño como un grano de trigo, de aquella bullidora incubación que, amenazando subvertir los fundamentos de mi equilibrio físico y moral, me traía inapetente, magro, displicente y cariacontecido, cuando un día — ¡día feliz y nunca bastantemente alabado cual se debe! — en que ya me daba al Diablo por zopenco y torpe, iluminado sin duda, electrizado mejor dicho, por la asociación de las ideas que en desatado tropel convergían á mi mente — ¡oh suerte! ¡oh prodigio! ¡oh fenómeno de los fenómenos! — *rompí* en verso sin saberlo, y, exaltada mi ambición de *cantor epopéyico* de un *poema* ó cosa así que perpetuase en letras de molde la memoria de un hecho tan heroico, los produje en tal y tan deshilvanada abundancia, que cuando quise recordar me encontré con un *cantaxo*; es decir, con un *canto*, que, habiendo sido el *primero* que escribí, luego *ha resultado* el *quinto*.

Sucedíéndose y atropellándose los sucesos, el 25 de Mayo del 84 pude ver, hallándome en las alturas de la calle de Alcalá, cuál se desvivían las gentes por

asaltar toda clase de vehículos para trasladarse al templo de los cuernos, no obstante hallarse el cielo encapotado y haber caído ya varios aguacerillos, precursores del aguacero padre—y aun de *padre y muy señor mío*, pues tuvo honores de torrencial—que á poco descargó en plena corrida, despejando la Plaza más que á paso y, lo que es más triste, sin devolución de *motas*.

Mujeres vi llorar cual desoladas Magdalenas, relapsas, no arrepentidas, por la *negra mala sombra* que les había aguado la fiesta cuando tanto creyeron *divertirse*; y mujeres vi también que, en su afán de llegar al edificante tabernáculo de sus ansias—cuando no preveían, ó al menos esperaban conjurarlo con alguna oración á San Antonio, el fracaso tremendo de la lluvia,—asaltaban los carruajes con saña, con esa saña femenina digna de admiración por lo audaz é insólita, dejando á sus barbudos acompañantes á retaguardia con la impedimenta de abrigos, paraguas y merienda, para llamarles desde las ventanillas y aun desde la imperial de los ómnibus que con tanto esfuerzo conquistaran, y ante los cuales llegaban jadeantes, compungidos y mohinos, excitando la codicia de algún caricaturista que habría deseado diseñarles *après nature*.

Consecuencia natural, forzosa, ineludible de aquella suspendida función por *mor* de la lluvia, fueron las sucesivas de los jueves, que empezando á aclimatarse en nuestro fecundo suelo, que adquiriendo los caracteres de *conveniente* cronicidad, que llegando casi á encarnarse en nuestro ser y á solicitar carta de naturaleza entre nosotros, inspiraron á un periódico *malévolo*, á *La Época*, un malhadado suelto en que llamaba

la atención del Gobierno hacia aquel *abuso* del Toreo, que despoblando los talleres, las oficinas y los hogares, é hiriendo la moral, la economía y el trabajo, en tan continua zambra y zalagarda traía á la villa coronada; concluyendo por aconsejar que, pues en próximo jueves había de verificarse la función á beneficio de los inundados de Murcia, allí acabasen las corridas dobles por semana, dejando sólo la del domingo para grato solaz é inocente esparcimiento y consuelo de afligidos, digo no, de aficionados, que ¡Dios sea loado! lo somos un español sí y otro también.

Pues bien, ¿lo creyerais? Tan *insensato* ruego fué atendido *in continenti* por las autoridades madrileñas, y la función del jueves sucumbió por sorpresa y á *traición*, cuando más boyante y ufana se ostentaba, al punto de eclipsar la del domingo.

Pero el feroz *ukase* duró poco; pues como, por nuestra buena estrella, estamos en el país en que, según de antiguo es sabido, se dan las órdenes para que no se cumplan, muy pronto empezó á agitarse la maltrecha mas no muerta función del jueves, y muy pronto también pudimos desquitarnos de la forzada abstinencia concurriendo á seis corridas, entre Madrid y sus merindades, en sólo una semana. ¡La semana gráfica del Creador Omnipotente, con sus seis días de trabajo y el séptimo de descanso!

¡Que rrrrrabien los extranjeros y que nos pinchen ratas!

Mil y mil incidentes, á cuál más épico y sabroso, entre ellos la famosa lámina representando á *Frascueto* en sitio preeminente con Cervantes y Víctor Hugo, y la no menos curiosa y á la par edificante de un torero

con vistas á la *high-life* y con frac y guante blanco, rodeado de libros y bajo una cabeza de toro chorreando sangre, con otros ornamentos adecuados á la *sublimidad* del asunto, solicitaron de nuevo mi atención y me hicieron añadir algunos materiales á los primitivos que sirvieron de ensayo á mis borrones.

Las conversaciones entusiastas, acaloradas, henchidas de ferviente unción, sobre el Toreo y *sus adherentes*; su exótica y gentil indumentaria; los lances y episodios á monteradas de tan espléndida fiesta; aquella caja paseada procesionalmente por las calles de la Corte, custodiada por cívicos guardias y conducida al lugar de su destino, conteniendo los billetes de la inmediata función *benéfico-táurea*, y escoltada con respeto por millares de ciudadanos, que sin duda veían en ella el arca santa de sus libertades y derechos; aquella Comisión de la Diputación Provincial que fué á avisarse con el célebre *Frascuero* para pedirle que torease en la corrida dicha, cuando el pundonoroso diestro, nuevo Coriolano ultrajado por su patria, estaba enojado con la Plaza de Madrid y no quería, como el gran romano, honrarla más con su presencia; aquella provechosisima discusión, sostenida en el Senado con gravedad olímpica, sobre el reparto de billetes de una corrida privilegiada en solemnidad del matrimonio de una infanta, y en cuya discusión se cruzaron frases de alto efecto, y se habló de dimisiones y aun de crisis; aquella escena tan *encantadora* de un niño matado á *estoque* en Madrid por otro niño, en una de esas parodias de corrida que improvisan las hordas infantiles en plena plaza ó calle, á presencia y paciencia de las autoridades, que contemplan imperturbables la

precocidad taurómaca; tantos y tantos lances estupendos, asombrosos, incomparables como la fiesta magna mostraba y muestra por do quier, lograron calentar de tal modo mi cabeza, que á punto ya de caramelo— ó sea en aquel en que se halló la del Ingenioso Hidalgo cuando, después de atascársela con cuantos libros de Caballería hubo á las manos, enfrascado en su lectura hasta pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, se decidió á dar gloriosa cima y felice acabamiento al plan que le atarazara el alma de acorrer á los menesterosos y acocear al soberbio,— temeroso de los violentos estragos que la explosión interna que temía pudiera producir en mi individuo, me resolví á dar á luz mi *obra*, y desde aquel momento quedó decidido en mi fuero interno que no morirían conmigo mis inocentes desahogos tauromáquicos.

Circunstancias que no son del caso—y entre las cuales no ha entrado por poco mi natural temor de exhibirme ante la torva faz de la crítica, ó ante su compasivo desdén, más ingrato todavía—imposibilitaron la realización de mi deseo; y entre tanto el tiempo transcurría, y entre tanto mis garrapatos se hacían viejos, si bien sólo en lo accesorio; pues, en lo esencial, este *asunto de los cuernos* es de los que más larga y lozana *jumentud* disfrutan; por lo cual, y poniéndole por delante el *quitavergüenza* de *avinagrado*, me decido al fin á publicarlo *con todas sus consecuencias*.

En efecto, ó los detalles han sufrido ligerísima transformación, ó simplemente han cambiado en las personas. Si ayer era *Lagartijo* quien se cortaba la coleta, llevando el espanto al ánimo de sus admiradores, hoy es *Frascueto* quien se la *elimina*, y el caso me pa-

rece idéntico en un todo. Si hoy son Papa ó Antipapa del Toreo los dos diestros citados, mañana lo serán *Guerrita* y *Mazzantini*, y la Iglesia táurea descansará siempre en su piedra.

Si el Toreo antiguo, clásico, tenía su encarnación genuina en los *artistas del bronce*, con todas sus ordinarieces y bravezas, el Toreo moderno, elegante, fino, diplomático y por poco no representado en Cortes en la persona de su más distinguido *leader*, se traduce en discursos en los que el diestro se envanece de sus heridas en la Plaza como el soldado de las que recibe en campaña, y en tal concepto es honrado con medalla *irreemplazable* por coronado poeta.

Si Moratín compuso una oda á Pedro Romero, elevándole á la categoría de semidiós, el presbítero Amaya ha *descompuesto* otra á su ídolo Mazzantini comparándole casi con el Padre Eterno. Si Calomarde y Fernando VII erigieron una Cátedra de Tauromaquia, que el soplo de la Libertad barrió como el vagoio barre la nipa, el senador Santa Ana ha pedido *dos Cátedras* para que la *afición* no decrezca, por más que se haya quedado sin ninguna. Si los Príncipes del Toreo venían contentándose con *treinta ó cuarenta mil duros* ganados cada año, para Mazzantini ha subido ya la tara, pues en el mismo lapso ha devengado *sesenta mil*. Si el Pueblo soberano honraba á los toreros arrastrando sus carruajes, como sus seides el de *El Deseado*, la bandera española con corbata negra ha sido ahora izada en el Alcázar de los Cuernos en señal de duelo por el fallecimiento de la madre de uno de ellos. Si un tiempo los españoles invadieron nuevas tierras para plantar en ellas el lábaro de la Cruz, hoy hacen irrupción

en Francia para aclimatar su *fiesta nacional*; por más que la conquista de los *francos* se presente más difícil que la de los *indios*.

Y últimamente, si antes daba la Beneficencia una corrida anual, ahora da dos, *y aun sahumadas*; pues no sólo las exorna con todo el aparato de abigarrados cartelones, billetes en colorines y programitas en raso para abanicos que la farándula tipográfica al uso ha puesto en moda para satisfacción de flacas y costosas vanidades, sino que, rindiendo culto á los *adelantos modernos*, introduce en la *patriótica fiesta*, y en su segunda corrida de este año

(Porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada)...

las BANDERILLAS DE FUEGO MUSICALES (!); *cabiéndole el honor de estrenarlas*, según *La Correspondencia*, al primer toro, que sin duda se regalaría el muy *sibaritón* con sus armoniosos acordes *mientras* el fuego pirotécnico — pólvora *bien cargadita* de azufre y de salitre — le devoraba *benéficamente* el cerviguillo.

El *rosbeef ambulante*, como lo llama uno de los más graciosos cantores de la *fiesta*.

La barbarie pagana adornaba con guirnaldas á sus víctimas al conducir las al sacrificio. La civilización católica *engalana* á sus toros con banderillas de música que acompañan sus bramidos de impotente rabia contra el martirio que se les inflige por el crimen de ser *mansos*, y por ende DETESTABLES, según la *Doctora infalible de la Opinión y de la Prensa*.

Vese, pues, como expresado queda, que el Toreo sigue tan *guapazo*, *frescachón* y *sanote* como siempre,

siendo sólo viejo — repito — mi libro en algunos insignificantes detalles.

Que de todo mérito carece mi trabajo, lo sé sobradamente, pero para mí ha sido titánico, hercúleo; pues poco dado al lenguaje de los dioses, más de una vez me he prensado la mente con el tórculo de la rima, que rebelde huía de mí, como el amor de la vejez, como la alegría del infortunio, como lo bello de lo deforme: que no era digna de labor tan preciada cual la del Toreo la *vil prosa*, y sólo el *ritmo*, la *cadencia* y *majestad* de mi endecasílabo podían honrar en lo posible los cornúpetos hechos.

Al efecto he procurado aclarar mi pensamiento con notas necesarias, ampliando y comentando lo que no cabe en las prisiones de la rima, y omitiendo ó abreviando considerablemente las que resultan de este *Prefacio*, no por prolijo ocioso, pues él ha de guiar al lector en el conjunto de episodios que humildemente le ofrezco.

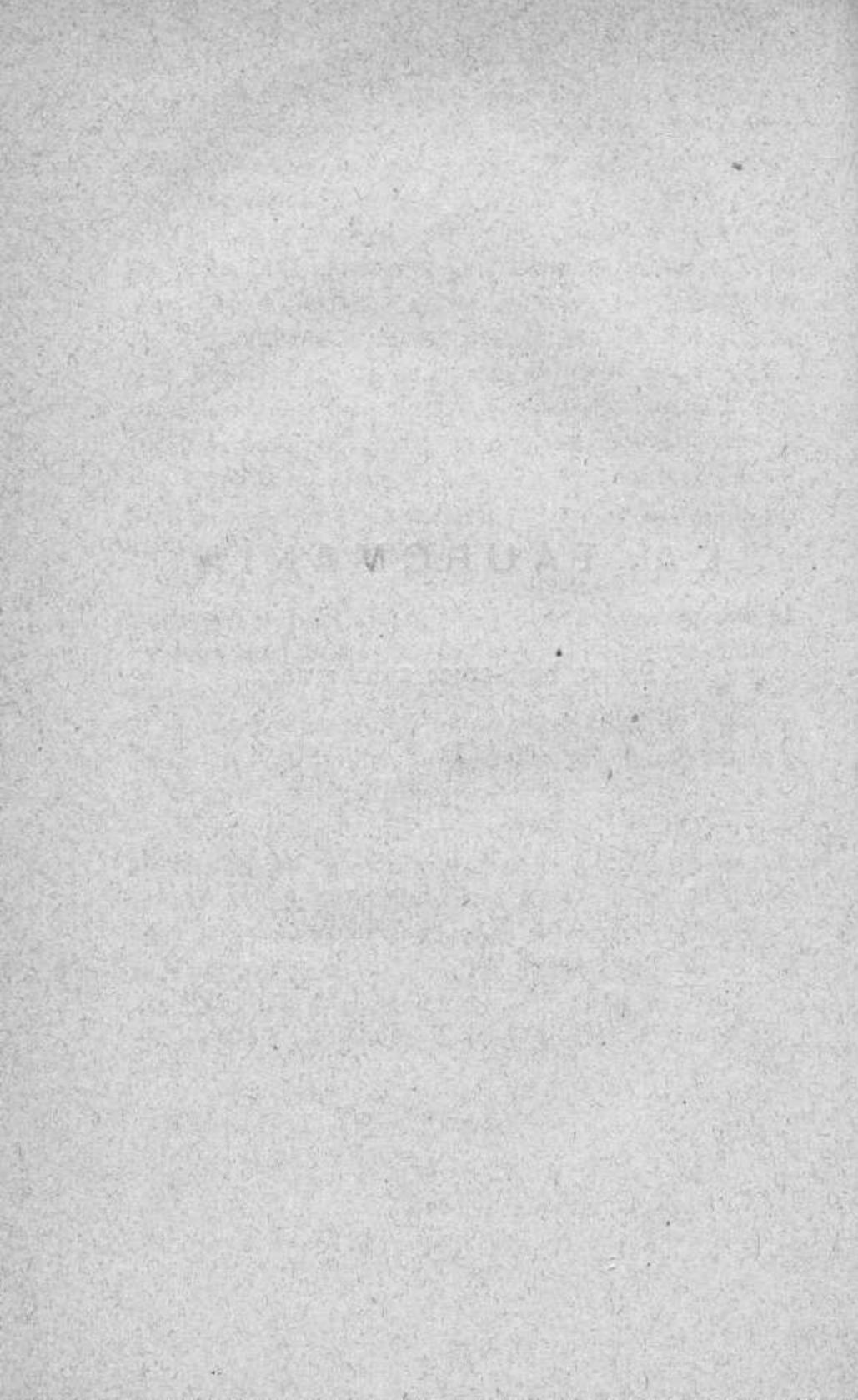
Si con tan ímprobo esfuerzo logro fomentar y consolidar en nuestra noble y generosa tierra un poquito más de lo que lo está la afición á los cuernos allí donde más largamente se contienen, mi ambición quedará más que colmada, y la Patria agradecida, allá en lo venidero, me lo recompensará sin duda levantando á mi memoria un obelisco... de cartón ó corcho. = VALE.

Madrid 11 de Octubre de 1889.

LA TAUROMANÍA



Poema bufo-épico avinagrado.



CANTO PRIMERO

Canten unos el Arte y sus primores,
Del Comercio y la Industria la pujanza,
De la Ciencia los nítidos fulgores;
Canten otros de Amor la bienandanza,
De Hermosura y Virtud los esplendores,
Ó de heroico Valor la remembranza...
Que yo canto, con esto placentero,
Las taurínicas glorias!!!... porque quiero.

Glorias dije aplicando mal el nombre,
Pues de gloria rebasa la grandeza
Que á la fiesta cornúpeta dió el hombre,
Ornándola de gracia y gentileza.
Glorias dije y ¡pese á quien se asombre!
Mejor dictamo pide su *guapeza*;
Y ya que yo no pueda darle el propio,
Que se lo dé suplico á San Procopio.

Las notas al final.

¿Qué fiesta la cultura preconiza
Y ablanda el corazón más seco y duro,
Cual la flamante y estupenda liza,
De abolengo morismo claro y puro,
Que los gustos hispánicos suaviza
Y alumbra el intelecto más obscuro,
Feliz haciendo al entusiasta ibero,
Y envidia y celos dando al extranjero?

¡Oh desdichadas miserables naciones
Que ignoráis los encantos de la fiesta
Que alegra los hispanos corazones
Con su gárrula zambra á toda orquesta,
En tanto vuestros hijos remolones
Duermen tranquilos apacible siesta!
Yo os compadezco con dolor profundo
Por carecer del Arte sin segundo.

Yo os compadezco, sí, pues no imagino
Cómo podéis vivir sin el Toreo;
Y, por más que procúrolo, no atino
Por qué esa fiesta yace en el Leteo
De vuestras diversiones *por lo fino*,
Con mengua vuestra, cual colijo y veo,
Cuando ella sola basta á dar el tono
A todo Pueblo agudo como el cono.

No así España, la España; ay! de los toros,
De esta función benigna, edificante,
Delicia de católicos y moros,
Y hoy, como ayer, su fiesta palpitante.
No así España, que en cánticos sonoros,
De alfalfa orlada la región pensante,
Pregona del Toreo las excelencias,
Con todas sus sublimes consecuencias.

¡Pueblo feliz, que ufano y placentero
Te yergues y remozas en la Plaza (1),
Donde el gentil intrépido torero
En juego *desigual* gana la baza,
Pues que, *timado* el toro á lo *habanero*,
Presto sucumbe en cautelosa caza! (2)

¡Pueblo feliz, admírote y saludo,
Y de contento lloro, toso y sudo!

Tú, con tu culto á la función taurina,
El Circo llenas y el espacio alegras
Con *hurras* que enronquece la *fuchsina*,
Confundiendo en amor nueras y suegras.
Tú de hoz y coz en la afición genuina
Metido hasta olvidar tus penas negras,
Tú gozas y te engries con los toros
Cual avaro que mira sus tesoros.

¡Y cómo no, potencia sin segunda,
Cuando sólo en tu suelo portentoso
Tiene arraigo la lucha inverecunda
Del hombre con el bruto poderoso,
Cuya furia burlando tremebunda
Á expensas del *rocin* flaco y añoso,
Le obliga á echar en éste su coraje,
Haciendo de sus tripas vil potaje?

¡Y pensar que esta fiesta peregrina,
De nuestra patria institución ya cuasi
(Mas poco á poco, que un *crítico* hay que opina
Que no debe ser *cuasi*, sino *casi*),
Tiene adversarios que con cruel inquina
Pretenden sepultarla en el *ocasi*
Ú ocaso, que es lo mismo, sin curarse
De aquellos que pudieran enojarse!...

Bien es verdad que sus insanas voces
 Se pierden por completo en el vacío,
 Cual se pierden del viento los feroces
 Silbos revueltos en el bosque umbrío.
 Lluevan denuestos múltiples y atroces
 Sobre el bello espectáculo bravío,
 Que sacaréis, y juzgo que lo acierto,
 Lo que aquel que predica en el desierto.

Ejemplo Vargas Ponce y Jovellanos (5).

¿Qué consiguieron con su terca saña
 Á la fiesta que encanta á los hispanos?
 Que ya habiten palacio, ya cabaña,
 Unidas fraternalmente las manos,
 De plazas siembren la feraz España.
 Plazas táureas, del Arte insigne templos,
 De donde irradian fúlgidos ejemplos.

¡Cállense los menguados detractores
 De la fiesta sin par; los *sensibleros*
 Que, hablando de la sangre y los horrores
 Del Circo en sus escritos plañideros,
 Pretenden con sus llantos y clamores
 Hacer coro á los sandios extranjeros
 Que nos motejan tan gratuitamente,
 Poniendo la ceniza en nuestra frente.

Observo que al librito *Pan y Toros*,
 Basado en enemigos pensamientos
 Del Arte que á los más rudos meteoros
 Resiste, al fin brillando á todos vientos,
 Pléyade de comparsas y de coros
 Ha reemplazado con épicos alientos
 Para honrar esa fiesta esplendorosa,
 Sublime, sin igual, maravillosa.

¡Al Diablo, pues, ridículas teorías,
Y á los toros marchemos anhelantes,
Sin miedo á los modernos Jeremías
Que con gritos y muecas incesantes
Y antitáureas sentencias, semi-impías,
La faz mudar pretenden, ¡ah bergantes!
De esta nación, según ellos, torera,
Fanática, ignorante y bullanguera!

¡Y es que el terco y osado pesimista,
Refractario á las glorias del Toreo,
No ve, pazguato, con su miope vista
Cómo brillan en todo su apogeo,
Ostentando el laurel de alta conquista
Y arrulladas por grato *cencerreo!* (4).
¡Ciego ha de ser, y á más *camastronazo*,
Quien no vea por tela de cedazo!

A la fiesta inmortal concurre el Rey,
Los próceres, los altos dignatarios,
Los milites y escribas de la Ley,
Los curas, los obispos y vicarios,
Cuantos comulgan en la humana grey,
Plebe inclusive y sus turiferarios,
Damiselas y damas feas y bellas,
Del taurómaco cielo ¡uy, uy... qué estrellas!

Hasta la angelical Beneficencia
Derrama sus insignes *beneficios*
Con la más espontánea suficiencia
Sobre el Arte del *Curro* y *Desperdicios*,
Mostrando en su más álgida excelencia
Los de aquél utilísimos servicios
En pro de la moral y la cultura
De la España católica, una y pura.

¡Mirad las peripecias de la lidia!
¡Cuál alegran los tristes corazones!
¡Con qué secreta pudibunda envidia
Escucha las vehementes narraciones
De fiesta tal, asombro de Numidia,
Quien no la vió por falta de doblones,
Consolándose así, cual quien caliente
Ve el manjar en que no ha de hincar el diente!

¡Quiero, pues, historiar las maravillas
De la fiesta sin par, sola y señera;
Quiero acallar las írritas hablillas
De la gente locuaz antitorera;
Quiero cantar, magüer sea de rodillas,
Las glorias de función tan patriotera!
Quiero lo dicho y más que no relato;
Pero antes quiero... descansar un rato.

CANTO SEGUNDO

¿Qué estruendosa algazara se levanta
Y en los aires confunde, difundiendo
En sonoros ecos tanta y tanta
Exclamación tonante, que rugiendo
Cual el vapor que su prisión quebranta,
El tímpano auditivo nos va hiriendo?...
¡Ah! Es el Pueblo español, grande y clemente,
Que á los toros acude diligente.

Ya los pintarrajados cartelones
Anuncian los detalles de la fiesta;
Ya sus dignos y heróicos campeones,
En actitud la más gentil y apuesta,
Levantando sus ínclitos pendones
Siete codos por cima de la testa,
Pregonan por do quier que donde hay toros
No faltan en su loor egregios coros.

Madrid entero marcha en competencia
A presenciar la fiesta peregrina,
Salvando con loable diligencia
La distancia que al Circo le avecina,
Y do en consorcio íntimo *Arte y Ciencia*
Sublimarán á la región divina
Esa gloria sin par de nuestra España
Y su ornamento excelso... ¡no es patraña!
¿Dónde, en verdad, función tal existiera
En el Globo terráqueo y sus contornos,
Ni cuándo ni jamás nada se viera,
Desde el Cabo de Creus hasta el de Hornos,
Que en sombras compararse pretendiera
Ni aun por el forro, con perdón de Fornos,
A un suceso tan magno, tan extraño,
Que olvidar hace antaño por hogaño?
Preciso es carecer de toda *guita*,
Y en vez de sangre *aviyelar* horchata,
Para no hacer tras una otra visita
Al *redondel*, dejando allí la plata
Del modo que lo ordena y solicita
La costumbre que fiel al país retrata,
Alegre, retozón, despreocupado,
Cual inocente niño sin pecado.....
Ved táureo turno que mi dicha labra
Y á este Pueblo magnánimo engrandece,
Por más que tema que la tierra se abra
Para tragarme si mi fe decrece;
Pues de una danza trátase... macabra
Que el noble Pueblo de Madrid ofrece
Al ídolo que el cuerno simboliza,
En fiestas duplicadas que le *atiza*.

Dadme tiempo y espacio necesarios
A aderezar la relación *graciosa*
Con sus detalles prístinos y varios,
Tal cual lo piden fiesta tan gloriosa
Y sus timbres y galas legendarios,
Que efecto me hacen de visión hermosa,
Y veréis cómo en muy poco terreno
Pongo á un lado la paja y á otro el heno.

Estamos en domingo veinticinco
Del mes florido que llamamos Mayo (5):
Nublado está; mas dando el Pueblo un brinco
Que encantara al zulú rey Cetiwayo,
Se dirige á la Plaza con ahínco,
En ella haciendo de su capa un sayo,
Cuando, abiertas las aéreas cataratas,
Ahuyentan ;oh dolor! hasta á las ratas.

¡Ah cruel destino, hado adverso y fiero,
Que así tronchas las bellas ilusiones,
Cual débil liana el huracán velero
Que desatan los rudos aquilones!
¡Ay, que del pecho varonil, entero,
Y de *ellas* los sensibles corazones,
Tormento fué feroz, inaguantable,
No presenciar la fiesta edificable.

Mas el jueves llegó, y dando de mano
Cada cual á sus útiles tareas,
Encaminóse diligente, ufano,
Ostentando alegóricas preesas,
A ese Circo gentilico-cristiano,
Delicia de las guapas y las feas,
Donde unas y otras creen les engalana
La clásica mantilla blanca hispana (6).

Esta vez Dios no quiso que triunfara
 El Genio aleve azote del Toreo :
 La función celebróse en tarde clara,
 Calmando el justo, natural deseo
 De un público que no ha mucho aguantara
 El martirio, moderno Prometeo,
 Que á tantos logra tísicos volverlos,
 De querer ver los toros y no verlos!!!...

¡Cuán grande diferencia hora, al contrario,
 En las gentes que salen de la Plaza!
 Desde el gran señorón al proletario;
 Desde el ricacho al pobretón de raza
 Que perdió por los toros el salario,
 En viudez ¡ay! dejando hogar de hogaza,
 Todos salen horondos y contentos,
 Al fin viendo calmados sus tormentos.

Mas no me explico bien ; que no, calmados
 Sus tormentos del chasco de la lluvia
 Pudieron ver, y sí sólo atenuados;
 Pues el domingo, así falte la alubia
 Con la hogaza en cuestión, y alambicados
 Los estómagos queden, cual de Trubia
 Los huecos proyectiles se construyen,
 A la Plaza otra vez raudos confluyen.

Y el jueves llega en pos, y otro domingo,
 Y otra vez y otra vez el mismo turno,
 De cuernos saturando al que de pingo
 Se viste y al que calza alto coturno...
 Y en esto estriba el único *distingo* ;
 Pues luego, contra el mismo dios Saturno
 Rebelárase el Pueblo unido y fiero
 Si soltar le pluguiese otro aguacero.

Algunos intereses se resienten,
 Mas son de poca monta; verbigracia,
 Asuntillos de Estado que consienten
 Dilación razonable... allá en la Tracia,
 Y algunos judiciales, que aunque aumenten
 Del triste litigante la desgracia,
 No es cosa de pesar ¡voto al as deoros!
 De Astrea en la balanza habiendo toros.

También el Municipio bondadoso
 A sus sesiones falta, sin ser mudo,
 Por mostrarse entusiasta y cariñoso
 Adicto al espectáculo cornudo (7);
 Y el Congreso es asimismo moroso,
 Sin duda porque cree el *trabajo* rudo,
 En asistir á la sesión del día,
 Y por eso en la Plaza se extasia.

¡Como que Jauja ya tornóse España,
 Á juzgar por las fiestas de la Corte!
 Y Dios sabe hasta dónde la cucaña
 Se alzara, si un periódico el resorte
 No tocase con *torpe*, *aleve maña*,
 Que á la fiesta perder hiciera el norte.
 Pidiendo que, de Murcia en beneficio,
 Último jueves fuese de ejercicio (8).

¡Oh mengua, oh vilipendio, oh suerte fiera,
 Para tildar la cual mi saña es poca!
 ¿Qué alma de estuco, qué hueca mollera,
 Qué frente obtusa, dura cual la roca,
 Pudo pensar que suprimida fuera
 Del jueves la función... ¡valiente soca!
 Fundándose en la *ruin superchería*
 Del trabajo, moral y economía?

Comprendo que la Prensa tenga influjo
 Sobre el Poder, cuando á éste le convenga;
 Mas nunca aplaudiré que cual cartujo,
 De humildad aduciendo prueba luenga,
 Ceda el Poder, cual la coqueta al lujo,
 Al eco de la Prensa, así sostenga
 Que existen lamentables desafueros
 En los gustos hispánicos toreros.

Y no fué de otro modo... ;pese al *Mengue!*
 Pues cual bomba cayendo la advertencia,
 Cuajado se quedó como un merengue
 El *seor* gobernador, y Su Excelencia,
 Á *la vera* dejando todo dengue,
 Esta dictó *terribile* sentencia:

“Pues el domingo se hizo para holgar,
 ;El jueves todo el mundo á trabajar!,” (9).

; *Contentona* estarás, *Época aciaga*,
 De tu influjo siniestro y pavoroso,
 Que ha impedido que el Pueblo satisfaga
 Dos veces por semana, y siempre ansioso,
 Una afición tan culta, que no estraga
 Ni estragará su gusto delicioso.
 ;Sirena cruel, Egeria fementida,
 Que tu Numa se torne *graticida!*...

Le tengo á este periódico entre ojos,
 Sin poder remediarlo, desde el día
 En que, creyendo iba á ponernos *rojos*,
 Nos contó la estupenda *tontería*,
 Valuada de cordilla en dos manojos,
 De que la clase obrera ya tenía
 En Francia impuestos más de mil millones
 De francos en carrileras acciones;

Así como diciendo que en España
El obrero no tiene una peseta
Con que afrontar del Báratro la saña
El día en que le da una pataleta ;
Sin en cuenta tener ; vaya una hazaña !
Que de impuesto de toros no hay libreta
Que aumente el capital, tiempo mediante,
Pero hay táureo hospital... y es lo bastante.

También dijo otro día, y ya *me carga*
Tanto cuento que nada nos importa,
Que el inglés, á la corta ó á la larga,
Con *doce onzas* de carne se conforta ;
Que el francés, otrosí, se desamarga
Con *ocho ó diez* á la larga ó á la corta,
Y el español *dos onzas* cada día
Se zampa con un trago de agua fría.

¿Pues no es sabido, ¡voto al vino aguado!,
Siendo raro que exista quien lo ignore,
Que soplar y sorber á una no es dado ?
Si el español rancioso que avalore
Su prosapia cual debe, aficionado
Al Toreo ha de ser, aunque aminore
Su peculio hasta verse en duro brete,
¿Cómo diablos ahorrar nunca un *durete*?

Y luego ¿no está en pos la Lotería,
Suplemento obligado del Toreo,
Que encendiendo la loca fantasía
En la llama del vívido deseo,
Le convida á esperar con alegría
En un número del que ha hecho ya trofeo ?
¿Pues qué se quiere entonces, que un Licurgo
Se torne el español... ó taumaturgo ?

Mas basta ya de cuentos, y sigamos
Cantando poco á poco las *fazañas*
Del Arte de los cuernos; si bien vamos
Primero á sacudir las telarañas
Del desván cerebral donde fraguamos
Éstas que alguno llamará patrañas,
Para probar, rezado y por solfeo,
Que todo es tibio al lado del Toreo.

CANTO TERCERO

Todo, en efecto, en él es excelente
Y digno del más férvido entusiasmo:
Desde el *goce inefable* que se siente
Viendo sumirse en el letal marasmo
De la muerte á la res brava y potente,
Hasta del jaco el *suave y dulce* espasmo
Que le causan del toro las cornadas,
Todo es digno de aplausos y palmadas.

Yo me entusiasmo y pierdo los estribos
De gusto contemplando lo que *semos*:
Mientras pueblos bellacos, aprensivos,
Por no decir estólidos ó *memos*,
Dedican sus caballos á cultivos
Que hacen fecundos sus cansados remos,
Nosotros, siempre humanos, siempre píos,
En la Plaza agotámosles sus bríos.

No sé dónde ni cuándo ha sucedido,
Si en Grecia ó Roma, pues soy desmemoriado :
De una campana el singular tañido
Al Pueblo despertó sobresaltado,
Por no hallarse su toque permitido;
Siendo la causa que viejo, abandonado
Por dueño ingrato un pobre caballejo,
Triste armazón de huesos y pellejo,
Atormentado por el hambre insana,
Topó con una cuerda que pendiera
De esa misma metálica campana,
Y que sin duda alguna se engullera,
A la vez de causar alarma vana,
Si justo el magistrado no le hiciera
Al dueño alimentar el viejo bruto
Que de joven rindióle fiel tributo.

Nosotros lo arreglamos de otra suerte,
Después de años dos mil de Cristianismo :
Cuando el noble animal, que bravo y fuerte
Sirviónos excediéndose á sí mismo,
Avanza en vida honrada hacia la muerte,
Cultos y henchidos de santo misticismo
Despenámosle en astas de los toros
Con esta exclamación : "Triunfos son oros."

Así que, en alas del ardor que siento,
Aunque inconscientemente dirigido,
No puedo menos de lanzar al viento
Mis vítores al Arte esclarecido,
Deplorando y gimiendo con acento
Ronco pero leal, y á grito herido,
La catástrofe horrible que preveo,
Pues el Sol se arrugó y se puso feo.

¿Cuál ánimo esforzado no conmueve,
Si además es hidalgo y *puntilloso*,
El fracaso protervo, inicuo, aleve
Del soberbio espectáculo grandioso,
Cuando en su templo augusto truena y llueve,
Inundándose el amplio y limpio Coso?...
¡Quien ante esta *hecatombe* no tirete,
Caer debe en el lago de Anfitrite!

¡Y cómo no, si en la triunfal carrera
Que recorren los dignos entusiastas,
Son constreñidos de pérvida manera
Á refrescar su culto por las astas?...
¡Ay! Todo aquel que no tenga alma fiera,
Ó tendencias quizás iconoclastas,
Por sus venas correr sentirá el fuego
Que aviva, no que apaga, el fatal riego.

Lamento los percances de la lluvia
Por todos los ilustres toreristas;
Pero ¡por Dios y la ardorosa Nubia,
Y aun por los mismos cuatro Evangelistas!
Lo siento más por tanta y tanta *Fluvia* (10)
Como acuden ansiosas de ser vistas,
Y que cual ella, y de su misma raza,
Su *ternura* demuestran en la Plaza.

Yo me enarbolo al ver á las señoras
Que carecen de cómodo carruaje,
Vivientes semejar locomotoras,
Con el manso varón hecho un *visaje*
Á retaguardia, cual si fuesen moras
Por eunucos guardadas, y el coraje
Llevar pintado en sus semblantes bellos,
Mientras corren delante siempre de ellos.

Y es de ver á las mismas asaltando
Con ansia que el deseo vivaz agranda,
Sudorosas y trémulas, jadeando,
Por no perder la fiesta veneranda,
Los cajones con ruedas que arrastrando
Van á las gentes en continua tanda,
Y á que llegan ; es claro ! antes que el hombre,
Por más que, por lo raro, nos asombre.

Comprendo que el asunto lo merece,
Y que no es, bien mirado, para menos,
Tratándose de un sexo á quien ofrece
Enseñanza y ejemplos de amor llenos
Esa fiesta sin par que reverdece
Los dulces sentimientos en sus senos,
Y que ha hecho que á la España de los moros
Se le llame el país de *Pan y Toros*.

Dictado que orgullosos nos mantiene
No obstante nuestras cuitas sin remedio,
Porque de él nuestra gloria sobreviene,
Y esta gloria relévanos del tedio,
Haciendo que la testa se rellene
Con los ecos del Pueblo que ese predio
Disfrutó de grandeza, y fué el Romano,
En su *Pane et Circenses* soberano.

No hay ya duda : la fiesta de los cuernos
Presta carácter á la hispana gente,
Y en tanto grado ; voto á los Infiernos !
Que una necesidad es evidente
Alternarla con *tacos* y con *ternos*
Y otras *lindexas* de éxito eminente
Que tanto tono dannos en el mundo
Cual yo expresar no sé... pues me confundo.

Reyes hubo, y ministros ilustrados,
Con otros elevados personajes,
Que intentaron con modos *delicados* (11)
Probar que del Toreo los atalajes
Resultaban un tanto amojamados
Y al culto hacíanle efecto de brebajes,
Y se quedaron con su buen deseo,
Pues España no abdica del Toreo.

También hubo pontífices piadosos
Que condenaron la función taurina,
Probando que sus fines son odiosos
Y contra la evangélica doctrina,
Con penas á los curas licenciosos
Que asisten de alzacuello y *papalina* (12),
Y con precepto á la mujer impuesto
De no acudir bajo ningún pretesto.

Mas todo en vano fué; pues, *por fortuna*,
De los Papas las huecas advertencias
Se oyeron cual ladridos á la Luna
En la nación feliz, de rancias creencias,
Que de la Religión quiere ser cuna
Por no haber en su culto diferencias,
Y lo cual á las claras patentiza
Que aquí la Religión es... esa liza.

Porque si reyes hubo, y hasta papas,
Que á la fiesta tildando de vetusta,
Marcar quisieron sus últimas etapas,
Otro Rey, con la faz torva y adusta,
A su siglo volviendo las gualdrapas
Del jaco del Progreso, asaz robusta
Juzgóla, y sin rodeo ni logomaquia
Una Cátedra alzó á la Tauromaquia.

Cátedra noble, insigne, esclarecida,
 Donde el genio *inmortal* del *gran Romero*,
 Del que arrancó á seiscientos toros vida (13),
 Del héroe del egregio Matadero
 De la gentil Sevilla, entretenida
 La lidia tuvo siempre placentero,
 Por honrar la afición del *buen Fernando*,
 Y su carácter *bello, dulce y blando*.

Cátedra ¡ay! que atónito contemplo;
 Pues los hechos trayendo del pasado,
 Emuló con fecundo y alto ejemplo
 La grandeza del Circo derrumbado
 En cuyas ruinas álzase hoy el templo
 Del Toreo glorioso y sublimado,
 Por que no falte nunca en nuestro globo
 Oveja que arrojar á hambriento lobo.

Cátedra en que la actual sensible dama,
 Eclipsando á la dura y cruel matrona
 Del mundo antiguo y su terrible fama,
 Instruyóse con gozo que la abona
 En el *busilis*, en la urdimbre y trama
 De esa fiesta que tanto nos *entona*,
 Por presidirla con honroso anhelo,
 Con escrúpulo digno y santo celo.

Y como la matrona en el pagano
 Palenque donde corre sangre tanta,
 Contempla con desprecio soberano
 Al mísero vencido, cuya planta
 Sostener ya no puede el cuerpo vano,
 Y, bajando el pulgar, al triste espanta,
 Así la dama de hoy, cristiana y pía,
 Con su *pañuelo* un diestro al Diablo envía (14).

No comprendo por qué, pues, se censura
Una fiesta tan chusca y bullanguera,
Consuelo del patán, del rey, del cura,
Del soldado, del juez; del que montera
Se enfrasca en su cabeza gorda y dura,
Y de aquel que la forra con *chistera*,
Emulando en pasión por los toreros
Damas, chulas, magnates y traperos (15).

CANTO CUARTO

 Dos hombres hubo á los que el Pueblo amaba
Con entusiasta amor, puro, profundo :
Don Ramón de la Cruz se apellidaba
Aquel que fué dramático fecundo,
Y Pepe Hillo el otro se nombraba.
Laureles á porfía rindió el mundo
A su mérito vario, en el Teatro
Ó en el rudo y sangriento Anfiteatro.

 Don Ramón de la Cruz y Pepe Hillo
Agonizaban en el mismo día ;
Y el Pueblo, deslumbrado por el brillo
De aquellos astros que extinguirse via,
Siempre noble, benévolo y sencillo,
Aturdido por suerte tan impía,
No pudiendo acudir á ambos, ligero
Fué á postrarse delante del... torero.

Y los años pasaron; y la España
Del Dos de Mayo, fecha venturosa,
Reverdeciendo con heroica hazaña,
Épica más que heroica, prodigiosa,
Sus laureles en ínclita campaña,
Por difícil y cruenta más gloriosa,
Á la fecha feliz del Dos de Mayo
Fecha igual agregó, cual nuevo rayo
De su corona fúlgida guerrera,
Batiendo los reductos pavorosos
Y hollando la soberbia insana, fiera
Del Pueblo que los hechos portentosos
De su Madre inmortal desconociera,
Con ser tan altos, claros y gloriosos,
Para al fin comprender; ¡voto á San Marcos!
Cuánto vale la hispana honra sin barcos (16).

Y el insigne marino que esto dijo,
Sellando con su sangre tal sentencia,
Agonizaba en estertor prolijo,
Siendo objeto de amor y reverencia
De todo el que de España es digno hijo,
Hasta que otra sensible coincidencia (17)
Dejó desierto el lecho del guerrero
Y el Pueblo se llevó al de otro torero.

Recientemente, en ocasión infanda,
Visitando el Monarca (18) los lugares
De espantable catástrofe, nefanda,
Que no cabe en mis rústicos cantares,
Príncipe de la Iglesia veneranda,
Cubierto con los hábitos talares,
En la estación espérale; y dormido
Llegando el Rey, bendícele y es ido

Al ver que un diestro absorbe por completo
 De un *gran ministro* el ánimo lozano,
 Hasta hacerle olvidarse del respeto
 A su honor de suplir al Soberano,
 Y al prelado tratar cual á un paleta,
 Mientras al torero estréchale la mano (19).
 Y más tarde el Telégrafo movía (20)
 Preguntando á un pretor de Andalucía

Si el *artista eminente* conservaba
 La salud tan cabal que para él propio
 Y amantísima prole codiciaba;
 Dándole el gozo á tal extremo *el opio*
 Que las barbas de gusto se rascaba.
 Leyendo el *apotegma* que aquí copio:
 “*Rafaelico*, señor, ¡uy qué alegría!
 Toritos muchos matará *entadía*,” (21).

El ritmo de Castalia y de Hipocrene,
 Que á insigne vate nuestro sublimara
 Á la cumbre que vívida mantiene
 Su poética fama limpia y clara,
 Aliento no le infunde que rellene
 El vacío que lira tal dejara
 Para cantar sin duda de Pavía
 El valor español, la bizarría,

Ó de Otumba, El Salado y Ceriñola,
 Lepanto, San Quintín y Navarino...
 Ó de Colón la llama que acrisola
 Su genio sin igual, semidivino;
 Ó del Cid y Guzmán, Austria, Spinola,
 Osuna, Córdoba, Alba... Pues con tino
 Admirable, rayano en lo hechicero,
 Canto heroico entonó... ¡á un *gran torero*! (22).

Y no sólo entonóle heroico canto,
 Sino ejemplo dejó de alta memoria
 Que imitar á otro vate *sicofanto* ;
 Á un cura, que en gentil jaculatoria
 Místico-táurea destruyó el encanto
 Del estro de otros curas (23), cuya gloria
 Se propuso eclipsar en el Parnaso
 Disparando á otro diestro un *odo* raso (24).

Ahora mismo, en Tudela de Navarra,
 Patético episodio fiel refleja
 Las costumbres que honraran la Alpujarra
 Morisca y el ibero nunca deja.
 Aquí el exangüe domine, no marra,
 Exhalando del hambre la honda queja ;
 Allí el diestro pletórico, es sabido,
 En coche por el Pueblo conducido (25).

Mirad la Prensa augusta, veneranda,
 Institución sacerdotal moderna,
 Cuál hace provechosa propaganda,
 Lo mismo en el café que en la taberna,
 Con taurinas revistas, que la blanda
 Y suave condición nos vuelven *tierna*,
 Sin distingos de sexos ni de edades,
 Jerarquías, empleos, dignidades (26).

¡Qué más!... En el hispano Parlamento,
 Un ministro del género *flamenco*,
 De *quiebros* y *capeos*, con talento
 Que asombrado dejó á más de un zopenco
 Incapaz de apreciar el fundamento
 De esa *gracia*, reida en Esmolenco,
 Habló en cierta ocasión ; y de *Fomento* (27)
 Era el ministro ése... ¡qué portento!

De cuando en cuando un eco lastimero
Se escucha entre el fragor de la pelea
Taurómaca, que el flujo extratorero
Condena no sé en nombre de qué idea;
Y el español, el *neto*, el *verdadero*,
Que en los cuernos cimenta su Odisea,
El mismo caso hace de esos ecos
Que de los de Bellini los moruecos.

También de tarde en tarde se publica
Un libro *extravagante*, combatiendo
La *fiesta nacional*, por quien claudica,
La voz del patriotismo desoyendo;
Y por justo castigo que le aplica
La Prensa que la luz va difundiendo,
Parte de ella apenas de él se ocupa,
Y el resto ni pretende hacerle *pupa* (28).

Y entonces salta á la palestra airado
Un vate de perínclito apellido,
Que en patrio amor el ánimo inflamado,
Después de un siglo cuasi transcurrido
Desde que un su ascendiente denodado
Con su sangre selló el esclarecido
Blasón patrio hiriendo al extranjero,
Proclámase español architorero
• *Á mucha de la honra*, ¡qué demonio!
Y embistiendo al autor del tal *librejo*,
Como en Accio embistióle Octavio á Antonio,
Le tunde carne, huesos y pellejo
Con ímpetu que muestra al más bolonio
La prosapia de que es claro reflejo;
Y, exaltándose más y más, añade
Que al Toreo, aunque Boulanger se enfade,

Dedicarse el ibero *sólo puede*;
 Pues el galo por pies usa *pisones*,
 Y otro tanto al *breteño* (29) le sucede,
 Y á los rusos, itálicos, teutones,
 Sin que mínima duda de ello quede,
 Pues basta que él lo diga; y sus *razones*,
 Cayendo sobre el Pueblo, cual rocío
 Benéfico en la flor, le han *convencio*.

Después *descubre* (¡!;) que "sólo los solteros
 Que sus hijos arrojan á la Inclusa" (¿?)
 Pretenden educar en los severos
 Principios de moral seca y abstrusa,
 Que produce los seres *sensibleros*,
 Á la *raza española* que hoy se usa,
 Brava, noble, magnánima y *caliente*,
 "Que amamantan las madres tiernamente."

De seguida se mete á sangre y fuego
 Por los campos extensos de la Historia
 Llamada Natural; y desde luego,
 De práctico exhibiendo ejecutoria,
Urbi et orbi revela que no es lego
 En la ciencia que brilla con la gloria
 Que Buffon y Lamarck le conquistaron,
 Y Linneo y Cuvier aquilataron.

Dueño ya del terreno que estos sabios
 Labraron con esfuerzo generoso,
 Que no pueden loar mis toscos labios,
 Pues no se hizo la gracia para el *soso*,
 Dedicando función de desagravios
 Al gremio *aficionado*, asaz quejoso,
 Un estudio profundo y detenido
 Del TAURÓFOBO *face* convencido.

Estudio que al gran Humboldt celos diera;
Pues revela con arte vandunguero
Que si en *series* y *grupos* repartiera
Sus *géneros* y *especies*, todo entero
Más libros descriptivos requiriera
Que juntos hoy existen, y al más fiero
Y monstruoso animal prediluviano
Dejárale en mantillas por lo enano.

Y á no incurrir en un error de bulto,
Pensando que, ante el público celoso,
Su fama de escritor severo y culto
Pudiera sepultarse en hondo foso,
Verdad dijera en todo, que al adulto
Y al niño convenciera; aunque gozoso
Nos dió ya su opinión de "que bien puede
Bajar el que subió „... por más que rueda (50).

Esto, cual se comprende, es de un efecto
Sublime para el Pueblo soberano;
Pues si un *quidam* aguza su intelecto
Por mostrar que es inculto y poco humano
El grandioso espectáculo, y trayecto
Tortícero el que sigue el Pueblo hispano,
Otros claros y nítidos varones
Combaten sus *estólicas* razones,

Probando de manera *contundente*,
Pues que apoyado está por la experiencia,
Que el *Arte* del Toreo flota potente
Sobre todo otro arte, oficio ó *cencia*;
Y que, al alzarlo esta nación valiente
Sobre el pavés de su *sotil* conciencia,
Será porque lo pida así el asunto,
Por más que otros rebatan este punto.

El proverbio en mi ayuda además viene
Que dice "voz del Pueblo voz del Cielo",
Aunque Foción el grave no lo tiene
Sino en concepto de procaz *camelo* (51).
Mas cuando el Pueblo aguende del Pirene
Conságrase á los toros con anhelo,
Sabido se tendrá cuánto es su mérito
En futuro, en presente y en pretérito.

No es esto decir que los soldados
Heroicos de la Patria y de la Ciencia
No merezcan los lauros envidiados
Que alcanzaron con celo y diligencia,
Ya vertiendo su sangre entusiasmados,
Ya en Letras y Artes mostrando su potencia.
Mas... ¡por Vitrubio, el Vesubio y sus efluvios!...
¿No es *náa* mojar los deos en los rubios?

CANTO QUINTO

Es verdad que también inconvenientes
Tiene la fiesta magna, portentosa ;
Pues que, hiriendo los ánimos calientes
Del tierno esposo y de la amante esposa ,
No dan trabajo á veces á los dientes ,
Por lucir en la Plaza faz gozosa ;
Y hasta casos se dan de que los chicos
Pidan pan sin lograrlo... ni aun de *picos*.

También sucede á veces (pues el tema
Es fecundo y por tanto socorrido)
Que el jefe del hogar, de amor emblema,
El señor nada menos *de marido*,
Á la esposa infeliz que suda y rema
Por que al ganso jamás falte el cocido,
Hace cargar con el colchón á cuestras
Y empeñarlo por ver él esas *fiestas*.

Otrosí digo ocurre con frecuencia
Que algún quidam no paga á su casero
Por gastarse con rumbo y diligencia
En el abono táureo aquel dinero,
Y por ver la que da Beneficencia (52)
Corridita, aunque no cobre el tahonero;
Ó bien, como por vía de bromazo,
Al prójimo le parte de un *sablazo*.

Pero si esto acontecè, y no lo niego,
Pues carne no hay sin hueso, y sin espinas
Rosa alguna no he visto, y no soy ciego,
Escenas otras muestra peregrinas
La fiesta incomparable con que brego,
Ganoso de elevarla á las divinas
Regiones de almo plectro bien templado,
En vez del mío enclenque, anquilosado.

De norma sirva el épico episodio
Que paso á intercalar en este instante;
Jurando de habichuelas por un modio
Que pienso hacerlo del mejor talante,
Aunque pincel emplee de licopodio
En vez de pluma de oro y de diamante,
Que es lo que pide en términos legales
Su transcripción con pelos y señales.

¡Oh quién me diera de Platón el genio
Analítico y hondo, ó el poderoso
De aquel sublime, incomparable ingenio
Que el *Quijote* compuso esplendoroso,
Ó de Leibnitz la ciencia que en proscenio
Sin igual desarrolla aquel coloso,
Por describir de la mejor manera
El modo y ser de la mujer torera!!!...

Tal á mi vista se presenta heroica,
Más que Judith cortando de Holofernes
La cabeza brutal con calma estoica,
Una mujer sublime, santa en ciernes,
Del vergel conyugal fresca benzoica,
Modelo que imitar de *damas ternes*,
Y cuyo es el que ingiero aquí episodio,
Para envidia del nmida y del rodio.

Mas de nuevo me asaltan los temores
De no poder dar cima á la alta empresa
De pintar con sus vívidos colores
El cuadro cuyo asunto me embelesa,
De virtud y de amor en sus albores,
Y que la mente de admirar no cesa...
Pues que, siendo epopyico el asunto,
Temo echarlo á perder... ¡ay! lo barrunto.

Por un rayo del genio luminoso
De Píndaro, ó de Homero, ó de Tirteo,
Diera yo satisfecho, es más, gozoso,
Todos mis ditirambos al Toreo;
Y aun de Mercurio diera presuroso
Su atributopreciado, el caduceo,
Si este dios del Comercio lo trocara
Por mi lira pedestre, burda, ignara.

¡Y todo por cantar las excelencias
Del *rasgo* que á historiar voy sin demora,
Pues que ésas y otras muchas deferencias
Pide el honor de su preclara autora,
Si con tino han de hacerse las ausencias
Que merece tan inclita señora! (33).
Mas no hay remedio á mi esperanza vana,
¡All voy, salga pez ó salga rana!

Era una tarde de ardoroso estío

(Del año ochenta y dos, lo afirmo y fío),

Y en el hogar humilde de un bracero.

(La Prensa se ocupó en lo que asevero).

Un hombre, melancólico, sombrío

(No quisiera, en verdad, hacerme un lío)

Lanza de cuando en cuando lastimero

(Pues yo la ajena miés segar no quiero)

Suspiro que, horadando el pecho pío

(¡Qué atrocidad! ¡Por fuerza desvario!)

De la cuitada esposa, dolor fiero

(¡Pues ya lo creo!... ¡Así fuese de acero!)

Le causa en su silencio, elocuentísimo

(Que á veces el silencio es ruidosísimo)

Más que un discurso castelarianísimo.

(Muy señor mío y ex popularísimo).

En un extremo de la triste estancia

(Do no impera, por cierto, la abundancia)

Roen un mendrugo dos ó tres chicuelos

(Con que el hambre distraen los pobrezuelos);

Y la madre, con tierna vigilancia

(De esa misma que débese á la infancia),

Émula de los más vivos desvelos

(Cual préstalos la clueca á sus polluelos),

Midiendo á su manera la distancia

(Aunque á veces incurra en discrepancia)

Que hay de la dicha á los infaustos duelos

(Los cuales son menores con buñuelos),

Juzga que el padre abísmase pensando

(Y yo también lo voy casi juzgando)

En los seres que mascan apretando.

(Sabido es que el mendrugo es poco blando).

Y en esta persuasión le dice ansiosa

(Cual solicita, tierna y dulce esposa):

¿Qué tener, nene, que tristón estás?

(El hecho ocurre allá cerca de Pas.)

Y como él no conteste, presurosa

(¿Y quién contesta si el dolor le acosa?)

Le amonesta otra vez: ¡*Por San Caifás!*

(¡Pues si éste es santo, también lo será Anás!)

¡*Decir tú á luego lo que afliges cosa*

(Me huele á concordancia vizcaína),

Y no te apures ni me apures más!

(¡*Perflautamente* hablado!... ¡*Carrasclás!*)

¡*Me mandas qué tener?*—el hombre dice—

(Y mira de hito en hito á su Euridice)...

¡*Toritos van y no ver yo infelice!*

(Y su estrella fatídica maldice).

¡*Guay del Demonio!*—exclama la matrona

(¡Claro! Indignése y la razón le abona);

¡*Tú haber toritos y no mirarlos Plaza?*

(Pues no comprendo de este hablar la traza).

¡*Y no tener de pelo yo corona*

(¡Que te emplumen si entiéndote, monona!)

Mucho á segar que el rapador me caza?

(No comprendo una jota: así, cachaza).

Y dicho y hecho: la intrépida amazona

(¿Si habrá ¡Cristo bendito! *chamuscona?*)

Sin dejar que su *nene* meta baza

(Esta mujer, no hay duda, es de alta raza),

Marcha en busca de fiero *pelicida*

(¿Cómo es eso?... ¿Abandona su guarida?)

Que lengua trenza córtale en seguida.

(¡Verán ustedes cómo se suicida!)

Y entonces, arrollándose el pañuelo

(¡Válgame Dios, qué pena y desconsuelo!)

Á la mochona testa, con la plata

(¡Plata!... ¡Plata!... ¡Tal vez hojadelata!)...

Que toma á cambio de su rico ex pelo

(¡Jesús, María y José!... ¡Me vuelvo lelo!)

Echa á correr, con gozo que delata

(¡Correr con gozo!... ¡La inquietud me mata!)

El ansia de mostrar su ardiente celo
 (Pero ¿cuándo acabamos, ¡justo Cielo! ?),
 Y á los pies del esposo á quien acata
 (¡Uff!... ¡Aquí va á meter alguien la pata!)
 Rinde la ofrenda de su amor sincero
 (¿Dándole del *pelamen* el dinero?)...
 Honrando el espectáculo torero!!!...
 (¡Ave María Purísima!... ¡Yo muero!)

.....

.....

.....

.....

Decidme si razón no me asistía
 Cuando, dudando de mi escaso lumen
 Para dar en el *quid* de la Poesía
 Con ese *rasgo*, digno de otro numen,
 Á Píndaro y á Homero les pedía
 Un refuerzo adecuado á mi cacumen
 Para cantar tan estupenda hazaña,
 Insigne entre las más de su calaña!

¿Quién ya osará, sin provocar á risa,
 El mérito ensalzar de esas mujeres
 Que se llaman Virginia, Atala, Eloísa,
 Andrómaca, Zoraida... caracteres
 Sublimes cual Julieta y Artemisa,
 Que tanto realzan los femíneos seres,
 Y aquellas del Amor sin contumelia
 Víctimas Isabel, *La Loca*, Ofelia?...

¿Quién ya se atreverá á invocar la gloria
 Que fulgura en los cruentos sacrificios
 De las grandes mujeres que la Historia
 Honrara consagrandó sus servicios
 En pro del Bien para eternal memoria,

Si por rendir hoy culto á *Desperdicios*
 Y á su *Arte inmortal* (!), noble matrona
 Vende su pelo y quédase pelona?

¡Mujeres de hermosura y vida llenas,
 Que huyendo el mundo, en claustro silencioso
 Escondéis resignadas vuestras penas,
 Cortándoos antes el cabello undoso!...

¡Y vosotras, gallardas azucenas
 Del pensil del honor, que fervoroso
 Culto rindiendo á la virtud austera,
 En su altar deponéis la cabellera

Por acorrer al padre, esposo ó hijo (54);
 Así como también las de Cartago
 Hembras viriles, que en patrio regocijo
 Inflamadas, las joyas dais en pago
 De las armas que en plazo no prolijo
 Causen al invasor ruina y estrago,
 Y el cabello además unís gozosas,
 Con el cual os juzgabais más hermosas,

Nada sois ni valéis junto á esta *hada*,
 Berenice sublime renacida,
 Que al taurínico amor transfigurada,
 Que en éxtasis taurófilo encendida,
 Anegada, arrobada, transportada,
 Hasta perder su trenza tan querida,
 De Tauro en el altar rinde su pelo
 Por que su esposo aplauda al gran *Frascuolo*.

.....
 ¡Gigantesca mujer entre las grandes,
 Y digna de epopéyica alabanza!...
 Tu fama correrá de Pinto á Flandes.
 Siendo objeto de grata remembranza

En Vallecas lo mismo que en los Andes;
Y el Genio que vislumbro en lontananza
Describirá tu *rasgo* épicamente,
Y á tu esposo y á ti ungiráos la frente.

Los dos os completáis, ¡ voto al Cerbero!
Si el uno *órdago* dice, del *Mus* frase,
El otro le contesta al punto: *Quiero*;
Y sobre esta redonda y amplia base,
Capaz de sustentar un hueco cero,
Puede inferirse, si no engaña la clase,
Cuán robustos, potentes, garrafales
Los vástagos saldrán de *troncos* tales.

.....

Mas, narrado lealmente el *gran suceso*,
Para envidia y asombro del *hulano*;
Transcrito ya y en vísperas de impreso,
Y tal vez de correr de mano en mano,
“Marchemos por la senda del Progreso”,
Cual dijo un chulo ingerto en Soberano,
Y anudemos el hilo del relato
Allí do lo cortamos hace un rato.

CANTO SEXTO

Decía que la fiesta de las astas
Nos conmueve de tal modo y contenta,
Que siempre idólatras, nunca iconoclastas.
Creemos que el no amarla nos afrenta.
Consuelo y refrigerio de entusiastas
En Sevilla, Madrid, Murcia, Tardienta,
Los toros al hispano califican
Y su característica amplifican.

Espectáculos mil y sorprendentes,
Y todos bellos y á cual más baratos,
Nos ofrece el Toreo y sus adherentes,
Calmando nuestros ocios largos ratos.
Ora es la acera, que obstrúyenla las gentes
Por contemplar los últimos retratos
Del *Papa* ó *Antipapa* del Toreo,
Lagartijo ó *Frascuelo*, según veo.

Ora una turba de especiales seres,
 Que en entusiasmo táurico inflamados
 Les siguen, emitiendo pareceres
 Precisos, elocuentes y atinados
 Sobre cuál de los dos los menesteres
 De su oficio perfectos y acabados
 Practica con acierto más prolijo,
 Si el *gran Frascuelo* ó el *grande Lagartijo*.

Otras veces se trata de toreros
 De mayor ó menor talla ó cuantía,
 Que luciendo, arrogantes, altaneros,
 Posturas y atributos á porfia
 De un *Arte* que honra diera á Don Gaiferos
 Tanta ó más que le dió *Caballería*,
 Eclipsan á los héroes de la Ciencia,
 Que no sufren la táurea competencia.

Lo prueba el cuadro que contemplo ansioso,
 Y que tantos habrán, cual yo, admirado:
 De un lado, con aquel rostro anguloso,
 Cervantes, genio ingente infortunado;
 De otro un vate de vuelo poderoso,
 Víctor Hugo el excelso, el laureado;
 Y en medio, cual el Sol en nuestro Cielo,
 Su Majestad Taurina *Don Frascuelo* (35).

Por do quier vense emblemas alusivos
 Á la fiesta admirable del Toreo;
 Por do quier surgen bellos, frescos, vivos,
 Los táureos *lances* que excitan el deseo.
 El Dibujo y la Imprenta, llamativos
 Modos usan, cual lo veo y lo leo,
 Hinchidos de entusiasmo fervoroso,
 Por honrarla con ánimo gozoso.

Mira ; oh Fabio! de toros y otras berzas
Las paredes ornadas de esta Villa:
Con más placer que cuando bien almuerzas
Los contemplas exentos de mancilla,
Y de pronto flaquéante las fuerzas
Al oír la tremenda taravilla
Que á la Prensa oficial da prest y fama:
;El Toreo, La Lidia, El Tío Jindama!

Sacas del bolso el perro competente,
Y truécaslo por el taurino heraldo;
Sigues tu marcha y topas con un ente,
Del comercio moral vetusto saldo,
Que con gritos y gestos de demente,
Ó de grand amateur del tinto caldo,
Discute con dos más si un toro era
Retinto de la parte delantera.

Aquí va un padre de familia honrado,
De aquellos que se miran en su prole;
Y, enseñando á sus hijos el pintado
Cartelón de los toros, —Luego el *tole*
Tomaremos—les dice muy esponjado—
Hacia la Plaza táurea... ;ole, ole!
En unión de mamá y las hermanitas,
Ya que tanto gustáis de esas bromitas.

Pentras en las tiendas, los bazares,
Esos centros llamados mercantiles,
Y objetos torerescos á millares
Te ofrecen con que el alma refociles,
Ahuyentando del pecho los pesares
Y temores que asáltanle pueriles,
Pues Lares y Penates nuevos veo
Que son los panoramas del Toreo.

A casa de un tu amigo ufano llegas,
 Y escuchando, al entrar, "¡Oh qué estocada!",
 Súbito en miedo máximo te anegas,
 Sintiendo el alma de pavor helada.
 Vacilas, tiemblas y en la duda bregas,
 Deplorando tu suerte infortunada
 Que en tan mal hora así te compromete,
De patitas metiéndote en tal brete...

Pero pronto se calma tu recelo
 Al escuchar los nombres *sacrosantos*
 De *Lagartijo* y su rival *Frascuelo*,
 Que cual del Pindo los sublimes cantos
 Tu tímpano regalan, y el consuelo
 Te devuelven con muy pocos quebrantos,
 Pues seides entusiastas los ascienden
 Á alturas do ellos mismos no se entienden.

Á las veces corrida improvisada
 Al encuentro nos sale en el camino;
 Pues una horda infantil, aparejada
 Al efecto con arte peregrino,
 El seudo-toro la testa embanastada,
 El picador montado en su *rocino*,
 Tal zambra y confusión arman do quiera,
 Que al mismo Preste Juan le divirtiera (56).

No quiero hablar de las parodias bufas
 Que brillan en los Circos por buen hado,
 Porque ésas son del golfo las cotufas
 Que el Pueblo sin saber cómo ha encontrado.
 Baste decir que á salchichón con trufas
 Le saben de un buen trago acompañado,
 Cual lo muestran los *hurras* entusiastas
 Que hasta de mimbre arráncanle las astas (57).

Y hay más aún, pues esta fiesta bella
 Ofrece á cada paso un aliciente,
 Capaz de hacer en el contrario mella
 A diversión tan útil y excelente.
 Tu sino lisonjero, tu ignea estrella
 Colócante un torito frente á frente
 Que se internó en las calles de la Corte,
 Limpiándolas de gente al Sur y al Norte,

Y autor siendo de mágicas escenas
 Que colman de contento y alegría
 Á aquel que es transportado á las serenas
 Regiones de la atmósfera vacía,
 Merced á un *pitonazo* que de penas
 Le releva, tras no larga agonía,
 El cornúpeto errante que acomete
 Á aquel que se le pone *tête à tête*.

Y al pensar en quedarme con fiel copia
 De estos palotes que á la imprenta doy,
 Del cuaderno ¡pardiez! que en mano propia
 Me entrega el comerciante, viendo estoy
 (Por que ya nadie juzgue vana utopia
 Tanta verdad cual consignando voy)
 Dos ángeles que exornan el anverso,
 Y una Plaza de Toros el reverso (38).

.....

¿Y cómo yo pagar la gran sorpresa,
 Grande y grata á la par... ¡por vida mía!
 Que suerte ruin, que amor no me profesa,
 Proporcionóme caprichosa un día,
 Sin duda por que no me hunda en la huesa
 Sin alabar la Providencia pía

Que vela por que el ser más infelice
Goce un rato de dicha que bendice?

Yo bien quisiera en reducido espacio
Encerrar el suceso imponderable;
Mas ¡por los manes del divino Horacio!
Una cosa es querer y otra ser dable.
Y así cual de Palacio van despacio
Las obras de grandeza inenarrable,
Así me iré con tiento en este punto,
Por no pedirlo menos el asunto.

Procuraré ser breve, sin embargo,
Prescindiendo de ambajes y rodeos,
Que suelen producir hondo letargo,
Por no ser más que insulsos escarceos,
En público y autor; y de este cargo
Queriendo aligerar mis versos feos,
Derecho, cual la flecha disparada,
Comienzo voy á dar á la jornada.

CANTO SÉPTIMO

¿Visteis del Pueblo el apiñado grupo
Que en la pública plaza se congrega,
Ya el daño rechazando que le cupo
En hora adversa, tras dura y larga brega,
Ya escuchando embobado á aquel que supo
Alzarse con la era que otro siega,
Ya al héroe vitoreando á grito herido,
Ya á los ciegos oyendo conmovido? (59).

Vedle en uno ó en todos los estados
Que descritos dejé tan de pasada,
Y el conjunto de seres apretados
Y confusos en masa apelmazada
Que forman los ociosos agrupados,
Veréis cómo semeja la bancada
Que los pólipos forman al fundirse
Y en árbol de coral al convertirse.

Cetáceo inmenso, oscila y se revuelve
Con pausados y tenues movimientos,
Cual el barco en bahía á quien envuelve
Densa bruma al abrigo de los vientos.
De vez en cuando agítase y resuelve
Su agitación con modos virulentos,
Mareándome sus circunvoluciones,
Al punto de forzarme los talones

Hacia aquel objetivo que me afana
Y, la atención robándome en el acto,
Me lleva de la más sincera gana
Á admirarlo, poniéndome en contacto
Con tantos otros que con faz lozana
Llegan y lo contemplan *ipso facto*;
Pues lances ¡vive Dios! de aquesta fibra
Son de los que entran muy pocos en libra.

Avanzo, pues, con paso presuroso
Hacia el informe grupo, que me atrae
Cual el imán al hierro codicioso,
Cual Júpiter lo fuera por Danae;
Y moviendo las rótulas ansioso,
Dando alientos al pecho que decae,
Llego por fin, atisbo, observo, inquiero,
Pregunto, empujo y pongo el rostro fiero,

Sin lograr ingerirme, pues el grupo,
Cada vez más compacto y resistente,
Me cierra el paso; y aunque toso, escupo,
Torcido miro y muéstrome impaciente,
El cuello alargo y en puntillas me aupo,
Echándolas un si es no es de valiente,
Bien veo que los medios persuasivos
No triunfarán, y sí los coercitivos.

De pronto, estupefacto, absorto quedo :
El grupo lo juzgué antes numeroso ,
Mas ahora me infunde cerval miedo ,
Pues pienso en el empuje compendioso
De audacia , actividad , fuerza y denuedo
Que he de sacar del pecho fatigoso
Para romper el apretado muro
De carne humana resistente y duro .

Mas ¡ay triste !... ¡Si de armas adecuadas
Carezco para el lance que me empeña !...
No las armas infandas , malhadadas ,
Que en sangre tiñen fraternal enseña...
¡Armas nobles , las ramas bien cortadas
De encina secular que no domeña
El potente huracán embravecido !...
¡La palanca de Arquímedes yo pido !

Mas pido en vano , que mi suerte impía
No se apresura en complacerme leda :
Dejo , pues , reposar la fantasía ,
Que á menudo confúndese y enreda
En quimeras sin fin , por tuerta vía ,
Y sucédame ¡ bah ! lo que suceda ,
Bajo la testa , me afirmo en los cimientos
Y ensayo modos mil , todos violentos ,

De avance y descubierta exploratorios ,
Con que suplo la falta de palanca ,
Como así de instrumentos accesorios
Que fuerza desarrollan ruda y franca ;
Y sin más detenerme en requilorios
Ó escollos donde el ánimo embarranca ,
Meto un codo , que á fe mía es el siniestro ,
Entre el pecho y espalda , raudo y diestro ,

De dos espectadores extasiados
En la contemplación del panorama
Que se ofrece á sus ojos asombrados ;
Después arrimo el hombro al de un *camama*,
Y el omoplato muévole á ambos lados ;
Luego el tórax ataco y el diaframa
De otro par de insensatos majaderos,
De éstos que tienen alma y meollo hueros.

De un zote en la clavícula angulosa
Hundo el mentón con furia formidable :
Crujen mis dientes ; por la nasal fosa
Lanzo el resuello cálido, inflamable ;
Los puños crispo, y en postura airosa
Mis piernas colocando imperturbable,
Cual de Rodas el célebre coloso,
Á mis fatigas doy leve reposo.

La rótula después en torno giro,
Y el fémur cuasi horado de un modrego,
Que á su vez, exhalando hondo suspiro,
La vértebra lumbar, de dolor ciego,
Por poco no me hunde ; y yo retiro
Dicha rótula entonce y la trasiego
Al isquión de un estúpido que brama
Viendo cuál hago de su espalda cama

Do mis fuerzas se espacien y resistan
El empuje feroz que ya reacciona,
Con saña y terquedad que me contristan,
Sobre el centro impulsor, do evoluciona
Mi máquina corpórea, que revistan
Todos pensando armarme una *encerrona* ;
Mas súbito acometo á todas partes,
Atacando del fuerte los baluartes

De carne, sangre y hueso... que he jurado
Triunfar ó sucumbir en la demanda,
Y el reducto viviente quebrantado
Aún no logro ver... ¡ Suerte nefanda!
Motivo por el cual, desalumbrado
Por el ansia que ciégame vitanda,
Revuélvome en mi lecho de Procusto,
Notando con placer que llevo el susto

Al centro y á la izquierda y á la diestra.
En pro de la victoria decisiva,
Pisando á los que tengo á mi siniestra,
Que en mí clavan la torva conjuntiva,
Celosos de mi táctica ambidestra,
Y á derechas tragar hago saliva,
Hurgando á discreción la tibia, el tarso,
El peroné, el tobillo, el metatarso,

Y más partes externas prominentes
Que el grupo muestra estrechamente unido,
Obligándole á hacer inconvenientes
Movimientos para él, bien entendido;
Hasta que al fin sus gritos maldicientes,
Rasgando mi agitado torpe oído,
Fe-dan de sus traumáticos procesos
Y secuestros con grave *crak* de huesos.

Ya en esta posición tan ventajosa
Para el fiel desarrollo de mis planes,
Los pies afirmo en la cuadrada losa;
Con los codos doy brega á unos patanes;
En la espalda de un rústico anchurosa
Hundo la frente, y asido á dos gañanes
Que embobados me están mirando atentos,
Al grupo hago temblar en sus cimientos.

Notable paso de gigante he dado
En el asedio y cerco del reducto
Carnófilo que no he aún expugnado,
Si bien disfrutaré en usufructo.
Así que, aunque aturdido y fatigado,
Mas contento de ver me abro conducto
Por donde pueda establecer la brecha,
Mis miembros juego á izquierda y á derecha,

Con impulso veloz irresistible,
Y colándome voy por donde puedo,
Auxiliado de un zángano risible
Que me toma quizás por un Tancredo,
Pues recostado en él, inconmovible
Me sufre, y en postura tal me quedo,
Hasta que al fin coloco mi zapato
En la póstera parte de un pacato,

Por no decir estólido bártolo,
Que á mi diestra se ríe; y por sorpresa,
Lanzándolo del uno al otro polo
De la masa compacta, y aun compresa,
Logro romper la unión de tanto bolo
Como el paso me cierra y la alta empresa
De abrir al muro brecha formidable
Y á toda ley de guerra practicable.

No de otra suerte que apretada piña
Que recio golpe estrella y desmorona;
Ó cual grupo empeñado en torpe riña,
Que al ver á los del Orden se fracciona;
Ó cual vástagos secos de la viña
Que el paso ceden á la hoz que la amochona;
Ó cual las aguas de apacible lago
Si extraño cuerpo hiriólas con estrago.

Ya he llegado, por fin, á la avanzada,
 Nuevo Moltke ó Vauban en este ataque;
 Y sin que tema por mi puesto nada
 De alguien que fuerzas de flaqueza saque,
 No me duermo en las pajas; pues que dada
 La cólera de tanto y tanto *jaque*
 Como he vencido en lucha fatigosa,
 No espero que la paz sea muy fructuosa.

¡Bien dicen que la fe horada las peñas,
 Las montañas conmueve y presta alientos
 Á los hombres de entrañas más pequeñas
 Para echar de su fama los cimientos!
 Pues ¡voto á las morcillas extremeñas
 Y á los riojanos clásicos pimientos!...
 Si la fe en tal empresa no me guiara,
 Nunca lauro tamaño yo alcanzara.

Breve el combate fué; breve aunque rudo,
 Mantenido por uno contra todos;
 Mas del deseo el acicate pudo,
 Aunque ayudado empero por los codos,
 En mí lo que al bajel el viento crudo
 Para abordar al grupo de mil modos,
 Hasta hacerle llorar su ignominiosa
 Rota de suerte baja y vergonzosa.

Un pobre diablo, con sus frases vanas,
 Incentivo ponía en mi deseo.

—Es muy guapo—deciale el gran *Budanas*
 Á una nueva *Camila*, según veo,
 Del contrahecho *Anselmo*, ó sea *Juan Lanas*,
 Que *Lotarios* ofrece á su recreo.

—¡Muy guapo!—ella inquieta contestaba.—
 ¡Muy guapo!— Y pensativa se quedaba.

—¿Y qué libros son éstos, tío *Pifanio*?—
Grazna un obeso y rústico paleta.

—Su *libroteca*, *buche*; el *arcedanio*
No la tiene *mejor*... *crelo*, *Nacleta*.

—¿Pero ya se *deprenden* por el *cranio*...?

—¡Si es *tólogo*, hombre, como Don *Prefeto*!

—Y sabe siete lenguas — dice un ganso, —
Y escríbese su vida de descanso.

—Su historia — enmienda un *Zoilo* casquivano.

—Y gasta *fra* porque es grande *d'España*

Y por *rial* orden torero de verano.

—¡Como que *isciende* de la *Gran Britaña*!

—¿Está usted *ajumao*?... ¡Si es italiano!

—¡*Güeno*... lo *mesmo* da! — ¡Nuez que *castaña*!

—¿Se *quíeroste* callar, señor *sirbante*?

—¡Qué *bruto* me ha salido aquí delante!

Y así por el estilo otras *sentencias*,
Que aguijones en mí son que me incitan,
Brindándome á salvar las diferencias
Que de cola á cabeza me limitan,
Hasta que al fin sembrando disidencias
En el grupo, que á todos les irritan,
Realizo mis fervientes esperanzas
De verme al frente de tanto *majagranzas*.

Mas ¡ay, Dios!... ¿qué horizonte peregrino
A mi vista preséntase ofuscada?...

Dejadme que me limpie el cristalino,

Y mi cara ó carátula ensudada,

Pues tal vez á ver claro yo no atino

Lo que á mi mente ofrécese asombrada.

Libros, toro, *lyon*, frac, guante blanco...

¡No lo entiendo, *pardiez*, si he de ser franco!

Pensamientos confusos me embargaban,
 Tormento dando á mi impaciencia impía,
 Y tanto y de tal modo me inquietaban
 Con su pérfida y bárbara porfía,
 Que al ver las morondangas que adornaban
 Aquel cuadro tan rico de poesía,
 Influidó por vago devaneo,
 Pensé en el Minotauro de Teseo.

—¡Cielos!—me dije.—El bravo caballero
 Que mis ojos contemplan tan boyante,
 Calzándose los guantes con salero
 Y el frac ceñido al talle rozagante,
 ¿Muerte dió acaso al Minotauro fiero,
 Que renaciendo tal vez más pujante,
 Si á los griegos tributo cruel pedía,
 Más cruento hoy á nosotros lo exigía?

Y como estas palabras pronunciase
 En voz más alta que yo lo presumiera,
 Un quídam de tercera ó cuarta clase,
 Mirándome de estólida manera,
 Enderezóme la siguiente frase,
 Tan hueca como poco lisonjera:

—Pero, buen hombre, ¿usted libó *jarabe*
 De ése que llaman *tinto* y á pez sabe,

Cuando ignora que un Príncipe del Arte
 Es ése á quien usted llama Teseo?...

Más claro, por que á usted no se le infarte
 El *frasis*: ¡del Arte del Toreo!...—

¡Ira de Dios! .. ¡Con nueva *Durandarte* (40),
 De mi quídam hubiera hecho trofeo!...

Mas no pudiendo darme tal revancha,

¡Paciencia y barajar... limpio y sin mancha!

Decir excuso que si fui prudente
 No contestando al atrevido intruso,
 Un tanto atortolado hundi la frente
 En los abismos vagos de lo abstruso;
 Y al alzarla, confusa y lentamente,
 Mis ojos tropezaron ; voto á Druso!
 Con el nombre de un diestro bien amado,
 Que yo no sé por qué tuve olvidado!...

Era, en efecto, aquel joven gallardo
 Que desdeñando ocupación honrosa,
 Valiente cual el Cid y cual Bayardo,
 Ambicioso cual César, la escabrosa
 Senda emprendió, punzante cual el cardo,
 Del Toreo con fe tan generosa,
 Qué á muy poco su nombre era alabado
 Y en las Siete Cabrillas colocado.

Aquel que de victoria ; ay! en victoria
 Su fama alzara en la taurina esfera,
 Inscribiendo en el libro de la Historia (!),
 Con frase tan concisa cual severa,
 Sus hechos impregnados en la gloria
 Que encantara á la cáustica Megera
 Y que arrulla con *trinos* dulces, tiernos
 Al triunfador heroico de los cuernos.

Aquel á quien el bravo *Lagartijo*
 Los *trastos* colocó en *propia mano*,
 Con el férvido amor de padre á hijo,
 Alzándole á su altura asaz ufano.
 Aquel que, tras *estudio* muy prolijo,
Doctoróse en Toreo este verano (41)
 En el sangriento Coso Matritense,
 Famoso más que el Claustro Complutense.

¡No ha de valerte, insigne *mazzantini* (42),
Con minúscula *ornar* el apellido
Que tú alzarás más alto que Bellini
El suyo puso con su genio ardido!
Tu modestia recuerda á Sabattini,
Artífice incansable obscurecido,
Que, prestando en la sombra sus servicios,
No pregoná sus útiles oficios.

Pero ¡voto va el chápiro encarnado,
Con todos sus ribetes y arrequives!...
Al verte tan sencillo y humillado
Escribir tu apellido cual lo escribes,
Con una *M* tan grande te he nombrado
Cual tú mismo quizás no la concibes,
Mas que ha de resonar en lo futuro
Con acento profundo... ¡Te lo juro!

Y cuando Italia, avara de sus glorias,
Cante á Horacio, á Virgilio y á Rossini,
Los Colonnas, Farnesios y los Dorias,
Los Médicis, los Tasso y los Cellini,
Los Dantes y Petrarcas, trayectorias
Lumínicas de un Sol que en Mazzantini
Ha de irradiar sus rayos más brillantes,
España á este grande hombre ¡le hará guantes!

CANTO OCTAVO

Quisiera describir los atalajes
De la táurea gentil indumentaria,
Y asimismo lo hiciera sin ambajes
Ni estériles rodeos, si la varia
Y extensa serie de atributos, trajes
Y emblemas de esa fiesta extraordinaria
Cronista no exigiesen más conspicuo,
Pues yo, en verdad, lo soy poco perspicuo
De un Goya la paleta saturada
De espléndidos colores adquiriera,
Para dar tono y sombra delicada
Á cuadros de virtud tan hechicera.
Si al torero contémplo en su aislada
É importante entidad, real, verdadera,
Tu pecho sentirás entusiasmarse
Al verle en el paseo contonearse

Y ostentar sus isquiáticos extremos,
 Colgado el pantalón de la tetilla;
 Moviendo á fiel compás los cuatro remos;
 La chaqueta rasando la espaldilla;
 La faja pintoresca, cual lo vemos;
 Piedras y dijés más de una escudilla;
 El bastón con estoque, vulgo sable,
 Y el hendido sombrero *fashionable*.

Si de este traje al *oficial* pasamos,
 Ó al *uniforme*, si mejor os place,
 De la táurica tropa, que anhelamos
 Fijar, cual el fotógrafo lo hace,
 Con estos breves rasgos que apuntamos
 A la larga y sin plan, orden ni enlace,
 Veremos cuánto ayuda á la *guapeza*
 Del diestro y su donaire y gentileza

El conjunto de paños recamados
 De lentejuelas áureas, que desquicia
 El seso á los *schuptt* aficionados,
 Y al sexo bello (*sic*) causa delicia
 Por sus tonos chillones, exaltados,
 Motores á menudo de impudicia,
 Y que en el culto lucen del *trasteo*
 Los dignos *sacerdotes* del Toreo.

Personaje hay del gremio, y no exagero,
 Que envuelto en su capote rutilante,
 Atrás deja al romano más austero
 Que ciñérase altivo y arrogante
 La clámide de digno y alto fuero.
 Y aun sé de algún *artista* tan flamante,
 Que á las damas les pone ojos saltones
 Con cuatro capotazos temerones.

Falta el toque final de esta acuarela:
 El *amore* del público ilustrado
 Que acompaña esa especie de zarzuela
 Bufo-táurea, con traje entreverado
 De chulo y de señor; la damisela
 Con calañés *gentil* encasquetado (45),
 Con la blanca mantilla las *jamonas*,
 Y el mantón manileño otras *presonas*.

¡Bien haya la nación encantadora
 Que vive en Carnaval perpetuamente,
 Ocultando la lepra que devora
 Su faz bajo halagüeño continente!
 ¡Bien haya el español de sangre mora,
 Que unciendo á la rutina férrea frente,
 La vida pasa á ratos bostezando,
 Y á ratos el disfraz táureo adoptando!

.....

.....

Pero me he separado del conjunto
 De *cosas* que traíanme anhelante,
 Y debo á él retornar en este punto,
 Pues para digresión es ya bastante
 Con lo que dicho queda, fiel trasunto
 Del fervor, del cariño relevante
 Con que los españoles entusiastas
 Adoramos la fiesta de las astas.

Decía que me encantan las señoras
 Corriendo como cebras, á porfía,
 Por asaltar los coches sin demoras
 Ni parsimonias el de toros día,
 Y que, contento al ver á todas horas
 Acciones tan hermosas, á fe mía,

Lamentaba la lluvia y sus estragos,
Pidiendo el Sol á los monarcas magos.

¡Y bien! Se conjuró ya la tormenta:
Sol de justicia brilla en el espacio:
La lluvia que á las damas amedrenta
Y al galán torna el rostro triste y lacio,
Privándoles de la refriega cruenta,
Que estiman mucho más que el *Ars* de Horacio,
Cesó del todo ya, ¡Dios sea bendito!,
Y yo, de gozo, al verlo me derrito.

La Plaza se llenó, pues, de *cofrades*:
Los trajes embarrados; los colores
Que el agua dilató de las beldades
En los pintados rostros, y las flores
Ajadas sobre el seno; las crueldades
De la suerte con todos sus rigores
Que al varón fuerte impónele el Toreo,
Explican lo que cuesta un buen deseo.

¿Acaso á contrastar todo esto alcanza
El inmenso placer que experimenta
Quien, al mirar del toro la pujanza
Con que á uno arremete y á otro ahuyenta,
Vele al fin destrozado sin tardanza
Y sucumbir en muerte cruel y lenta?
¿Qué valen los percances referidos
Al lado de unos goces tan *pulidos*?

Así, pues, cada cual aposentado,
So los rayos del Sol resplandeciente,
En sitio el más conforme y adecuado
A los gustos y gastos del cliente,
Vese al magnate en palco decorado,
Á la gente *del bronce* en lo caliente,

Y la tropa mediocre está en las gradas,
Sombreadas á un tiempo y soleadas.

Los nombres de los diestros, pronunciados
Con amor, con respeto y con delicia,
Ojos y lenguas ponen exaltados
Á muchos, y aun á muchas, con justicia.
Y les hay que daríanse por pagados,
Á cambio de la más alta franquicia,
Por poder ostentar, de cualquier modo,
Del último torero el lindo apodo.

¡Qué nombres tan gallardos, tan bonitos,
Eufónicos, melifluos, dulces, ledos!...
Lagartijo, Frascuelo, ambos *Gallitos*,
Caraancho, el *Currinche*, *Cuatrododos*,
Canales, *Bocanegra*, el *Chuchi*, *Ojitos*;
Otro tal á quien llaman *Veintiundodos*,
Y que pregona á gritos el descuido
Que al *digital* reparto ha presidido;

Badila, el *Tiri*, el *Largo* y el *Manchao*;
Manitas, *Negri*, *Varillas*, el *Pelón*;
El *Charpa*, el *Zoca*, el *Grapo* y el *Gangao*;
El *Punteret*, el *Chato* y el *Hostión*;
Agujetas, *Melones*, el *Mellao*,
Chicorro, *Tragabalas*, el *Hurón*;
El *Culebra*, el *Cangrena* y el *Potrilla*;
Matacán, el *Califa*, el *Coca*, *Armillas*;

Morondo, el *Ciudadano*, la *Santera*;
Quico, *Gos*, *Antoñeja*, el *Herradito*;
Lechuga, *Bienvenida*, la *Pasera*;
Gaceta, el *Barbi*, *Fatigas*, el *Corito*;
El *Manene*, *Minuto*, el *Carretera*;
Colita, el *Pulga*, el *Curro* y el *Currito*;

Lagartija (44), *Juaneca*, el *Honorato*,
El *Boquita*, *Veneno*, el *Gordo*, el *Tato*...

Y entre aplausos y vítores gozosos,
Precedidos de pitos y atabales,
Alta la frente, bizarros, valerosos,
Emulando en fervor á genios tales
Y ostentando los timbres fulgorosos
Del Toreo y sus atributos reales,
En pos marcha, brindando sus servicios,
Una espléndida taifa de novicios...

Y *novicias*, pues eso y más produce
Nuestra exúbera viña toreresca;
Dando gusto observar cuál se traduce
Del hombre á la mujer *varil* y *fresca*,
De gloria circundándola que luce
Con nítido fulgor, la zambra y gresca
Del *Arte* que honra ahora la *Fragosa*,
Cual le honraron ayer *Martina* y *Rosa*.

Pero ¡voto á mi suerte desdichada,
Y más que desdichada torva y fea!...
Poner punto á esta octava desgreñada
No puedo ¡vive Cristo! sin que lea
Que á la *diestra* sensible y delicada,
Futura de *Nariz de Chimenea* (45),
Otras *damas* hacer sombra pretenden,
Sin ver que con su envidia asaz la ofenden (46).

(Y una octava especial á el *Espartero*
Dedico entre paréntesis gozoso,
A fin de hacer constar que este torero
No es el héroe magnánimo y glorioso,
Del cielo hispano vívido lucero,
Sino un genio precoz del táureo coso (47):

Un *Espartero* apócrifo... distinto
 Del auténtico cual lo es de Pekin Pinto.)
 Con nombres tales, de *La Iliada* envidia;
 Con los trajes suntuosos de oro y seda;
 Con los emblemas vivos de la lidia;
 Con el aspecto bello de la rueda
 Artística que forman, la perfidia
 Aléjase enemiga y sólo queda,
 Como timbrepreciado del ibero,
 El *sacro fuego* del amor torero (48).

Fuego sacro que brilla en las miradas
 De la inquieta y ansiosa muchedumbre;
 Pero miradas no regocijadas
 Hasta que el Sol al toro no le alumbre
 En plena Plaza y suenen las palmadas
 Que aquilata á las veces media azumbre,
 Pues nada hay que equivalga á las *delicias*
 De ver del toro al jaco las *caricias*.

Y en los breves momentos transcurridos
 Hasta abrirse las puertas del *chiquero*,
 Peripecias y lances divertidos
 Ocurren en aquel gran hervidero
 De cuerpos y de lenguas confundidos
 En entusiasmo férvido torero,
 Que expresan como á cada cual se antoja,
 Y de que es una muestra esta panoja:

—Señores— ladra un tuerto acatarrado
 Y de aspecto feroz, casi bravio;—
Mistraña c'aiga un español honrado
 Que venga á achicharrarse en el *tendio*
 Por ver un Arte tan *discuadernado*
Dende quel precio tanto *sa subio*.

¡Cabayeros!... ¡Cual soy de Mequinenza,
 Que toos hamos perdío la virgüenza!
 Sí, ¡voto va!... Sesenta años cabales
 Tengo de vida, y no es por *alabancia*,
 Pero no jué por *farta de metales*,
 Sino por una *juerte destemplancia*
 Que me *afetó al estógamo*, ¡puñales!,
 Por lo que un día no *vide esta alegrancia*;
 Y otra vez *endimpués*, y vez *mu critica*,
 Por *guardiarme Nalváiz por pulitica*.

Pus dende que complí los vinticinco,
 Sólo he *fartao* dos veces á la Plaza;
 Y *asina* como tres por dos son cinco,
 Ó en *Armética* soy un *calabaza*,
 En el *tendío* á veces *sarto y blinco*,
 Cual *liebre* á quien se da *costante caza*,
 Al ver que ya no hay toros ni toreros,
 Ni *cabayos ni naa, cabayeros!!!* (49).

—*Pus ¡c'ay entonces?* — dice un mozalbete, —
 Si *pa osté* no es torero *Lagartijo*?

—*¡Callusté*— ruge un cafre, — so zoquete!
 Donde *Frascuelo* está, ni Dios ni su Hijo...
 —*¡Mientusté* con la boca!... Ese no mete
 El brazo con la *fila*... — ¡So canijo,
 A *osté* le han *ahorcao!*... — ¡Tío *Voceras!*...
 — ¡Si voy ahí, te reviento las paperas!

—*¡Haiga paz, cabayeros!* — aúlla el viejo
 De los sesenta bien aprovechados, —
Pus n'ay por qué *cribal naide* el pellejo
 Á *naide* con *bujeros* colorados.
 Dije *denantes*, y en este punto dejo
 La *custión*, ya que estáis medio *arrigladós*,

*Quel Arte del Toreo no es conocio
Dende quel precio tanto sa subio.*

—¡Verdá, verdá!—chilla un vestiglo ingerto
En bruja y en beata y en harpía.—
*Tres duros y seis riales, señor tuerto,
Tengo ya de años, sin quitarme un día,
Y desde Paco Montes hubo muerto
Y el Chiclanero...—¡Cállese usted, tía!—
Y el vestiglo calló, mal de su grado,
Temeroso de algún desaguisado.*

—¡Ah, duquesa!—exclama un joven lacio,
Avejantado en medio los placeres;—
Vengo á los toros, pero vengo rehacio;
Y á no ser por los ojos de mujeres
Tan bellas como usted, que cual topacio...
Ni sé si del Brasil ó si de Amberes...
—Pero, buen conde, ¿se ha vuelto usted lelo?
—¡Ah, duquesa, ustedé es todo mi anhelo!...

Pues bien, amiga, ya no se reciben
Los toros con empuje y con coraje,
Como las buenas *máximas* prescriben;
Y témome que, envuelta en el celaje
De las *glorias* que ya no sobreviven,
Sucumba esta función en el oleaje...
—¡Eso no, conde!... ¡Más duros ó más tiernos,
No tema usted le faltén nunca cuernos!

—¿Y qué me dice usted—fuera de tono
Graza un ente con pinta de lechuzo—
De lo que ha sucedido con mi abono?
—Pues digo que, por mucho que yo aguzo...
—¡Calle usted, pues estoy lleno de encono,
Y de cólera y rabia no me bruзо!

— ¡Y que se haga tal tuerto á un magistrado!

— ¡Calle usted, hombre, que estoy avinagrado!

— Señores diputados... ¡uf, qué *lapsus*!

¡Pues no creí encontrarme en el Congreso!..

Caballeros, les ruego que un *colapsus*

Eviten que á alguien deje *patitioso*,

Y más si se complica con *prolapsus*...

— ¡Fuera! — ¡Que baile! — ¡Cállese el camueso!

— ¡Señores diputados!... — ¡Fuera! — Siento...

— ¡Fuera! — Protesto, pues, y tomo asiento.

— Hace usted bien, señor representante

De este Pueblo *honradazo y sencillote*:

Yo soy de Dios un siervo militante,

Ó, para que se entienda, un sacerdote,

Y como dijo *el otro*... creo que el Dante,

Una cosa es ser cura y otra un zote,

Y yo, por los toritos, francamente,

Me *pirro* y me *jaleo bestialmente*.

— ¡Y que dice *mu* bien el *pae* cura! —

Prorrumpie una *madama* desgarrada, —

Pus bien se ve que el *güen* hombre asegura

De la misa el *parné* para la grada,

Viniéndose aquí el *probe* en *derechura*,

Pa alternar con la gente tan honrada

C'aquí estamos... — ¡*Chipén* — dice el *frailuco*, —

Que tus *clisos* me vuelven *zamacuco*! (50).

.....

Y sabe Dios adó llegado hubiera

La infernal espantosa gritería,

Que ora grotesca, ora ruda y fiera,

Extiéndose veloz, como á porfía,

Por el recinto de la Plaza entera,
Si de pronto, al clamor de sinfonía
Estridente no hubiese sido abierta
Del toril la sin par *sublime* puerta.

Y el *bicho*, por la arena ya corriendo,
No absorbiese del Pueblo soberano
La preciada atención, ya persiguiendo
Y en desorden poniendo al diestro ufano,
Ya al jinete causando golpe horrendo
Al choque fiero, incontrastable, insano
De tremenda agresión, con que entre albricias
Cubre el toro la arena de inmundicias...

¡Inmundicias que son sangre y entrañas
Del noble bruto á imagen del Pegaso!...
Mas ¿qué intento? ¿Por qué sirtes extrañas
De lo bufo á lo serio doy el paso
Insólito y audaz, que ni con lañas
Prender he de lograr en este caso?...
Más tarde cantaré los que ahora callo
Méritos eminentes del caballo.

Volvamos, pues, al fuego del Toreo,
Mantenido por altos personajes
Y señoras egregias, según veo,
Y por *niñas* avaras de homenajes,
Que si alguno les hurta el camafeo
Desmáyanse y se rasgan los encajes,
Mostrando cuán sensibles son al daño...
Propio quiero decir, que no al extraño.

Y aquí tenéis que Institución augusta,
Pura y bella cual cándida paloma,
Al dios Tauro la frente estrecha, adusta,
Desarrúgale amante, y no hablo en broma,

Dándole una función legal y justa (54),
No bien Pascua su faz alegre asoma,
Con el nombre, que emblema es de Clemencia,
De la culta y moral Beneficencia.

¡Nombre bendito, que mis humos baja,
Para hacerme rendirle fiel tributo
De amor y admiración, que juro encaja—
¡Por las barbas del zafio más hirsuto!—
Aquí cual al cadáver la mortaja
Y á su heredero el obligado luto.
Motivo por el cual, sus timbres todos,
Para cantallos piden nuevos modos.

CANTO NOVENO

¡Santa Beneficencia, que en tus alas
Angélicas gozo al desvalido
Llevas gustosa, honrándole en las salas
De hospital ó de asilo bendecido,
Ó en las escuelas públicas, do exhalas
El aliento del Bien, que a! afligido
Alcanza hasta en su hogar triste y obscuro,
Si sufre del Destino el yugo duro!

Institución augusta, veneranda,
Antigua como el mundo, cual él grande,
El mutuo amor al prójimo demanda,
No habiendo pecho noble que no ablande
Y haga acorrer en su desgracia infanda
Á aquel sobre quien ésta el brazo blande.
¡Beneficencia santa y bienhechora,
¿Cuál es el torpe y ruin que no te adora?!

Los pueblos más antiguos, más incultos,
 Practicáronla ya con noble celo,
 Bien honrando los cuerpos insepultos,
 Ya acudiendo al enfermo con anhelo,
 Ya humillándose al sabio los estultos
 De origen diferente, rito y suelo,
 Dándole paz, amor y el pan de vida
 Al brindarle benéfica acogida.

Tiempos otros después sobrevinieron.
 Las naciones formáronse, y con leyes
 Escritas y distintas se rigieron.
 El Estado surgió: pueblos y reyes
 En la misma turquesa refundieron
 Su acción en pro de antagonistas greyes,
 Y de tan noble y sana competencia
 Brotó la universal Beneficencia.

Inmensos bienes al mundo ha producido,
 Siendo el consuelo del cuitado y triste;
 Mas ¡ay!... que el entusiasmo pervertido
 Lógica ni moral ley no resiste
 Si al crisol de la prueba es sometido...
 Y ¡vive Dios! que á mi razón embiste
 Ese entusiasmo de Beneficencia
 Por lo que juzgo yo... ¡maleficencia!

—¡Eh!... ¡Poco á poco!... ¡Pido la palabra,
 Señor autor, pues veo que izquierdea!...
 Y perdone voacé que la boca abra
 Sin licencia este intruso... ó lo que sea;
 Mas al monte tirar suele la cabra,
 Y como cojo es todo el que cojea...
 —¡Ni cojo soy ni cabra, seor intruso!
 Pero hable usted, que yo no le recuso...

Espere, no embargante, le presente
Al respetable público mi dueño,
Pues no juzgo atinado ni prudente
Arrostrar los repliegues de su ceño
Oyendo sin su venia al primer ente
Que en contra se declare de mi empeño.
Y cumplida esta fórmula expresiva,
Hablar puede... Le doy la *alternativa*.

—Empiezo, pues, diciendo que he notado
En su lenguaje ciertas reticencias
Que me traen un si es no es *escamado*,
Previendo radicales divergencias
Entre el fin á que marcha apresurado
Y el principio de leales referencias
Cuernófilas, que envuelven, según creo,
La *castaña* que dar piensa al Toreo.

—Despacito, señor entrometido,
Y el sagrado respete de opiniones
Que á la pública luz aún no han salido...
No siendo culpa mía que *escamones*
De la laya de usted armen tal ruido,
Mostrando sus aviesas intenciones
De entorpecer mi marcha ociosamente
Con este tan insólito incidente.

Precise, pues, los cargos que su enojo
Han despertado en su ánimo torero,
Y muy pronto verá, por vista de ojo,
Cuál su injusticia y proceder ligero
Tiñen su rostro, hasta ponerlo roje,
Por su comportamiento majadero.

—Estimando el favor...—No hay de qué darlas.

—Mis quejas voy al punto á precisarlas.

Usted ha usado cierta *expresioncilla*
 Que mi tímpano ha herido con violencia,
 Poniéndoseme ¡bah! en la coronilla
 Que al usarla sintió usted complacencia.
 —¡Hombre de Dios!... ¿Tal vez le maravilla
 El que yo diga que es *maleficencia*?...
 —¡Justo y cabal!... Y no acentúe el ultraje,
 Si no quiere que estalle de coraje.

—No lo dije por tanto, amigo mío,
 Pues que sólo en hipótesis he hablado;
 Mas usted no podrá, prudente y pío,
 Menos de confesar que no le es dado
 Á la Beneficencia el poderío
 De hacer creer brilla el Sol si está nublado,
 Ó comulgar con ruedas de molino,
 Mezclando con lo humano lo divino.

Y si no escúcheme: Beneficencia
 ¿No implica el Bien sin restricción avara,
 Y el amor, la piedad y la clemencia,
 Pues que á las fieras mismas les ampara?
 Recuerde del esclavo la paciencia
 Con que al león la espina le arrancara,
 Y del rey de las selvas la nobleza
 Con que supo pagar tal entereza.

Si la Beneficencia simboliza
 La Bondad en su límpido apogeo;
 Si la sangre vertida le horroriza,
 Cual todo lo maligno, según creo;
 Si al instinto protervo que esclaviza
 Al mundo opone el nítido trofeo
 De la Virtud augusta, irresistible,
 Hasta el límite, al menos, que es posible;

Si toda sana y moral Filosofía
El sofisma censura y lo condena;
Si la indigna y falaz hipocresía
Es del cuerpo social la vil gangrena;
Si á los humildes brutos que á porfía
Nos redimen gustosos de la pena
Originaria del trabajo duro
Que sin ellos haríamos de seguro,
Mandan los libros santos que les demos
Protección y descanso, no abusando
De sus potentes fuerzas, cual lo hacemos,
La razón y la ley menospreciando;
Si los salvajes mismos, cual lo vemos,
Nos están con su ejemplo avergonzando,
Tratando al animal con el cariño
Que muchos *cultos* negar suelen al niño (52),
¿Comprende ni puede comprenderse
Que una Corporación caritativa
Haga cosas que no deben hacerse,
Que es excitar la bilis corrosiva
Del que siente de gusto conmovirse
Con la sangre que brota hirviente y viva,
Que es buscar toros, caballos y toreros,
Para hacerlos morir cual monstruos fieros?
He aquí por qué, con plena inteligencia,
Dije antes lo que á usted escoció tanto;
Aquello... pues... de la *maleficencia*
Á que usted iba á objetar, ¡alma de santo!
Y no ha objetado aún... ¡Qué consecuencia!
Motivo por el cual, si no es de canto,
Le ruego que lo haga en este punto,
Ó término pongamos al asunto.

—En verdad... diré á usted... Sí, francamente...
 El caso es que... no hay duda... Mas con todo...
 ¡Qué diablo! ¡Ha visto usted?... ¡Y es elocuente!
 Sin embargo... Se juzga de otro modo...
 Pero ¡quíá!... No, señor... No es pertinente...
 ¡Y el caso es que lo he visto en el *Exodo!*...
 Aunque no... creo que no... es otro caso...
 ¡Sí, sí... recuerdo ya!... Lo dice el Tasso.

—¡Ta, ta, ta, ta! Usté ha perdido el *pesqui*,
 Sin duda, pues así no se contesta;
 Y juro por el sable de Sobiesqui,
 Por su ingrata fortuna, cruel, funesta,
 Y por ése á quien llaman Brunelesqui,
 Que ya *me voy cargando*, y por vez sesta
 Le invitó á contestar mis contundentes
 Razones con las suyas convincentes.

—Disimulé voacé, pues me he cortado
 Ante el turbión de frases que ha ingerido
 En esa narración que me ha endosado;
 Y francamente, si no estoy convencido,
 Por lo menos estoy atortolado
 Y casi casi atónito y corrido.

—Pues repóngase y hable como guste,
 Que yo daré respuesta de alto fuste.

—Entonces, con la venia de vuecencia...

—¡No tan alto, pardiez!... ¡Bajo, más bajo!

—Pues si no te parece inconveniencia,
 De *tú* nos llamaremos... ¡qué pingajo!

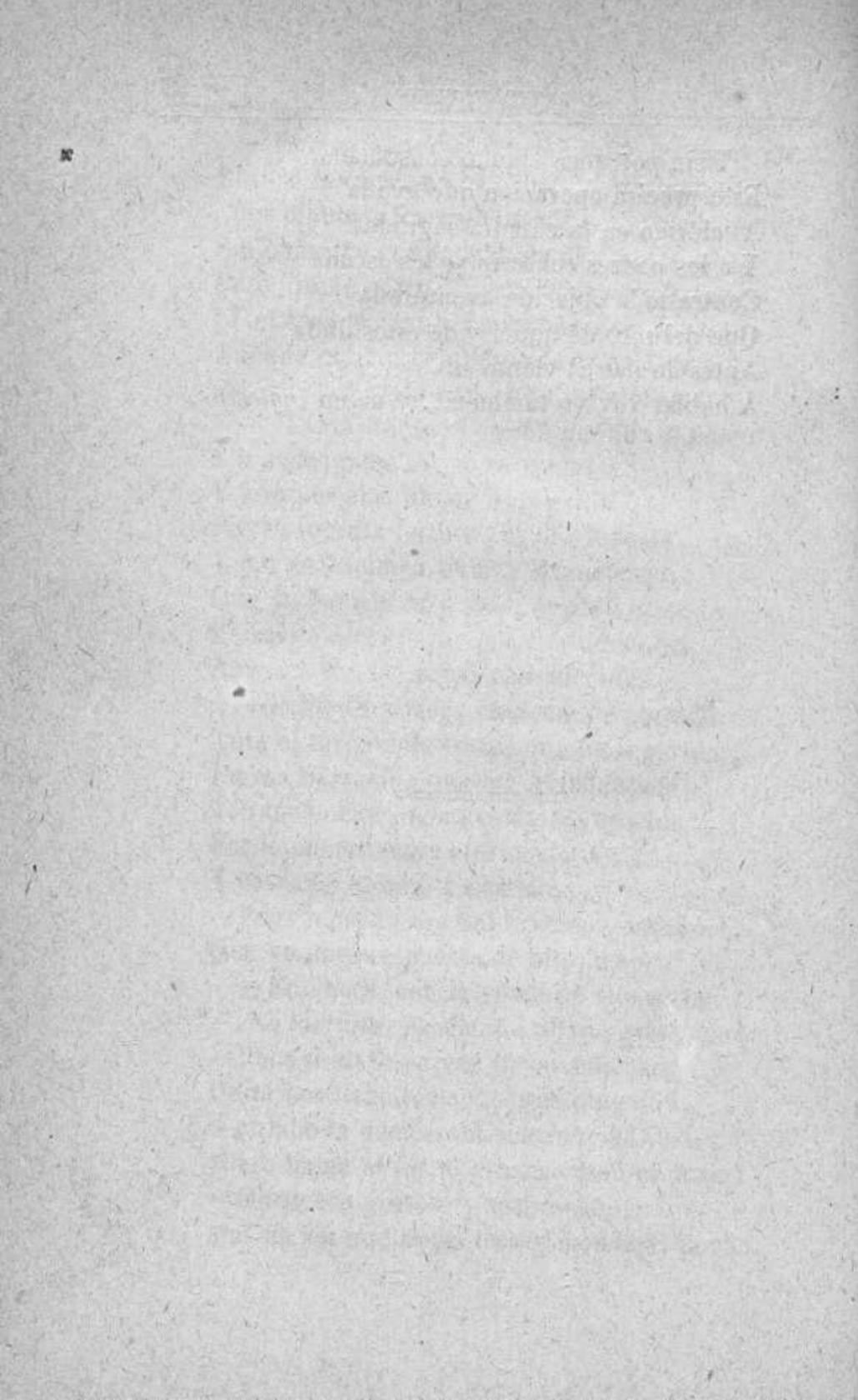
—¡Alabo la demócrata ocurrencia!...

¡Pero habla al fin, ó grazna como el grajo!

—Obedezco gustoso y satisfecho,

Mas no sin que antes tosa y monde el pecho.

Y sin percance alguno consumada
Esta precisa operación que ayuda
Al clérigo en la cátedra sagrada,
Y á los padres conscriptos les escuda
Contra toda objeción aventurada
Que del *pico* de aquél y de éstos duda
Antes de dar al viento sus *speechs*,
Á hablar voy yo también... y no en *ingleechs*.



CANTO DIEZ

Conozco que razones diste enantes,
No del todo prosaicas y baldías,
Que, francamente, temíme que triunfantes
Llegasen á quedar sobre las mías.
Pero ya que adquirí fuerzas bastantes
A arremeter al mismo Matatías,
Te diré, aunque me taches de insolente:
¡La torpe lengua ten y sé prudente!

- ¡Escucha, hombre, por Dios!—No escucho
- ¡Detente, por Jesús!—No me detengo. (nada.
- Mira que la calumnia desatada...
- No hay calumnia que valga, pues yo vengo...
- ¡A empañar la verdad pura y honrada!...
- A defender los fueros de abolengo...
- ¿De la santa y legal Beneficencia?...
- De lo que llamas tú *maleficencia*.

Y basta ya, y escucha cuanto diga,
 Que ha de durar, por cierto, largo rato;
 Pues á fe no me importa ya una higa
 Del tiempo que perdi, cual un pazguato,
 Oyéndote con honda y cruel fatiga;
 Porque ahora, te juro por el *Tato*,
 Que ya no has de meter tu cucharada
 Hasta que mi defensa esté acabada...

Y allá va mi alegato en consecuencia:
 ¿No es á los pobres de Hospital piadoso
 A quienes maternal Beneficencia,
 Con espíritu ardiente y generoso,
 Les consagra su esfuerzo é inteligencia?
 El producto anhelado y abundoso
 De la función anual tan ensalzada (53)
 ¿No alegra y satisface al alma honrada?

El filántropo noble, por ventura,
 De santa caridad el pecho henchido,
 Y en alas del deseo que le apresura,
 ¿El óbolo no lleva al desvalido?
 Desde el Rey al chispero, al juez, al cura,
 ¿No coadyuvan al fin apetecido,
 Ya con su ofrenda, su aplauso y su alegría,
 Prendas todas de insólita valía?

Y si en cuenta tenemos, ¡voto á Sanes!
 Que al liquidar después Beneficencia,
 Pagando á todo el mundo sus afanes
 Con la más exquisita diligencia (54),
 Aún quedan, y no arguyo con refranes,
Dos ó tres perros, con corta diferencia,
 Que cada enfermo se *papa* por lo menos,
 ¿Cómo á esa fiesta no ir de gozo llenos?

¿Qué extrañar podrá ya que rasgue el viento
El taurínico vítor prepotente?

¿Cómo Cortes, Gobierno, Ayuntamiento,
No han de andar á la greña bravamente,
Por quién *aviya* más torero aliento?

¿Cómo no ha de pasar noche al relente
El buen Pueblo, vecino de los moros,
Por ver correr siquiera los seis toros? (55).

¡Ah! Cuando pienso que al principio dices
De este *poema* insulso y trasnochado,
Que la fiesta sin par, que tan felices
Nos hace, *institución cuasi* es de Estado,
Y veo que por poco las narices
Se han roto en el Congreso y el Senado
Más de una vez los *Padres* de la Patria,
Cual si incursos se hallasen en Psiquiatria (56),

Sobre si el Municipio bien ó no obra
Al repartir los táuricos billetes,
Discutiendo con fe si falta ó sobra
En la administración de esos *molletes*
Que el ansia han de calmar y la zozobra
De muchos que anduvieran á cachetes
Por ver los toros, digo que, en efeto,
No *cuasi*... *Institución* es por completo.

Conozco un prócer de preclaro origen,
Que en sus ausencias de la Corte y Villa,
Y siempre que en su Plaza toros *vigen*,
Presto abona, con rumbo que en él brilla,
Un tren que sus domésticos le eligen
Y trae del Manzanares á la orilla.

¡Y aun dirá que basta, algún cermeño,
Grande nacer para vivir pequeño!

¿Y qué decir de las gentiles damas
 Que emulando á las chulas en sus trajes,
 Descuellan cual las flores en sus ramas,
 Bordando moñas y otros atalajes,
 Sobre esas *cursilonas* que las camas,
 Costura, plancha y mesa, sin ambajes,
 Ordenan del hogar puertas adentro,
 Cuando ese hogar no es ya el femíneo centro?

Yo he visto á las hermosas de la *high-life*,
 En día de función extraordinaria (37),
 Por las calles correr, como alarife
 Que busca la menestra necesaria
 (¡Espectáculo digno del Jetife,
 Que ver no le dejó suerte contraria!),
 Y por más señas que iban enlodadas,
 Pues llovía, y no flojo... á cantaradas.

— ¿Dó van — me dije — las tiernas avecillas
 Que con tal temporal huyen del nido?
 ¿Tan tiernas, dulces, bellas y sencillas,
 Dejaron sus polluelos en olvido?
 ¿A su costa el azor las amarillas
 Zancas tiñó de rojo colorido?...
 ¿Qué ocurre, Señor y Dios del Cielo,
 Que así la cogujada abate el vuelo?...

Y entonces supe, con férvida alegría,
 Que estaba lejos de dar con el *busilis*
 Que á mi mente quimeras mil traía;
 Pues las cándidas Filis y Amarilis
 Que armaban tan extraña algarabía,
 Mezclando con la bilis la atrabilis
 Y anhelantes sudando por los poros,
 Sólo *piaban* por ver los *regios* toros!!!...

Y entre esas damas egregias, linajudas,
Convertidas en toscos azacanes
Por presenciar las *naturales*, crudas
Fiestas que solicitan sus afanes,
Las hay de todo miedo tan desnudas
Y enemigas de místicos refranes,
Que honrando su prosapia clara, excelsa,
En el círculo aquél do corrió Bielsa,
En pos de discusiones empeñadas,
Tras controversias vivas, *luminosas*,
En entusiasmo taurico abrasadas
Al contacto de escenas tan hermosas,
Enciéndense la cara á bofetadas,
Se arrancan los pendientes y *otras cosas*,
Por si ésta dijo y la otra contradijo
Que llega ó no *Frascuelo* á *Lagartijo* (58).

Y hay más, que por cierto me encocora,
Por tener que encerrarlo en esta octava,
Cuando un lindo cuasi cuarto de hora
Su descripción exacta reclamaba...
Pues trátase de *espiritual* señora
Que al ver la sangre que un toro provocaba,
Partido el corazón cual por un rayo,
De entusiasmo y placer tuvo un desmayo (59).

Fué, en verdad, el sablazo más brillante
Que jamás apestara diestro alguno
Á un toro, *recibiéndolo* pujante,
En círculo taurómico ninguno.
¿Qué extraño es, pues, que viendo jadeante
De gozo á la *tertulia*... ¡ por San Bruno!...
Una *señora* al diestro le arrojara
Su abanico y después se desmayara?...

¡Gloria y honor á la mujer valiente,
 Que de España es la gala y lucimiento!
 Aquella de quien dijo un imprudente,
 Con sus sombras y lejos de inatento,
 Que en la liga envainaba *dignamente*
 El clásico mortífero instrumento
Nacional asimismo, alias navaja,
 Con que el *herodes* pincha, corta y raja (60).

No quisiera saber más que dó yace
 Un tal Melchor Gaspar de Jovellanos;
 Que juro cierto no dejarle *in pace*
 Por sus términos nada cortesanos
 Con las damas cuyos juicios hace,
 Que rayan casi casi en inhumanos,
Estúpidas y *pródigas* llamádoles,
 Y otras flores *aún* adjudicádoles,
 En un *libraco* quizás no conocido (61)
 De esas buenas señoras, preocupadas
 Con el corte del último vestido,
 Con el *turf*, el *sport* y las cornadas
 En su límite *schuppt* más distinguido,
 Y el sermón y las moñas ya nombradas,
 Pero ¿qué hay que esperar, voto al *dos deoros*,
 De un *libraco* llamado *Pan y Toros*?

¡Cese tu lengua, pues, lengua de estopa,
 Que mueve un corazón pocho, acorchado,
 De infligir más insultos á la tropa
 Taurómana, de sexo apareado,
 Que entre todas las tropas de la Europa,
 Y aun del mundo en su círculo explorado,
 Levanta en alto el sacrosanto fuero
 De su amor al sin par Arte torero!

Merced á ese oriflama que nos guía
Y en nuestras venas la bravura infunde,
Los hijos de esta España, ¡oh patria mía!
Armados de un valor que al mundo tunde,
Cuando suerte feroz, adversa, impía
En insondable abismo no nos hunde,
Terror somos del mundo que habitamos,
Y tal vez de otros más con que lindamos (62)

Ahora exijo de ti breve respuesta:
¿No es un gozo que el alma noble ensancha
Y alegra cual las notas de una orquesta.
Ver cuál confluye en rápida avalancha
La gente al sitio de la táurea fiesta,
Ausencia siendo casi moral mancha?
—Verdad...—¡Silencio, que sigo preguntando,
Y luego tú podrás ir replicando!

¿Y qué placer mayor, si es que ya cabe,
Que oír las discusiones elocuentes
Que el rico, el pobre, el necio y el que sabe
Promueven en parajes diferentes
Y á todas horas con acento grave,
Que exacerban extraños incidentes,
Sobre el Arte sublime del Toreo,
Irradiando instrucción, moral, recreo?

Y después los prolijos comentarios,
Prolijos á la par que relumbrantes,
Que en su lenguaje y *chic* extraordinarios
Hacen las hojas ígneas, coruscantes
Del aplauso y la crítica contrarios,
Tal cual lo piden los hechos resultantes,
¿No basta y sobra á levantar de cascos
Al que del Arte táureo hizo más ascos?

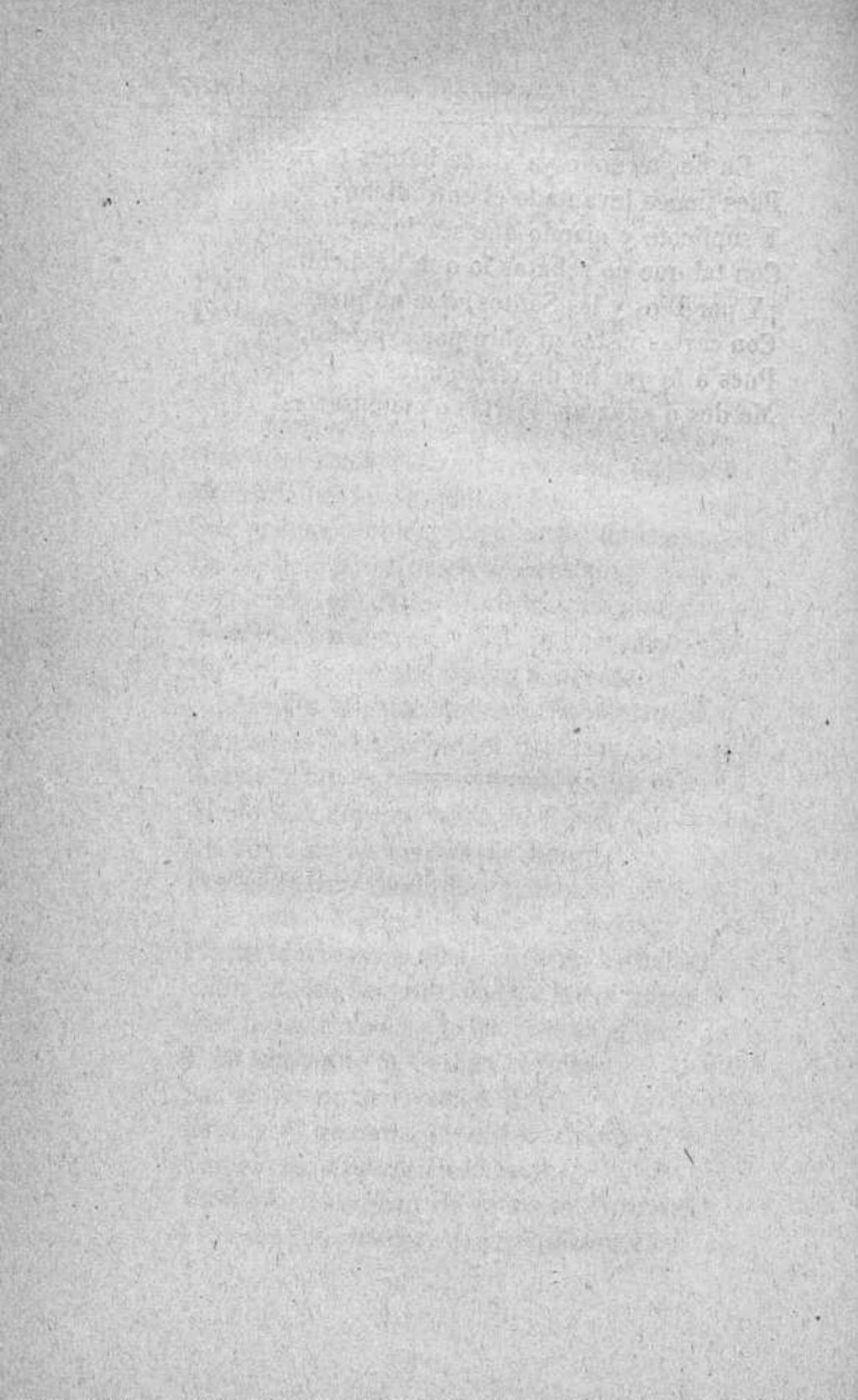
De Cervantes, Solís, Herrera y Melo
La sublime dialéctica hermanada
Glacial me pareciera ¡vive el Cielo!
Y aun feble, lacia, tísica, atenuada,
Para cantar con alto y limpio vuelo
La taurómaca gloria... ¡bien cantada!
¡La epopeya trocárase en rapsodia,
En plagio, en copia mala, en vil parodia!

No engañan, no, los signos distintivos
Que á los Pueblos dan tono y sello imprimen:
Mientras hayles sesudos, reflexivos,
Que arduos problemas con ardor dirimen,
De la Ciencia los pasos progresivos
Siguiendo que de error vil les redimen,
Nosotros, preocupados con los cuernos,
No tenemos por qué *en eso* meternos.

¡Excelsa España, que tus timbres *raros*
Mantienes á despecho del Progreso!
Fuerte y tan dura como aquel de Paros
Nítido mármol que brilló en Efeso,
Así como no ha mucho tus ignaros
Frailes fueron tu gloria y embeleso (63),
A la rutina hincando hoy las espuelas,
Plazas táureas levantas... que nó escuelas!

Un cuadro he visto, con la faz radiosa,
Que la instrucción por los colores mide;
Y en tanto que la Europa codiciosa
Sus matices más vivos se divide,
España, á quien la fiesta sanguinosa
Con el *rojo* más rojo la preside,
En instrucción, con Rusia y con Turquía,
El *negro* le *contenta*... ¡qué hidalguía!

En fin, termino ya y que hables te ruego,
Pues tienes levantado el entredicho;
Y suplicote y mando que sea luego,
Con tal que no rebatas lo que he dicho.
¡Y por Dios y los Santos, que no juego
Con cartas vistas ni obro por capricho,
Pues á fe que he de oir cuantos descartés
Me des ó aduzcas, viertas ó me ensartes!



CANTO ONCE

—Dame esos cinco, amigo, y me perdona
Mi intemperancia asaz descomedida,
Pues júrote, por vida de Pomona,
Que mi razón dejaste convencida
Con la defensa, que tu juicio abona,
De la Beneficencia esclarecida,
Como así de las damas y galanes
Que al Toreo consagran sus afanes.

Y pues ya nos hallamos uniformes,
Y hemos tornado al punto do yo estaba
Cuando con frases gordas y aun enormes
Te metiste do nadie te llamaba,
Quisiera que, adunando ambos informes
Y atándolos con una misma traba,
La descripción hiciéramos valiente
De la táurea función beneficente.

—Que me place y agrada el pensamiento;
 Y por que veas que no soy perezoso,
 Ni óbice alguno te opongo ó impedimento,
 Antes bien patrocínolo amoroso,
 He aquí el programa de tal *divertimiento*,
 Presentado con arte cuasi hermoso
 Y una orla de eslabones de cadena,
 Que alegra el corazón y el ojo llena.

También tengo el programa sandunguero;
 Y admirando la orla esplendorosa,
 Y el *intrínquilis*, garbo, arte y *salero*
 De la hospiciana imprenta, do la *cosa*
 Se *ejecutó*, que símbolo es yo infiero
 Esa orla de la época *graciosa*
 Que de arañas las aulas tuvo llenas
 Al noble grito de ¡*Vivan las caenas!* (64).

—¡Ajajá, buen amigo! Enamorado
 Hállome de tu ingenio peregrino;
 Que á Champollion la oreja le has mojado—
 Ó pierdo yo un decílitro de vino—
 En curso de hermeneútica aprobado.
 Y pues ya entre nosotros un comino
 Se ha de partir con modos placenteros,
 ¡Que viva España... con toros y toreros!

—Suspende los elogios luego, luego,
 Pues el programa absorbe mi atención;
 Y tal del entusiasmo sentó el fuego,
 Que temo mi espontánea combustión;
 Por lo cual ¡oh Teótimo! te ruego
 Me dispenses las tres *berzas* en *on*
 Y me dejes hacer una abreviada
 Reseña de esa lid tan celebrada.

Abismate estudiando los conceptos
 Que el *documento* dicho dignifican,
 Y que son para el público preceptos
 Que siguiéndolos fielmente le indican,
 Sin distinción en aptos ni en ineptos,
 Los lances que la lidia califican,
 Si bien en blanco, por que el Pueblo llene
 Sus huecos con la calma que conviene.

Por tal modo, expedito y perentorio,
 Que al alcance del público ilustrado,
 Y con celo excitante del *jolgorio*,
 Beneficencia pone de buen grado,
 El *cronista*, con un simple accesorio,
 Vulgo lápiz, acaso despuntado,
 Entrar puede de lleno en sus funciones,
 Importantes ¡pardiez! en ocasiones.

Aquí tengo el esbozo, noble amigo,
 Del cuadro que proyecto y que te ofrezco;
 El cual, si terminarlo bien consigo,
 Y en su virtud algún lauro merezco,
 Compartirlo te juro fiel contigo,
 Por que tu apoyo veas que agradezco.
 Escucha, pues, benigno y ten presente
 Que este trabajo sólo es incipiente.

Toros: sus nombres.—Pongo los que sean,
 Y después su legal *ganadería*.—
Puyazos, que á la res brava estropean,
 Apunto sin error ni felonía.—
Caballos: muertos, heridos.—¡Qué alegría
 Cuando sus propias tripas se patean!—
Pares de banderillas vienen luego,
 Que, si el toro es *cobarde* (!), son de *fuego*...

Que le abrasan y rasgan los tejidos
 De su organismo vivo y resistente,
 Lágrimas á sus ojos encendidos
 Arrancando el dolor intenso, urente,
 Y haciéndonos *gozar* con sus bramidos
 De protesta rabiosa, aunque impotente,
 Contra la franca y vívida alegría
 Que nos causa su *baja* cobardía.

Ahora vienen los *pases de muleta*
 Que atontan á la res noble y sencilla,
 Y á la muerte á que el diestro cita y reta
 La conducen sin trampa ni *tranquilla*,
 Calmando al entusiasta que se inquieta
 Por ver cuál del acero la hoja brilla
 Con que dale *pinchazos* y *estocadas* (65)
 El diestro por *silbidos* y *palmadas*.

—Y bien, si me permites la ingerencia,
 Pues poco he de abusar de tu paciencia,
 ¡No te encantan el celo y diligencia
 Que exhibe maternal Beneficencia,
 Mostrando hasta dó llega su clemencia,
 Por calmar la forzada continencia
 Con tal *estado*, que toda inadvertencia
 Suple al punto con loable providencia?

—Sí, por cierto, ¡oh Teótimo estimado!,
 Y por eso caí del burro enantes,
 Cuando yo juzgaba que era errado
 Lo que con tino y celo edificantes
 La noble Institución tiene acordado.
 Mas el error, con ecos alarmantes,
 Nos mueve á condenar lo bueno y justo
 Si no se amoldan en todo nuestro á gusto.

—Dirásme todavía, y no lo niego,
Que á la cultura actual hiere de frente
Eso de los *pinchazos, sangre y fuego*;
Y lo mismo quizás diga algún ente
De entendimiento obscuro, sordo y ciego,
Si bien cinco de ciento solamente,
Que es lo mismo que da la Lotería
A quien honra y fortuna en ella fía (66).

Mas como *finis coronat opus* dicen,
Y al dios Éxito altares se levantan,
Y á los *probes* enfermos tranquilicen
Dádivas que sus penas les quebrantan,
Y las damas cristianas autoricen
Gustos que tanto y tanto les encantan,
¡Que mueran toros, caballos y toreros
Y vivan los *schuppt catoliqueros!*

—Ríndome á tus razones poderosas,
Y nada objeto á tu lógica severa.
Tus máximas morales, religiosas,
Mi fe confortan pura y verdadera;
Y aunque Cristo, con frases sentenciosas,
Reprobó que la sangre se vertiera,
Que Cristo equivocóse voy juzgando
Al ver beatas y curas saboreando

Con la más exquisita complacencia
El placer de mezclarse viva, humeante,
Con católica grave indiferencia,
La del hombre y el bruto en un instante,
Cual lo vemos con no rara frecuencia,
Y en informe montón espeluznante;
Ó bien pendiente el diestro de las astas
Del toro entre oraciones entusiastas,

Logrando en pleno Sol muerte *gloriosa*
Ante el gentío innúmero, escogido
Que por do quier agítase y rebosa,
Por altos magistrados *presidido*
Y *magistradas* de alma tan piadosa
Cual tantas otras que en el mundo han sido,
Que muestran su ejemplar Catolicismo
Hilvanándolo al viejo Paganismo.

Vuelve ahora esa hoja estrecha y larga,
Cual la esperanza frívola del pobre,
Que cada vez se le hace más amarga
Que la hiel ó que el agua más salobre.
Vuelve esa hoja, que el alma se me embarga
Al ver cómo nos dan por oro cobre;
Pues impresa en papel de color rojo,
Es emblema del púdico sonrojo

Con que encubrirse quiere el *gran suceso*
De la *embajada* al nuevo Coriolano,
Que por su patria herido con exceso,
Y al igual que lo fuera el gran romano,
Triste, intranquilo y con el pecho opreso
Encontrábase en ropas de verano,
Cuando Beneficencia se le mete
De rondón en su propio gabinete... (67).

Rogándole, por Dios y los enfermos,
Que á bien tuviera deponer su enojo,
Justo sí, pero de pechos yermos,
Que acaba de secar débil abrojo,
Y no de aquel que *avilla* paquidermos
Y sendas onzas de oro... ; qué jinojo!
Y dicho y hecho: cual cedió el romano,
Así cede el torero castellano (68).

Merced á tan gallarda componenda,
Cuatro diestros figuran como *espadas*,
Cual no los hubo nunca en Alcobenda,
Ni en las Hébridas Islas celebradas.
Atienda, pues, el que tuviere tienda,
Que nómbrolos con voces extremadas:
Lagartijo, el *Gallito* y el *Currito*,
Y el torero mimado... *Frascuelito*.

Ocho toros se lidian, con divisas
Que regalan las damas eminentes;
Aquellas del Toreo sacerdotisas,
Majestuosas, serenas, excelentes;
Aquellas que, alternando con las misas
Los cuidados taurinos diligentes,
Mantienen en España la memoria
Del *Cuerno* con su fama y con su *gloria*.

Salió el *bicho* primero, y ya los lances
De la lidia demandan fiel relato;
Y al narrar los insólitos percances
Que el Arte de el *Ratón*, *Don Gil* y el *Tato*
Convierte para el diestro en fieros trances,
Lo haré de los *más bellos*, pues no trato
De hacer interminable mi tarea
Cantando de los toros la *Odisea*.

Función tan *especial* y entretenida,
Calcada permanece en molde viejo:
Al toro bravo, puyazos sin medida;
Al manso ásasele carne y pellejo;
Que entreguen muchos *pencos* su ruin vida
Por divertir al híbrido cortejo,
Y otra vez y otra vez, sin perder ripio,
Patilla, cruzado y vuelta al principio.

El inmenso gentío, alborozado
Al ver al toro en la anchurosa Plaza,
En vítores prorrumpe entusiasmado;
Que el bruto de embestir muestra la traza
Impetuosa y feroz en alto grado
Que abona su potente y brava raza.
Ve al picador citándole atrevido,
Y en él clava la vista, confundido
De su audacia ofensiva al fiero bruto,
Que juzgándole mísero juguete
De su furia, no ve que aquél, astuto,
Armado de la pica le acomete
Cuando el toro se lanza resolutivo,
Hiriendo y siendo herido del jinete,
Sobre el grupo que forman hombre y bayo,
Con el ímpetu horrisono del rayo.
Y al sentirse la carne desgarrada
Por el hierro alevoso del piquero,
El toro retrocede; su mirada
Clava otra vez, exacerbado, fiero,
En su enemigo audaz; la ensangrentada
Arena escarba con su pie de acero,
Y de nuevo se lanza hacia el jinete,
Que de nuevo le espera y arremete.
¡Quién la furia pintar de la ofendida
Fiera osara sin fúlgida paleta
Que tonos y color de luz y vida
Fijase, dando cuerpo á la silueta,
En lienzo que alabase *conmovida*
La taurínica grey *juncal* y neta!
Tan terrible es el choque, tan horrendo,
Que el concurso lo mira no lo viendo.

Cual bajel que arrebató viento rudo;
Cual el árbol que troncha la tormenta;
Cual torre que el temblor de tierra pudo
Quebrantar en la base do se asienta;
Cual nívea mole que al ímpetu sañudo
De avalancha derrúmbase violenta,
Así ruedan con daño imponderable,
Y en confuso montón inextricable,

Caballo y picador, ensangrentando
La removida y abrasada arena
El noble hípico bruto, á quien infando
Hado á suplicio tan feroz condena,
La barbarie del Circo recordando
De Roma criminal, que el alma apena,
Mientras aplauso extiéndese en albricias
Al ver el suelo cubierto de inmundicias...

Inmundicias que son sangre y entrañas
Del noble bruto á imagen del *Pegaso*;
Del que en fieras homéricas campañas
Del gran Belerofonte, de Orto á Ocaso,
Alígero llevara las hazañas,
Aumentando las glorias del Parnaso;
De los bravos *Bucéfalo* y *Babiéca*,
Magnífica presea hispano-greca.

Del insigne y modesto *Rocinante*,
Sin el cual no existiera ¡ese *Quijote*!...
Ni el genio esclarecido y rutilante
Del Príncipe inmortal que en alto mote
Es de hispanos ingenios el gigante;
Del noble bruto que alcanza el primer lote
En los trances y glorias de la Tierra
Entre todos los brutos que ésta encierra.

Del que con cascos férreos, resistentes,
Llevando al hombre en sus robustos lomos
Por climas y regiones diferentes,
El mundo recorrió, y ni aun por asomos
Sintió pavor al ver extrañas gentes,
Mares crespos, volcanes ignivomos,
Del Asia las comarcas dilatadas,
Y el África y sus zonas abrasadas.

Del que la Cruz del Redentor del Mundo
Condujera á la vieja Palestina,
Domeñando el furor del iracundo
Sectario del Islám, y estrago y ruina
A su culto sensual, sórdido, inmundo
Llevando en su herradura diamantina,
Y heroico compañero del cruzado,
Fuera siempre su escudo máspreciado.

Del que los bosques vírgenes, agrestes
De la América rústica y sencilla
Rompió pujante al frente de las huestes
Que la espléndida Reina de Castilla,
Más grande que Semíramis y Alcestes,
Allá envió con la inmortal semilla
Del Evangelio y del social Progreso,
Que el genio de Colón sembró exproso.

Del que en batallas hórridas campales,
Llevando al hombre al centro del combate,
Ni tiembla ni flaquea en los umbrales
Del recinto siniestro en donde bate
El ángel de la Muerte alas letales
Sobre los tristes cuerpos en que late
Sólo ya el estertor de la agonía,
En flor segados por guadaña impía;

Antes bien, con valor maravilloso,
Suelta la crin, piafando con denuedo
Al oír del clarín el sonoro
Eco de guerra sin sentir el miedo,
Hinchada la nariz, el ojo ansioso,
Relinchando gallardo, oteando ledo,
Lánzase en los abismos de la Muerte
Por alcanzar al hombre honrada suerte.

Del que en lides magníficas expresas
Lauros sin cuento gana á ingrato dueño;
Del que en pos de las más arduas empresas
Guarda en el campo del jinete el sueño;
Del que en su nombre lleva las promesas
Del título más noble y halagüeño,
Pues de *caballo* viene *caballero*,
Y no lo es el felón ni el trapacero (69).

Mas ¡oh mengua!... tan bellas cualidades
De nada sirven al potente bruto;
Y, según van pasando sus edades,
De ingratitud recoge amargo fruto,
Sufriendo los ultrajes y crueldades
Que le infiere el chalán rudo y versuto,
Hasta hacerle morir despedazado
Por las astas del toro exasperado.

¡Y es de ver, en el trance pavoroso
De arremeter la fiera á su contrario,
A la mujer, el símbolo precioso
Del candor y ternura, en temerario
Contubernio feroz con el odioso
Monstruo del Mal, que ciego y sanguinario
Se complace en la ruina y en la muerte
De esos seres tan dignos de otra suerte!

No puedo ya disimular mi inquina
Contra la *fiesta* horrible que en festivo
Lenguaje flageló mi disciplina;
Pues en este momento... grave, altivo,
De mi patria juzgándola la ruina,
Me avergüenzo, y apenas lo concibo,
De que un corazón hermoso y tierno
Goce con los horrores del Infierno.

¡Mentira vil! No existe la ternura
En el pecho que goza con el daño
De inofensivos seres que Natura,
Al dotarles de modo tan extraño
En fuerza y en valor y en hermosura
Para útiles ser año tras año,
Quiso hacerles del hombre compañeros,
Y no instrumento de sus ocios fieros.

Obrero soy: la vida he consumido
En las fatigas recias del trabajo,
Y nunca pasatiempo divertido
Me brindó, pues ni soy *bravo* ni *majo*,
Esa fiesta de origen fementido
Que la barbarie fiera á España trajo,
Y que con mengua suya, torpe, aleve,
Consérvala en el siglo diez y nueve.

Obrero soy, y por lo tanto pobre,
Y viejo y desvalido por mal hado;
Y con tales *blasones*, que yo cobre
No es posible, ni nunca lo he soñado,
El estado que al hombre eleva sobre
El célibe infelice y despreciado (70),
Pues nada hay más contrario al matrimonio
Que pobreza y vejez... ¡voto al Demonio!

Pues aun célibe, pobre y á más viejo,
Si dama de eminentes cualidades,
De hermosura y nobleza fiel reflejo,
Colmárame de todas sus bondades
Y en cambio me exigiera que el espejo
Donde afrento del Coso las crueldades
Rompiese con sonrisa placentera...
Célibe y pobre yo permaneciera.

Nunca la adulación torpe y menguada
Cabida tuvo en mi hervoroso pecho;
Nunca el ruin interés vió sojuzgada
Mi altiva voluntad, que en duelo estrecho
Combate con la faz desembozada
La infracción del deber y del derecho,
Sin que ceda á amenazas ni aun halagos
Al combatir el vicio y sus estragos.

En las batallas duras de la vida,
Después de hacer el bien á manos llenas,
De la suerte sufrí ruda embestida,
Que en un mar me anegó de tristes penas.
La ingratitud odiosa, maldecida,
Con su garra letal rasgó mis venas,
Y al contemplarme en tierra y mal herido,
Me trató como el vil trata al vencido.

De sana concepción, de limpia entraña,
Sin piedad castigado por el mundo,
Descanso en la conciencia, que no engaña,
Sintiendo, al hacer bien, gozo profundo.
Y al misántropo indigno que restaña
Sus heridas morales iracundo
Con su odio insano á todo lo nacido,
Le tengo por el ser más pervertido.

No es de almas grandes la crueldad cobarde
Que suele distinguir al contrariado
Por la suerte funesta, que hace alarde
De insensible, creyéndose vengado.
Bien es que del falaz siempre se guarde,
Ó con él luce altivo, denodado.
Mas á aquellos que mal no nos hicieron
¿Por qué medir como otros nos midieron?

No el mundo todo es pérfido y mezquino:
Al lado del traidor de ceño fiero,
El leal cumple tranquilo su destino;
Al calumniador vil, trapacero,
Que la honra ajena mancha de contino,
El hipócrita, haciéndose el severo,
Le ayuda complaciente; y de su envidia
Es blanco el que con nobles armas lidia.

Mas tales asechanzas nunca abaten
Al bueno, ni secar podrán el germen
De los sanos instintos que en él laten:
Yo, lejos de temer que en mí se mermen
Los que á Dios plugo darme; ni que traten
De seguir la corriente por do enfermen,
El bien anhelo de la especie humana,
Y á la débil mujer quiero cristiana.

Así no me entusiasma la *valiente*,
Si su valor no encierra un fin sublime.
Patria, honra, familia, diligente
Justo es que lo defienda, pues redime
Con su esfuerzo de modo conveniente,
Que hace que el mundo el sacrificio estime,
Su honor y el de los suyos empañado,
Siendo su orgullo verlo acrisolado.

Así Virginia clávase el acero
Por no ser vil juguete del tirano:
Así hija heroica, á padre prisionero,
Amamanta, asombrándole al Romano:
Así francesa ilustre, en su sincero
Amor por el que obtuvo su leal mano,
A Lavalette arranca al calabozo
Y en él le sustituye sin rebozo (71).

Y Agustina Aragón, la de Arco, Pita,
Y tantas otras que á la mente vienen
Y que el labio nombrar no necesita,
Porque en el libro de la Historia tienen
Bello lauro que nunca se marchita,
Pues sus recuerdos vivo lo mantienen,
De patriotismo henchidas, alto ejemplo
De gloria dejan en su excelso templo.

Ese valor honrado, noble, puro
Que la mujer ostenta en trances fieros
Y que la hace arrostrar el riesgo duro
Sin quejas ni lamentos plañideros,
Frente haciendo viril al dolo impuro
Y á todos los asaltos traicioneros,
Es el valor sublime y generoso
Que á la mujer le da brillo glorioso.

Pero el *valor* de la mujer terrible
Que en Roma vía la sangre sin temblar...
Pero el *valor* de aquella que insensible
Goza al verla en la Plaza derramar...
Pero el *valor* siniestro, incomprensible,
De la que *caza y mata* sin cesar...
Ese VALOR le tengo por indigno
De todo corazón sano y benigno.

—Confieso que *elegante hablastemente*,
Y que no tiene vuelta lo que dices;
Mas quitar á la fiesta el aliciente
De la sangre que espacie las narices
Del público ilustrado sedicente,
Es pedir que los pobres sean felices.
Deja, pues, á la lumbre aquel puchero
Que no te has de comer, según infiero,
Y sigamos la análisis de aquella
Estupenda función tauro-cristiana,
Que tanto dió que hablar, haciendo mella
En todo aquel que de español se ufana.
Incidentes insólitos destella
Su foco luminoso, que la gana
Excitan de historiarlos sin demora,
Y por eso tu ayuda pido agora.

Mira, pues, y contempla ese portento.
El despacho y sus *islas adyacentes*,
De billetes *benéficos* asiento,
Cercado está de innumerables gentes
Que entusiasmo rebosan y contento,
Si bien á la sazón sólo latentes,
Pues antes la emprendieron á guantazos,
Disputándose el puesto, y á estacazos.

De Herodes á Pilatos, no émbargante,
Andan los tristes, por no sé qué embolismo
Trágico por demás, espeluznante,
Que en su crudo y feroz *naturalismo*
Desengaños ofrece al *tierno* amante
Del *Arte* en el efecto y simbolismo;
Pues es el caso... que no están los billetes
Todavía que esperan los pobretes.

Diferencias extrañas han surgido
 Que el equilibrio del Estado amagan ;
 Pues tanto es de billetes el pedido
 Con que á Beneficencia la empalagan
 Las clases poderosas, al olvido
 Dando á las otras que sus gustos pagan,
 Que el celoso pretor de Villa y Corte
 Ha dicho: "Aquí estoy yo, *forte que forte!*,"

Y quieras que no quieras, ha ordenado
 Se reserven *tan sólo* ocho millares
 De táuricos billetes, con agrado
 Y aseo, sin más *dares* y *tomares*,
 Para aquellos y aquellas que han formado
 Empeño en asistir, con faralares
 Adecuados al Arte del Toreo,
 A la fiesta que excita su deseo.

¡Y aun hizo más el digno Don Raimundo!...
 —¿Aun más dijiste?... ¡De oírlo me estremezco!
 —En una caja, quizás sola en el mundo,
 De oro y de zafir (¡yo desfallezco,
 Derretido de gozo y me confundo!),
 Con fervor de que muestra aquí te ofrezco,
 Los billetes sobrantes en montón
 Zampó en ella poniéndola un tapón.

—Así lo reza la fiel *Correspondencia*;
 Mas témome que exacta no lo sea,
 Pues el diario que le hace competencia
 Y con ella de igual á igual se hombrea,
 Mostrando así su fiera independencia, ¡
El Imparcial, que á fe no fantasea,
 Omiso caso hace de esa caja
 Y en su lugar una urna nos encaja (72).

—Lo he visto, y sobre ello he meditado;
Y aunque algunos periódicos se inclinan
Del lado *El Imparcial*, que no es mal lado,
La Prensa y *Opinión*, que se reclinan
Y descansan en su *Eco* autorizado,
En éste toda decepción declinan,
Diciendo y pregonando á voz en cuello
Que *caja* sí, mas no *urna*, era aquello

Que escoltado con celo y con prudencia
Marchaba por las calles de la Villa,
Siendo objeto de grata complacencia
De quien su táurea fe jamás mancilla
Con una torpe y punible indiferencia
Que tan mal sienta aquí como en Sevilla...
Motivo por el cual que es *caja* creo,
Y claro lo de *urna* no lo veo.

—Pues te empeñas al fin en que sea *caja*,
Y á la *urna* repudias desde luego,
No has de decir que acción rastrera y baja
Cometo perturbando tu sosiego.
Sea *caja*, tan bella, linda y maja
Cual no quepan sus dones en un pliego
De marca regular, y continuemos...
—Mas sus méritos antes celebremos.

CANTO DOCE

Cajas célebres ; ay! guarda la Historia,
Que son la admiración de los mortales;
Viniéndome de pronto á la memoria
Aquella que, encerrando tantos males,
Dió á los griegos de ruina ejecutoria,
Con augurios no falsos, sino reales.

La *Caja de Pandora* es la que nombro,
Del mundo admiración, pasmo y asombro.

—Hay otra caja; aquella en que Alejandro
El Magno ó Macedonio apellidado,
Amante de las letras cual Menandro,
De *La Iliada* divina enamorado
Cual lo pudiera estar Anaximandro,
El puro original, tan codiciado,
Del grande Homero en ella conservaba,
Honrándole á la par que á sí se honraba.

—¿Y la caja en que la árdida Artemisa,
Inflamada en el fuego del deseo
Por el dios de quien fué sacerdotisa—
Su bello é idolatrado Mausoleo,—
Sus cenizas guardó, y nada remisa,
En tanto le alza sin igual trofeo,
Ingiriéndolas fué en su ávido pecho,
Calor hallando así en su helado lecho?

—¿Y aquella misteriosa que no cuentas,
Que un ejército entero en noche oscura,
Abriendo un nuevo cauce casi á tientas
Y el agua en él vertiendo, sepultura
Ignorada y honrosa dió al que en cruentas
Batallas demostró heroica bravura,
Por que no el enemigo profanara
Cadáver que aquél tanto venerara? (75).

—Hay otra caja aún, que un noble moro
Supo honrar con sus hechos portentosos:
Aquel grande Almanzor, que á voz en coro
Ensálzanle los pechos generosos,
Por ceñirse sin tacha y sin desdoro
Sus innúmeros lauros victoriosos;
El que, entrando triunfante en Compostela;
Al Apóstol tratara con cautela;
El que, vencido al fin en rota cruenta—
Por Castilla, Navarra y León unidas—
Que del héroe no exigen vil afrenta,
Antes le otorgan pompas merecidas,—
Al hundirse en la fosa se contenta
Con que caja de entrañas tan queridas
Cual lo es *el polvo* de inclitas batallas,
Con él se entierre, para más honrallas (74).

—¿Y dó dejás la Caja presentada
 En la Franca Científica Academia,
 De microbios y espóculos colmada,
 Bacterias y bacilos—¡oh blasfemia!
Baccillus decir quise, —y que asustada,
 Temiendo le alcanzara la epidemia,
 A la Asamblea súbito pusiera,
 Impidiendo sus miembros que se abriera? (75).

—La misma ¡voto á Cribas! y no miento,
 Que un parte motivó del gran Silvela,
 Egregio embajador, con ardimiento
 Consagrado al derecho y la novela
 Desde el punto central do tiene asiento
 Magnífico que al orbe le revela:

Aquella de quien este hombre de ciencia,
 Que un tiempo presidió *Jurisprudencia*,

Al presidente actual (76), *ergo* otro sabio,
 Y á más ministro de la hispana gente
Por no sé qué tintura de astrolabio,
 De este modo le habló elocuentemente:

—Hay una caja aquí, mi amado Fabio,
 Que no nombro de golpe y de repente:
 Microbios tiene: médicos la esperan
 En esa de Madrid...—Me dislaceran—

Dice el ministro—las frases así á medias
 En hombre cual voacé, seor de *Velisla*,
 Tan práctico en sainetes y comedias,
 Mas que ignora que son—¡por la Fuencisla!—
 Sinónimos *microbios* y *tragedias*.

Así que *vuecelencia*, en *cualquier isla*,
 Mande quemar la caja endemoniada...
 No pierda yo una vida tan amada.

—No obstante, mi amigo y seor *Don Paco*,
Pasteur, Wirchow, Fauvel, Koch y otros varios
Doctores eminentes...—No ¡ *per Baco!*

Me venga usted á mi con comentarios,
Pues no he de sucumbir al arrumaco.

—¿Qué hago, pues, de los cocos microzoarios?

—¡Pardiez... lo dije ya! Prenderles fuego,
Mas luego, luego, luego, luego, luego.

—¡Qué atrocidad!... ¡Qué cosas, Señor mio,
Pasan en esta tierra *toreresca!*

—¡A fe, á fe que le dejan á uno frio!

—Y aun corrido, cual córrese la yesca
Prendida en el rigor de seco estío!

Pase que, tiempo atrás, la pintoresca
Aparición de boreal aurora

Alarmara á un pretor de última hora,

Al punto de expedir un telegrama,

Desde la urbe gloriosa do ejercía

El dominio que dióle prez y fama,

Al *Imperator* Nicolás María,

Soltándole esta especie de *camama*:

“En vista de esto, señor, ¿qué ordena usía?”

Y es fama que amoscado, y con razón,

Contestóle Colás: “La dimisión.”

Mas que todo un señor jurisperito,

Embajador del Rey de las Españas,

Del cólera se asuste, y por escrito

Haga ver á un ministro musarañas,

Merece que el decano, á voz en grito,

De la médica Prensa, esas extrañas

Artes de gobernar tilde exclamando:

“El Miedo en la Ignorancia cabalgando.”

Y dijo más *El Siglo*, y no *futuro*,
Ni pasado ni actual... ¡Tú lo creyeras?
Dijo *El Médico Siglo* que un conjuro
Preñado de fantásticas quimeras
Lanzóse á los microbios, que á seguro
Hiciera estremecer aun á las fieras,
Mandándoles con tono doctoral
Que su hocico forrasen con bozal (77).

—¡Oh ignorancia, posada en las alturas
Del Poder á que llegan muchos sabios
A la violeta, dejándonos á obscuras
En la *cencia* que brota de sus labios!
¡Si tú mismo, Dios fuerte, no nos curas
De tales *pampringadas* y resabios,
Presumo que los sabios verdaderos
Pedestal han de ser de *sabios hueros*!

—¡Calla, amigo del alma, y no te apenes
Por esa extraña y fatal anomalía;
Pues por mucho que grites, y aunque tienes
Razón para llenar de Rascafría
Diez resmas de papel, aunque las llenes
No lograrás triunfar en tu porfía!
¡Al Diablo, pues, los sabios presuntuosos,
Y á la caja volvamos presurosos!...

Con tanta más razón cuanto aún existe
Una caja que no es moco de pavo;
La que Bertoldo dijo no resiste
Vanidad femenil al rey de á ochavo
Que un dedal le apostó de tierno alpiste
A que el pájaro preso, al fin y al cabo
En la cerrada caja dormiría,
Que el femenil enjambre no abriría.

—¡Vete allá con tu diablo de Bertoldo
Y aquel rey de alcornoque ó morondanga,
Que bien mostró no ser ningún Haroldo
En su amor á la insulsa mojiganga!
¡Calla, por Dios! Con brasas, no rezcoldo,
El cocinero adoba su fritanga!

¡Basta de cajas ya!—Aun hay alguna...

—Que sin duda no vale una aceituna,

Sola ni junta con las ya nombradas,

Al lado de la magna, imponderable,

Do las táureas boletas encerradas

Están por providencia irrefragable.

Y basta, dije, de cajas y nonadas,

Pues esto es ya la vida perdurable.

—Mete, amigo, te ruego, por lo menos,

Entre esas cajas, la caja de los truenos.

—Servido estás, amigo predilecto,

Y hazme el favor, en leal correspondencia,

Supliendo de mis fuerzas el defecto,

De transcribir la clásica sentencia

Que en los periódicos tópome al efecto

Y dice de esta suerte: “Su Excelencia

El *seor* gobernador, con lindos modos,

Los billetes contó taurinos todos.”

Por vista de ojos helo y sin cautela,

¡Voto al chápiro rojo, azul ó verde!...

Todo un gobernador á la alta escuela,

El señor Don Fernández Villaverde,

Del *gobernalle* tras la limpia estela—

Y así maledicencia no le muerde,—

Cuenta y recuenta con sus manos mismas

Los billetes taurómacos por resmas.

Más de quince de aquéostas suman juntos
Los supradichos táuricos billetes;
Bastantes á asustar y cejijuntos
Volver muchos menguados mozalbetes
Que, enredados en más gratos asuntos,
Sudan viendo remar á otros pobretes;
Mas el émulo digno de Xiquena,
Incansable da fin á su faena...

Y aquí otra vez al *Eco* digno apelo
De la Opinión y Prensa juntamente,
Que en el estilo de Cervantes, Melo,
Solís y otros que afluyen á mi mente,
Afirma sin temor y sin recelo
Que la caja en cuestión, caja eminente,
Por *mil* iba *entusiastas* custodiada,
No obstante no *imponer* en ella nada.

Cifra rotunda, simbólica y gloriosa,
Que en la Historia lugar egregio tiene:
La misma que con voz estentorosa,
Y el ademán que al milite conviene,
Del bárbaro consigna fragorosa
Era al lanzarse contra quien él viene;
Aquella que á Marsala dió renombre
Con que á través del tiempo se la nombre

Con respeto y amor, en tanto que haya
Gratitud en los hombres para el bravo
Que, cuando el patriotismo en él estalla,
No estima su existencia en un centavo,
Y en tanto el egoísta engulle y calla,
Él la juega con tal no ser esclavo,
Cual lo hicieron los héroes referidos,
Por el gran Garibaldi conducidos.

¡Oh abnegación sublime, incomparable,
Para cantar la cual fuerzas no tengo!
¡Cuántos ¡ay! de los mismos que con loable
Tauromáquico amor, ancho, hondo y luengo
Que escoltaban la escolta respetable,
Cual no la tuvo el héroe de Marengo,
Ni los toros verían, ni aun siquiera
De su carne una pizca les cupiera!

No puedo más. Mi mente se extravía,
Y contéplome asaz pequenecido,
Viendo los héroes que el planeta cría
Y á que mi numen no da el merecido.
Mas ¿quién de los nacidos osaría
Disputarles el lauro esclarecido
De la victoria á aquellos entusiastas
Por la fiesta ejemplar ¡ay! de las astas?

—Yo te acompaño, amigo, en el asombro
Que en ti produce ese hecho magno, ingente;
Y aunque gráficamente no lo nombro,
Por no hallar adjetivo competente
Al efecto, entre uno y otro hombro
Sepulto mi cabeza lentamente,
Bajo la vista y con fervor piadoso
Admiro un entusiasmo tan glorioso.

Y hecho lo cual, obsérvote que existe
Un error formidable, según veo,
Entre la cifra que antes expusiste
De acompañantes *mil* y la que leo
Aquí en *El Imparcial*, que á fe reviste
Autoridad cual pídale el deseo;
Pues no *mil*, *once mil* son los nombrados
En el papel aqueste... y aun sahumados.

—Confúndeste, y te ruego no quebrantes
 Los hechos con ilógica torpeza;
 Pues esos *once mil* acompañantes
 Son otros *miles* varios, que en realeza
 Nada tienen que ver con los *mil* de antes,
 Alabados por mí ya con largueza.
 Estos *mil* escoltaron á la *escolta*
 De *ángeles custodios*, ¡pesa á Volta!,

Que la caja en cuestión acompañaban,
 Y los otros el núcleo ó contingente
 Del taurófilo culto lo formaban
 Con entusiasmo férvido y ardiente,
 Que alguna que otra vez lo refrescaban
 Los lapos que celoso y diligente
 El brazo secular del *gran preboste*
 Les daba sin decir *oste* ni *moste*...

Preludio de *fazañas* insulares
 Que tamaño dejaran al gran Sancho,
Razzia haciendo en inermes escolares,
 Cual en barco vencido el zafarrancho;
Razzia sin par, que en épicos cantares,
 Perpetuada so el pie “¡Fuera, que mancho!”,
 Hará retroceder al estudiante,
 Al verle con *sus guardias* por delante.

Razzia que orna sus sienes de laureles,
 Segados al compás de cintarazos
 A alumnos, profesores y á bedeles,
 Descargados por mil hirsutos brazos
 Que honraran el pincel de un nuevo Apeles
 Si esbozáralos, siquier á sendos trazos,
 Allí donde la estatua de Cisneros
Honrados de la Ciencia vió los fueros (78).

Mas, dejando esto aparte, todavía
Existe lamentable diferencia
Entre el número fijo que asistía
Al culto de la caja con decencia,
Pues el buen *Imparcial* los ascendía
A *once mil*, y leal *Correspondencia*
A *diez mil*, sin quitar ni poner nada,
Que es otra cifra histórica ensalzada.

¿Qué son ya los *Diez mil* de Jenofonte
Al lado de esos dignos entusiastas,
Que expuestos á caer, como Faetonte
Por el rayo de Zeus en las infaustas
Sirtes del terrorífico Aqueronte,
Desde el cielo esplendente de las astas,
Con hambre, sed y sol siguen constantes
Al lado de la caja, como enantes? (79).

CANTO TRECE

Si no temiera pasar por presumido,
Pues de su propia esencia estoy formado,
Al español valiente y divertido
Pintárale en la Plaza destetado.
¿Quién duda, ni en Madrid ni en Carballido,
Que cada árbol dará el fruto ingertado?
Si un filósofo ha dicho: "Raspa al hombre
Y encontrarás la fiera,"—no os asombre;—
Si á todos "nos dotó Naturaleza,"—
Cual escritor monástico juicioso
Afirmalo—"de entrañas de fiereza,"
En su libro *El Murciélagó alevoso*;
Si las cosas, hablando con llaneza,
Aspecto tienen fúlgido ó sombroso,
Según el que á su imagen las hiciera,
No extrañar debe que el hombre se haga fiera

Desde niño aspirando los efluvios
De la sangre que humea ante sus ojos,
Ni que dé tres y falta aun á los nubios,
Arrostrando los más fieros enojos
Con negros, con mestizos ó con rubios,
Por un quítame allá esos trapantojos;
Pues quien la sangre aspira de pequeño,
No arruga ante la sangre nunca el ceño.

Así es que, reventando de valientes,
Sin poder, aun queriéndolo, evitarlo,
Empleo á nuestros ocios inocentes
Pronto hallamos, apenas sin buscarlo.
Vemos un perro, y listos, diligentes,
Sin que el cuitado pueda sospecharlo,
Tremendo garrotazo le asestamos,
Con el cual le tundimos y doblamos.

Aquí son dos muchachos que se encienden
El pelo en la vía pública á guantadas,
Mirando cuál se ofenden y defienden
Las gentes en redor entusiasmadas;
Y no sólo les miran cuál se ofenden
A arañazos, mordiscos y á patadas,
Sino antes bien azúzanles é incitan,
Con lo cual los chicuelos más se irritan.

Y si tal acontece con los seres
De nuestra misma especie, ¡voto á Sanes!,
Juzgad del gozo de hombres y mujeres
Al ver las dentelladas que dos canes
Furiosos cual horribles Luciferes
Se dan, satisfaciendo los afanes
De las almas *piadosas, compasivas*,
Que gozan con escenas tan *activas* (80).

Mas es mayor el gozo que ocasiona
Ver el gato que cae del piso quinto
Y en el acto se estrella y desriñona,
Con su sangre dejando el suelo tinto;
En tanto que el gentío se amontona,
Formando espeso súbito recinto
En derredor del triste moribundo
Que entre *risas* y golpes deja el mundo.

Ya es el *tierno* y *sensible* carretero,
Que á la bestia que gánale el bocado,
Uncida sin piedad á yugo fiero,
Maltrátala inhumano y despiadado;
Ya es el torpe y estólido cochero,
Que al *amor* de su pecho dando vado,
Con la fusta lesiona al pobre jaco,
Mantenedor del culto suyo á Baco.

Y hay escenas más bellas y más cultas,
Dignas de perpetuarse en letras de oro,
Y de servir de archivo de consultas
En algún bibliográfico tesoro;
Asciende por las cuestas más incultas
El tranvía ó *tranway* (su nombre ignoro),
Y al forzar su carrera el noble bruto
Recibe tantos palos, como fruto

De su esfuerzo potente y generoso,
Que anulado su empuje de repente,
Se para acobardado y tembloroso,
Llevando la paliza más *decente*. . .
Descarrila otras veces, y *piadoso*
El público *ilustrado* sedicente,
La pericia que falta al lerdo auriga
Suple hurgando á las bestias la barriga

Con palos y paraguas y bastones,
 En tanto el conductor *pule* los lomos
 De animales tan *maulas*, tan *tumbones* (81),
 Y el cobrador — ¿ó somos ó no somos? —
 Su cuarto á espadas echa en ocasiones,
 Con asombro de chatos y de romos,
 De la lanza colgándose y coceando
 A los brutos rendidos y jadeando.

¿No habéis visto á esos bravos auxiliares
 De la gente de tralla, con qué bríos
 Préstale sus servicios singulares,
 Mezclados los *gomosos* con los *tíos*,
 Y pinchan á los *jacos* los *ijares*,
 Y les tunden, *benévolos* y *píos*?
 ¿Para cuándo se guardan ¡oh inclemencia!
 Las cruces de inmortal Beneficencia? (82).

Por no dejar, en fin, la mano queda
 El hombre y en acción torpe y viciosa,
 A las burras de leche, que con leda
 Carrera, y más que leda generosa,
 Dannos el bien que enfermedad nos veda,
 Yo he visto cosechar carga abundosa
 De palos en sus miseras costillas,
 Hasta hacerse la vara mil astillas (85).

Mas ¿qué ruido se escucha en lontananza?
 ¿Qué carreras mis ojos asombrados
 Presencian ¡vive Dios!?... ¿Qué contradanza,
 En confuso tropel amalgamados,
 Hembras y machos bailan á la usanza
 Diabólica ó macabra, que agitados
 Trae á todos, incluso los guardianes
 Del orden y otras hierbas y refranes?

No lo sé ¡voto va! ¡Ah, sí!... Es un perro
 Que arrastra de petróleo recia lata,
 Y que huye, cual el cuerpo huye del hierro
 Agresivo que acósale y maltrata.
 Ciego, arrojando baba, crespo el cerro,
 Por do quier atropella y arrebatá
 Cuanto coge delante, y á seguida
 Un clamor se levanta *perricida*

Pidiendo el exterminio de la *fiera*
 Con gritos tan frenéticos, extraños,
 Que todos—cada cual á su manera—
 Pretenden cuenta dar, nada tacaños,
 Del *monstruo de hidrofobia* callejera,
 A fin de prevenir mayores daños,
 Mostrando que es mentira asaz *solene*
 Que el África *escomience* en el Pirene (84).

¡Oh gran país, paisaje ó paisanaje!,
 Cual dijo en otros tiempos cierto joven,
 Hoy vetusto y finchado personaje.
 Que me emplumen, flagelen y me soben
 Las espaldas después con vil brebaje,
 Mas no ¡por Marte y Júpiter! me roben
 El sabroso placer, puro y selecto
 Que ofrece al corazón y al intelecto

Ver zurrar á los tristes animales
 A diestro y á siniestro y en presencia
 De alcaldes y demás municipales,
 Ministros, curas, jueces y á paciencia
 De tantos como cobran sendos reales
 A cambio de punible indiferencia;
 Pues leyes hay que mandan dar buen trato
 Al útil animal, perro, asno ó gato (85).

No hay remedio : la sangre nos retoza
Hirviente y viva dentro de las venas,
Y al lucero del alba que alborozo
Al hombre mitigándole sus penas,
En darle un *chirlo* el español se goza
Que gusta de esas *mágicas* escenas.
¡Oh fortuna! Nacer hoy en España
Es la mejor y más grande *cucaña*!
¡Y pensar que estas *gangas* son hijuela
Obligada del *Arte* del Toreo!
¡Que son reminiscencias ó secuela
De la *cencia* del *quiebro* y del *capeo*!
¡Que son la prolongada limpia estela
De los siglos que asaban al ateo!
¡Que son suma abreviada, fiel compendio
Del resplandor de *religioso* incendio!
¿Acaso á demostrar esto no basta
Que el Toreo es el foco que ilumina
Con fulgores vivísimos la *casta*
Cultura de esta España peregrina?
¿Acaso habrá algún sandio iconoclasta
Que niegue que esa fiesta es ¡ay! divina?
¡Si un Honorio cerró el Circo romano,
Honorios no hay que cierren el hispano!

CANTO CATORCE

No hay, no, en España veto que á los toros
Pueda oponerse insano y arbitrario.
Pidáis lo que pidáis, como á los loros
Se escucha, así el depositario
Del poder y la ley oirá los coros
De quejas que con tono tumultuario
Su tímpano desgarren; mas por cuernos
Clamad y os los darán... duros ó tiernos.

En villas, en villorrios, en ciudades,
En pueblos, en aldeas y aldehuelas,
Las personas de todas las edades,
Sin exclusión de suegras ni de abuelas,
Por toros claman en sus solemnidades,
Que estiman mucho más que las escuelas.
Permiso demandad de hacer el *Cide*,
Y al margen os pondrán: *Como se pide*.

Así vemos con no rara frecuencia
 Funciones de becerros y toretes,
 Novillos, vacas, bueyes, ¡qué demencia!,
 Donde muchos modernos Evergetes
 Con ardor sin igual arman pendencia
 A los *bichos*, que á veces los mofletes
 Les bajan y demudan, y aun los remos
 Les destroncan de paso, cual lo vemos.

Lugares en España hay do al alcalde
 Estórbale *lo negro* — ¡qué cucaña! —
 Y logra que jamás su cuenta salde
 El domine que espesa telaraña
 Del cráneo ocioso barre, mas de balde,
 Pues *gramática parda* es la cizaña
 De la rural cultura, que el dinero
 Sólo gasta en hacer *clown* al *torero* (86).

Estudiantes, horteras, militares,
 Rústicos inciviles, jornaleros,
 A Tauro en sus flamígeros altares
 Sacrificios consagran lisonjeros;
 Sin que el Código, que penas tiene á pares
 Para el suicida, y dictamos severos
 Le reserva la Iglesia, pues el cura
 En sagrado le niega sepultura,

Con asombro del siglo, provocando
 Conflictos de cogulla y regalía,
 En los cuales al cabo naufragando
 Va nuestra Religión de día en día;
 Sin que el Código — dije, — dúctil, blando,
 Ni la Iglesia, clemente, santa y pía,
 Penas marquen á clérigos y jueces
 Que el *suicidio* autorizan tantas veces

Con su presencia olímpica, serena,
 Como así á las madamas tan piadosas
 Que de santo placer el alma llena
 Presiden esas fiestas *primorosas*
 Que ahuyentan de sus pechos toda pena
 Con sus escenas varias y *vistasas*,
 Pues á veces cornada fiera y ruda
 Da el toro al diestro y otras... le desnuda.

¡Bendito el entusiasmo que en España
 Impera por los toros extremado!
 Él hace que se explote la cucaña
 De la Prensa si el toro ha embanastado
 Al torero, según con senda maña
 Vocéalo el vendedor desaforado
 Gritando sin piedad: “¡El Tío Canguelo!
 Con la cogida del señor Ciruelo!”

Así el *fuego sagrado* del Toreo
 Mantiénese abundante y vigoroso,
 Pese á quien pese, incluso el Macabeo
 Que entre los siete descolló glorioso,
 Y el fornido y potente Zebedeo,
 Si no aplauden este *Arte* esplendoroso,
 Capaz de avergonzar á las naciones
 Que le excluyen de sus instituciones.

En un autor francés de limpia nota,
 Pero francés al fin juzgando á España;
 En Edgardo Quinet, esta especiota
 Leí, con sus honores de patraña:
 “Seguid, hijos del Cid, por la derrota
 Taurínica que os da coraje y saña”;
 Y no bien lo leí, dije al instante:
 ¡Gracias, gracias, señor Don Elefante!

—¡Y á fe que no está mal lo que dijiste!
 ¿Pues qué, España no tiene coronistas,
 De ésos que regocijan al más triste
 Con sus sabrosas áticas revistas,
 Que, *preñadas* de tanto y tanto *chiste*,
 Pregonan nuestras *glorias toreristas*,
 Para que un extranjero — ¡habrá osadía! —
 Su barba meta en táurica bacía?

Aquí todos hablamos de los toros;
 De los toros sin tregua nos curamos;
 Por los toros hiciéramonos moros,
 Y por toros gemimos y lloramos;
 Por los toros trocamos nuestros *foros*,
 Y habiendo toros ¿qué más necesitamos?
 De toros los periódicos discuten,
 Y en los libros los toros repercuten.

Una novela ó cosa así he leído,
 En que su autor, por rumbos especiales,
 Demuestra su criterio esclarecido,
 Cifrándolo en sus dos más principales
 Actores de un tal modo y tan lucido,
 Cual lo envidiaran Sócrates y Tales.
Sandalia es nombre de uno, y *abonada*
 Está siempre á los toros... ¡abnegada!...

Siendo, *por ende*, sencilla, tierna, pura,
 Angelical, magnánima y clemente;
 Virtud, en fin, tan tersa, limpia y dura,
 Que nadie osa clavar en ella el diente.
Adolfo titulóle al otro el cura
 Al regarle en la pila la alba frente,
 Y un execrable monstruo ha resultado.
 ¡Se comprende!... ¡Si no es *aficionado*!

¡Oh lógica y alfalfa todo junto!
Vencido y aplastado me dejaste
Con tal discurso, que, según barrunto,
Destinado se encuentra á dar al traste
Con los más bellos temas de alto asunto
De Platón, Aristótele y Teofraste.
Por la regla de tres que ese autor usa,
El bombo ya no es bombo; es... ¡cancamusa!
Hay predestinación... ¡cómo dudarlo!
En el fondo del caos estaba escrito,
Sin que nada pudiera ya estorbarlo,
Que el Pueblo de Israel fuera precito;
Que el fatalismo había de sublimarlo
El musulmán, haciéndolo su rito;
Que el gentil diera al *falo* culto externo,
Y el emblema de España fuera un CUERNO!

FIN DEL POEMA

NOTAS

NOTES

NOTAS

(1) Demasiado se comprende que, al decir *Pueblo*, no me refiero á clase alguna determinada de la Sociedad, sino á la Nación entera, ya que en el punto concreto de los toros, y en oposición á todos los demás puntos, en que no hay dos españoles que piensen del mismo modo, cábenos la *gloria* de obrar casi al unísono. Uso, pues, la palabra como más genérica, eufónica y acomodada á la rima.

(2) Será un gran arte el *Arte del Toreo*; pero, sin desconocer el derecho que tiene el hombre á defender su vida de todos modos y con toda clase de artimañas, creo con Jovellanos que no es muy *artístico* que digamos eso de acosar á la fiera veinte hombres aturdiéndola y engañándola con colorines y *quiebras* para herrirla á mansalva y acabar con ella impunemente.

(3) Si Jovellanos, como yo siempre había creído, no es el autor del famoso opúsculo intitulado *Pan y Toros*, que tanto ruido produjo á su aparición en 1796,

y que tanta resonancia tiene todavía—ya que entre las obras del gran político y jurisconsulto, coleccionadas en la *Biblioteca de Autores Españoles*, no figura,—por lo menos fué su inspirador autorizado, como lo demuestra la carta en que, contestando á otra del marino Vargas Ponce pidiéndole su opinión sobre las corridas de toros, lo hace de perlas por cierto, destruyendo la ilusión que se forjó el Sr. Velarde al suponer, en su refutación al Sr. Navarrete, que el insigne autor del *Informe* sobre la cuestión agraria era partidario de las funciones de toros.

Más en lo firme el distinguido escritor disfrazado con el pseudónimo de *Sobaquillo*, ha tenido buen cuidado de eliminarle, con sentimiento íntimo de seguro, de la larga lista de *aficionados ilustres* que inserta en su obrita *Defensa de las fiestas de toros*, no obstante haber incluido al mismo Cervantes por unas palabras que nada dicen ni nada significan al efecto—y que, de decir ó significar algo, sería con relación al Toreo caballeresco, en que tanto brillaba la Nobleza antigua *combatiendo ante su Rey con valor*, y no al Toreo moderno, artificioso y retribuido,—probando con ello cuánto puede alambicarse todo cuando de sutilizar se trata.

Por otra parte, cuando en la Biblioteca Nacional no existe una obra tan renombrada, que á mí me costó *un real*, ¿qué extraño será que, aun siendo de Jovellanos, no figure entre las suyas *Pan y Toros* por haber escapado á la diligencia y celo de los colectores de la *Biblioteca Clásica*?

Sea, pues, como autor, sea como inspirador de esa obrita, yo me amparo á la autoridad de Jovellanos

para deducir las consecuencias que me convengan de la doctrina en ella sustentada.

(4) ¿Quién no recuerda al famoso *Chironi*, terror de los toreros, á quienes *saludaba* con el descomunal cencerro, siendo *dogma* para los aficionados y aun para la Prensa su *fatídico* toque?

(5) De 1884, en cuya tarde y en plena corrida descargó tan formidable aguacero, que los más valientes tuvieron que *tomar el olivo*. Este episodio lo escribí *sobre el suceso*, como varios otros que hallarán la explicación de su no palpitante oportunidad en el adjetivo *avinagrado* con que he bautizado el librito desde su portada, mas lo cual no empecé al desarrollo del argumento, basado en la siempre creciente afición al *incomparable* espectáculo.

(6) Frase estereotipada y tan insulsa que ya huele á puchero de enfermo.

Véase la clase. Habla un cronista veraniego de los más *conspicuos*:

«Las conversaciones animadas, entusiastas, tenían por *único asunto* los toros. ¡Seis *bichos* de Aleas! ¡*Lagartijo!*...

¡Qué *mujerío!* ¡Vaya unas damas que parecen *manolas* con sus mantillas (*blancas*, se entiende), y vaya unas *horizontales* que parecen damas con sus sombreros!»

¡Esto es escribir, voto á Sanes!... Se adula á la mujer *en todas sus esferas*, y se pica la curiosidad de la pudibunda hija de familia con el significado ambiguo de una *horizontal* que no es tal horizontal, sino

una copia servil é irreflexiva de las desvergüenzas de Zola.

Se me figura estar oyendo esta expresiva conversación en el comfortable hotel de alguna respetabilísima familia :

—Mamá, ¿qué es *horizontal*?

—(*La mamá aturdida.*) ¿Horizontal?... Pues... ello mismo lo dice... La línea...

—No hay línea que valga. Se trata de la mujer, y la mujer no es ninguna línea.

—Pues no lo sé, hija mía. Déjame en paz, que me duele la cabeza.

—(*La niña escamada.*) ¡Hola, hola! ¡Aquí hay gato encerrado! ¡*Horizontal*! ¿Qué será *horizontal*?... Pero ya me lo dirá mi Arturo, que para mí no tiene secretos.

¡Oh progreso de la literatura *realista*! ¡Cómo *iluminas* la mente de las niñas!

(7) En esa época estaban á discusión las Ordenanzas Municipales, digno código urbano de un pueblo culto, que entre otras providencias, inapreciables por lo desconocidas, amparaban al animal contra la ferocidad del hombre, y cuyo código no se discutía porque, siendo en jueves las sesiones y en jueves también los toros, los beneméritos ediles, los teorizantes protectores de los animales, se marchaban casi en masa á la Plaza, dejando las curules sillas huérfanas de sus tafanarios en el salón de sesiones.

«Ayer se abrió la sesión con tres señores diputados — decía *El Porvenir* de aquellos días. — El Congreso español parecía *una sucursal* del Ayuntamiento.»

Pues bien; á los cuatro años, en Julio de 1888, para que se vea lo felices que somos con las *autoridades* que el hado nos depara, decía *Sentimientos* en su regocijada jerga :

«Hora de prinicipiar, las sinco. Plasa, menos de media.

Menos el parco der Munisipio, — que los señore no pierden ripio.»

¿Qué *t-a-l* tal los ediles contemporáneos?

(8) *La Época*, escandalizada del bureo con carácter endémico que vislumbraba en el horizonte de nuestras clásicas *juergas*, aprovechó la ocasión de verificarse la corrida de toros á beneficio de los inundados de Murcia (ya se sabe que tratamos de un asunto trasnochado, pero indispensable al efecto de establecer los naturales términos del argumento) para pedir la supresión de la función doble por semana; y ¡cosa rara y casi increíble! fué atendida en su deseo.

(9) Con efecto, como éste es el país en que á legislar nadie le gana, pero á olvidar lo legislado tampoco— pues ya Don Quijote recomendaba á Sancho Panza, al despedirle para el gobierno de su insula, que hiciese pocas leyes, *mas que ésas se cumpliesen*, — á los pocos días de haberse suprimido la corrida del jueves decía *El Porvenir* de aquella época, dando cuenta de las *seis junciones* nada menos perpetradas en sólo una semana :

«Programa semanal para los españoles que se dedican á la tarea de no hacer nada:

Hoy, inauguración de las corridas en el Puente de Vallecas.

Martes, novillos en Getafe todo el día.

Miércoles, becerrada en Vallecas.

Jueves, corrida de Moruve, que matará *Frascuero* solo.

Sábado, corrida en Aranjuez, y domingo la corrida de Beneficencia.

La Correspondencia dice:

«No se puede pedir más.»

Pedir más sería golleria.»

Perdóneme *El País* que no me halle conforme con su señor difunto padre *El Porvenir*, y asimismo *La Correspondencia* que tampoco lo esté con su merced.

Se puede pedir más, más, mucho más.

Hasta las dos *cátedras* (!) de Tauromaquia que pidió en el Senado el Sr. Santa Ana, hoy dignísimo marqués de su apellido, para *fomentar* (¡!) *la afición*.

Ahora, que una cosa es pedir y otra dar, porque, con ministros de Fomento tan serios é ilustrados como el señor Lassala, pedir *eso* es no pedir nada.

No hay peor sordo que el que no quiere oír, y el Sr. Lassala debe ser muy sordo... ¡y Dios le conserve su *sordera*!

(10) *Fulvia* (y no *Fluvia*, como el pícaro consonante me hace decir), mujer de Marco Antonio, y tan vengativa como su esposo, al decir de los historiadores de su tiempo, tuvo la *humorada* de entretenerse en picar con un alfiler de oro la lengua de Cicerón, pareciéndole poco la muerte del primer orador romano. ¡Si sería *terne* la moza!

(11) Llamándolas *incultas*, *bárbaras* y *sangrientas*. Las *indirectas* del Padre Cobos.

(12) *El Motín*, entre otras noticias taurico-místicas que con frecuencia ha dado, describió con su característico humor la *jumera ó papalina* con que se presentó *adornado* cierto cura, vestido del oficio, en una plaza de toros de provincia.

(15) Hoy que *Lagartijo* y *Frascuelo* llevan matados entre los dos más de *seis mil toros* (¡qué barbaridad!), aquella cifra es una bagatela, pero entonces era una *cosita muy decente*. ¡Si habremos progresado desde Romero acá!

(14) Desde el momento en que, según nuestras beatísimas damas católico-toreras, imbuídas en las creencias de la Santa Madre Iglesia en que con tal fervor comulgan, se condena el que muere sin sacramentos, creemos no exagerar el concepto respecto de los toreros que sucumben en los cuernos de la res, y en pleno sol civilizador y religioso, á los pocos momentos de haber hecho la señal con el *pañuelo* las damas que *gustan* de presidir ese espectáculo.

(15) Decía el Sr. Velarde, en sus cartas impugnadoras—publicadas en *El Imparcial*—de la obra del Sr. Navarrete titulada *División de Plaza*, que se engañaba este señor al suponer que la afición á los toros degeneraba, hallándose sostenida sólo por la Aristocracia; añadiendo en apoyo de su tesis que, si se presentase ante el respetable público con un puñado de billetes y le invitara á seguirle, uno sí y otro también aceptarían la invitación sin ceremonias.

¡Verdad, verdad, verdad, verdad y verdad!

El Sr. Velarde está en lo firme, y el Sr. Navarrete es víctima, desgraciadamente, de una bella ilusión.

Que el espectáculo es caro y no puede verlo el pobre... ¿y qué? Eso no probará que no le guste, pues entonces habría que suponer que tampoco le gusta el salmón porque no lo come. Preguntábanle al gallego: ¿Quieres pan? — Y el muy zorro contestaba: ¡Si *nundan!* — Pues aplique el Sr. Navarrete el cuento á ese Pueblo que no va á los toros porque no puede, y de quien dice *Sobaquillo*, en su *Defensa de las fiestas de toros*, que en cambio va á hartarse de vino en los ventorros y á esgrimir la navaja — que *es mucho peor* en su concepto, — y habrá dejado las cosas en su punto.

No hay más sino que *un tal* D. Mariano de Cavia, excelente é ingenioso escritor público, en un artículo magnífico como suyo, ponderando las excelencias de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid como concurrente al gran Certamen Universal de Barcelona, se entusiasma de tal modo con la aplicación y laboriosidad de los honrados hijos del Pueblo, que truena y se enfurece contra los que le *suponen* el depravado gusto de la embriaguez y la camorra. Y como esto, *en mi concepto*, es mejor que atiborrarse de vino en los ventorros y esgrimir la navaja, como dice *Sobaquillo*, con vendría que el Sr. Cavia se entendiese con el distinguido revistero taurino de *El Liberal*, para que supiéramos á qué atenernos respecto al verdadero concepto que debe merecernos el Pueblo de Madrid, ya que tan encontrados y discordes andan, al tratar de él, *dos* escritores de tanto mérito y valía como *Sobaquillo* y Cavia.

No hay que darle vueltas: el español (el *neto* se

entiende, el de *sin hilo*, el de la *legítima cepa*), que no va á los toros es porque no puede; pero asiste á ellos en espíritu y no deja de gastarse su correspondiente *perro chico* en la primera hoja taurina que le sale al encuentro y que devora con más ansia que el famélico la cena que *le cae* á las altas horas de la noche en su desalquilado estómago.

¿No se ha dado el caso de un escritor *moralista* que tronaba contra las corridas de toros por sanguinarias, bárbaras y crueles, y después provocaba venablos contra la Empresa porque, dando pruebas de buen sentido, no le enviaba billetes como á los periodistas sus congéneres? Es verdad que también abominaba de la Política, llamándola *politiquilla*, y de la empleomanía, atribuyéndole (y con razón, porque era un excelente diablo predicador) la mayor parte de los males que nos afligen, y en cuanto probó el néctar del Presupuesto estranguló su periódico, sin que desde entonces haya dejado sino *per accidens* de dar enormes *chupos* del barril de esa ambrosía.

Pero ha hecho una frase: una frase delicia de bullangueros ignorantes: ha bautizado con el nombre de *perro* á una moneda que lleva la efigie del Rey, sin que hasta ahora, después de tres lustros *corridos*, hayan *caído* nuestras previsoras autoridades en el denigrante agravio que se infiere tan á tontas y á locas á la más alta representación de la institución monárquica, sólo por el capricho de un *facedor* de frases... monárquico no embargante.

(16) Nada más lejos de mi ánimo que atizar odios y rencores entre pueblos de una misma raza. Refiero

hechos históricos, que no deben tener más trascendencia para los americanos que la que para nosotros tienen sus centenarios en honor de sus *libertadores*.

(17) La cogida del *Tato*.

(18) D. Alfonso XII. No se olvide la fecha en que se escribió el libro, que por este y otros episodios verdaderamente antiguos califico de *avinagrado*.

(19) Escenario, la estación del ferrocarril de Córdoba: argumento, la visita del Rey á raíz de los célebres terremotos. Personajes: D. Alfonso dormido en el tren; Romero Robledo ejerciendo de *amo* y dando la mano á *Lagartijo*, conversando amigablemente con él, mientras el obispo de la ciudad *espera* que le llegue el turno.

(20) ¡Eso es!... ¡En qué puede gastarse mejor el dinero de la Nación — aparte de subvencionar periódicos que nos hagan creer que lo negro es blanco — que en satisfacer nuestros mandarines sus curiosidades personales?

Hubiérase tratado de un telegrama pidiendo auxilio para los niños de la Casa-Cuna de Baeza, que por entonces morían de inanición y con *los dedos comidos* por falta de lactancia, y el telegrama habría quedado sin contestación.

¡Qué país!... ¡Qué *catolicismo* y qué *caridad*!

(21) El gobernador de Córdoba no dijo *entadía*, mas sí lo demás, ó al menos su substancia, como consta

de los periódicos que se ocuparon en ese ruidoso incidente, pregonado á voz en cuello en *extraordinarios* que el público arrebatava.

(22) D. Nicolás Fernández de Moratín, *Oda á Pedro Romero, torero insigne*, que acaba con esta desjuiciada hipérbole, después de haber agotado en su loor más ditirambos que Plutarco en el de sus *Varones Ilustres*:

“Tu gloria llevaré del Occidente
A la Aurora, pulsando el plectro de oro;
La Patria eternamente
Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.”

(23) Calderón, Tirso, Lope, los dos Luises, Gallego, Lista, etc.

(24) *Odo* ú *oda*, *raso* ó *rasa*, pero al fin proyectil de efecto, cuyos estragos podrán apreciarse por este estampido:

“AL SIMPÁTICO Y FAMOSO DIESTRO D. LUIS MAZZANTINI

ODA

Helo allí, perfilándose ante el toro
Que se apresta á una recia acometida;
Gallardo, varonil, luciendo el oro
En su estatura noble y distinguida,
En Elgoibar nacido,
A Luis Mazzantini el aplaudido.

Al verlo el redondel donde se agita,
Y rebulle confusa muchedumbre;
¡Cual se entusiasma y de placer palpita,
Batiéndole las palmas por costumbre!
Y al recordar su fama,
“Es un genio Luis,” plácida exclama.

Y como tal, de la maligna suerte
 Tuvo el embate que sufrir, y loco
 Y *sangrador* llamáronle tan fuerte,
 Que lo aturdieron; mas su genio á poco
 Borró tristes memorias,
 Hoy ya cubierto con hispanas glorias.
 De esbelto talle, guapo, bien formado,
 De semblante expresivo; ¡cual sus ojos
 Revelan un espíritu engendrado
 Para saciar valientes sus arrojios!
 Las aulas abandona,
 Para ceñir del diestro la corona.,,

Así comienza la *dichosa oda*. ¡Cómo concluirá!

Excuso decir que la *muestra* la he copiado con todos sus *primores* prosódicos, ortográficos y sintáxicos.

¿No es verdad que deleita el ánimo y fortifica el cuerpo ver á un *ministro del Señor tan piadosamente* ceñido á su *sagrado ministerio*?

¡Oh, esto consuela! ¡Esto le reconcilia á uno con la religión de sus mayores... animales, como dijo *El Motín* un día!

(25) También en esto hemos progresado. Antes se desenganchaban los caballos de los coches reales por aquellos *filósofos patudos* que gritaban ¡*Vivan las caenas!* mientras los arrastraban con entusiasmo, sordos á las exclamaciones de terror de los que les creían *desbocados*, según el donosísimo epigrama de Villergas, hasta que, iluminado por la inminencia del peligro, gritaba á su vez quien tan bien los conocía: ¡*Sooooo!*, «y se quedaban clavados».

Hoy se desenganchan las bestias de los carruajes de los toreros, para hacer ellos sus veces, por los *aficionados enragée*.

He perdido el apunte (pues el suceso á que me refiero ocurrió en 1885), y no recuerdo quién fué el *semi-dios* taurómaco agraciado. Mas no importa; que los *lances* no son raros, como lo prueba este recorte de un periódico moderno con el cual excuso decir no estoy conforme:

«Habla *La Patria*:

«Describiendo *La Correspondencia* un episodio de la corrida de toros verificada anteayer, dice:

«*Guerrita* fué llevado en hombros por el Pueblo soberano.»

Pues désele sufragio universal á ese Pueblo soberano que tan gráficamente manifiesta sus aficiones.»

Y usaría con gran sentido político y discreción (*las bromas, buenas ó no darlas*) de tan preciado derecho.

Nuestro Pueblo puede hoy demostrar entusiasmos (*así, en plural, que en singular es poco*) por los hombres que personifican nuestra fiesta nacional, pero no se envilece tirando de un carro, como en los últimos tiempos de la barbarie absolutista.»

Es así que, á más de *llevar en hombros* á los toreros, desengancha los caballos de sus carruajes y los arrastra cuando le place, ni más ni menos que «en los últimos tiempos de la barbarie absolutista», *ergo* mistificación se llama esta figura:

«Hoy el Pueblo conoce sus derechos y tiene conciencia del valor de lo que le rodea.»

Gobierno inclusive: que es el que merece adormeciéndose al arrullo de las adulaciones de tales Mentores.

(26) Periódicos serios, ilustrados, pero de empresa ante todo, nos ofrecen asombroso contraste entre su

predicación y sus hechos. Mientras en razonados artículos truenan contra la *fiesta nacional*, contra las distinciones de que son objeto los toreros por parte de los personajes más visibles de la Sociedad española, contra la anomalía de ganar un lidiador en dos horas la suma necesaria para el mantenimiento de una honrada familia en un año, insertando al efecto episodios tan característicos como el del torero *Tripas*, donde el señor Ortega y Múnilla retrata con fidelidad admirable al *personaje* y al *gremio*, en columnas sucesivas se pide á Dios que nos depare *buenos bichos*, *buenos caballos* y *buenos diestros* para que la *afición no sea defraudada* (?), y se dan revistas taurinas kilométricas en lenguaje gitanesco, donde á mansalva y entre el aplauso de los necios se insulta á los adversarios de la *fiesta* llamándoles *sensibleros* porque se conduelen de las MOLESTIAS *del toro y del caballo*, los dos animales más útiles de toda la Creación; como si la *sensibilidad* implicase *cobardía*, cuando es todo lo contrario, pues de cobardes es el ser crueles, y como si en un país que se dice civilizado y cristiano fuese meritoria la *insensibilidad*.

No ha mucho se quejaba el mismo Sr. Ortega de que los *sesenta mil duros* ganados en un año por el diestro Mazzantini no hubiesen ido á las gavetas de Pérez Galdós y de Zorrilla (no sé por qué *regla de tres* si los ganó honradamente el otro y el recuerdo de Cervantes nos veda entusiasrnarnos con el sibaritismo y la molicie de los que están muy por bajo de *Él*), y en el mismo artículo truena contra los iniciadores de la Liga barcelonesa contra las corridas de toros, diciendo, así como con timidez — como si no se atreviese á infe-

rir semejante ofensa á los culpables, — que aquí, « por lo visto, lo que inspira lástima es el caballo » (¡ pues ya lo creo ! ¡ y mucha ! ¡ y muy legítima ! ¡ y á mucha honra ! ... ¿ qué se había usted creído ? ¿ que íbamos á decir los sensibleros : « ¡ Tío, yo no he sido ! » ?), y sacando á colación la manoseada leyenda del de Calígula para fantasear á su manera y en su inquina contra la noble raza hípica hacerla roedora y dotarla de pezuñas.

Esto se llama, en términos concretos, encender una vela á San Miguel y otra al Demonio.

¡ Qué más ! Apareció el periódico titulado *La Justicia*, inspirado por aquel carácter espartano, por aquel nuevo Catón que por antonomasia fué así conocido hasta que le derribó del pedestal Azcárate — á cuyo lado, si hemos de juzgar por las hipérboles de *El Liberal*, Esopo, Sócrates y Foción fueron unos pobres diablos en honradez y virtud, — y, como no podía menos de esperarse de aquella ilustradísima *inspiración*, el periódico apareció sin la tradicional revista de toros. Mas ¡ oh dolor ! ... A poco la encina vacilaba, el árbol secular inclinaba la enhiesta copa, y las revistas de toros aparecían en aquel periódico en desprestigio suyo.

Las pediría el público, se comprende; y como los intereses de empresa se resentirían, y éste es un país de gallegos en que nadie suelta un cuarto por mor del arte, se sacrificó una vez más el ideal á lo útil.

(27) No ha sido una vez sólo la que el Sr. Alvareda — el garrochista BENEMÉRITO según Sobaquillo — ha hecho las delicias de los sacerdotes del templo de las leyes con sus tauromáquicas salidas de tono.

(28) *La conspiración del silencio*, de que se quejaba Alarcón, uno de los niños mimados de la Prensa, como el Sr. Navarrete.

Es verdad que lo merecen por su talento; pero esto no ha impedido que el primero se quejase amargamente del significativo silencio con que esa Prensa acogió una de sus obras, buena como suya, y que consideró ofensivo.

¿Cómo extrañarme ya de que cierto opúsculo que publiqué hace tiempo, y del que me apresuré á remitir el correspondiente ejemplar á todos los periódicos, no mereciese los honores de la más mínima mención?

Sería muy malito, lo comprendo; pero escrito en castellano y con decoro, no creo que fuese cosa del otro jueves soplar el polvo de la frase estereotipada *Hemos recibido*, etc., é insertarla piadosamente.

Nota bene. *El Día*, únicamente *El Día*, cumplió este deber de delicada atención que desde aquí le agradezco. Y *El Motín* hizo más: *El Motín* tuvo á bien dedicarle un articulito, *El Diablo* se lo pague.

Pero á bien que ahora enviaré dos ejemplares, ú tres si se me pone en la cabeza, á todos los periódicos, y verán ustedes cómo llega *el cañonazo*.

(29) *El Gran Breteño* ha titulado á uno de sus capítulos de novela cierto distinguido ingenio que por sus méritos literarios ha obtenido un destino tan *confortable* como disputado.

(30) El episodio á que obedece esta nota ha sido añadido á lo escrito con anterioridad á la publicación del libro de D. José Navarrete titulado *División de*

Plaza, y á consecuencia de la polémica que le suscitó el Sr. Velarde tildándole de *tauróforo* y proclamándose á la faz del mundo *taurófilo* impenitente.

Conforme no he reforzado mi humildísimo trabajo con ninguno de los interesantes argumentos del señor Navarrete en el preciado suyo, tampoco me hubiera ocupado en el de su impugnador si no fuera porque, al amparo de una envidiable reputación literaria, se ha permitido libertades que son licencias y que no deben quedar sin correctivo.

Olvidando que anteriormente, según se lo recuerda su amigo Navarrete, fustigó las corridas de toros con verdadera indignación, hoy, mudando de consejo, que es de sabios, se erige en su campeón decidido, dejando atrás y con la lengua fuera á los más furibundos revis-teros de oficio.

No pretendo refutar todos los errores en que incurre el distinguido poeta que tan alto ha puesto su nombre en la literatura patria, porque la débil corneja no puede luchar con el águila rampante, ni la opaca luz de mi contradicción podrá eclipsar los fulgores, siquier fantásticos, de su deslumbradora afirmación.

Pero algo he de decir — así lo encierre en los estrechos límites de una nota — para evidenciar sus falsos conceptos en pro de una *diversión* que es la afrenta del siglo en que vivimos, y cuya defensa no es posible hacerse en serio; y ese *algo* es que, como todos los argumentos que emplee en lo sucesivo el Sr. Velarde para defender la *fiesta nacional* sean del calibre de la cita que hace de Jovellanos, en que, á vueltas de una ecléctica concesión á la Nobleza y el Pueblo por su afición á las corridas, concluye afirmando que el se-

pectáculo es *feroz y bárbaro*, medrados quedarán *fiesta y fiesteros* con tan oportuna, lógica y eficaz defensa.

Otro tanto puede decirse de la singular y rara clasificación que hace de la clase de los *taurófobos* en géneros y especies, dividiendo á los primeros en *Chimborazos* y *Frigilis* (¡el Demonio tiene cara de cochino!), y á los segundos en *Políticos*, *Literarios*, *Administrativos*, *Científicos*, *Filosóficos*, *Sensibles*, *Melancólicos* y *Mansos*; nomenclatura endiablada y pistonudamente caprichosa que no soñara naturalista alguno y que deja en mantillas las más extensas de los maestros de la Ciencia, desde Buffon á Cuvier, desde Geoffroy de Saint-Hilaire á Humboldt, desde Lamarck á Lagasca, desde Leibnitz á Jussieu, desde Goethe á De Candolle, pero que no ha de conquistar á su *original* autor alto puesto entre los analíticos de la universal Fauna, por más que lo tenga muy elevado en las regiones del Parnaso.

Por otra parte, he buscado con afán el *grupo* á que yo podría pertenecer en la estupenda clasificación transcrita; pero como ese y otros naturales derivados de sus géneros y especies dejéelos el Sr. Velarde en el tintero, me he quedado con la curiosidad de *conocerme*, si bien me inclino á embutirme con los *filósofos que gastan la ropa hecha*; cosa que, entre paréntesis, me parece tiene que ver tanto con la aversión á los toros como el Soto de Migascalientes con las castañas pilongas.

Sujeto hay que se viste donde puede y como puede y se moriría viendo mechar toros y despanzurrar caballos, como si para eso sólo hubiera venido al mundo; como si para eso sólo se hubiera hecho la portentosa

máquina del Cosmos; como si para eso sólo girasen en el inconmensurable espacio, por eternidades de eternidades, soles á cuyo lado el nuestro es un átomo, como al lado de éste es un átomo la Tierra; esta misma Tierra que nunca acabará de recorrer y conocer el hombre, mísera criatura que, viviendo de la misericordia de un Poder invisible que le hiere de repente destruyendo sus planes de ambición y de soberbia cuando más próximo está á realizarlos, se cree con derecho—; pobre desventurado diablo! — á martirizar á los animales, y hasta á sus semejantes si puede.

No debo, pues, pertenecer al *género* de los filósofos que gastan la ropa hecha; y como tampoco pertenezco al de los Políticos, Literarios, Administrativos, Científicos, Filosóficos, Melancólicos — por más que el hombre reflexivo tenga motivos en este país *de non*, no digo para estar melancólico, sino icterico y hasta hipocondríaco — ni Mansos (pues tengo *malas pulgas* para merecer este dictado), debo pertenecer al *género* de los Sensibles, ó *Sensibleros*, como pedesciben los payasos de la Literatura, y desde luego me considero en él incurso.

Pero mi sensibilidad (ó *sensiblería?*) no me lleva á aturdirme ante el peligro, sino á arrostrarlo con energía y frente á frente, al contrario de muchos taurófilos á quienes — después de desgañitarse pidiendo banderillas de fuego y de solazarse con sus estragos en el toro — la quemadura de un fósforo causa calentura, y de muchas *taurófilas* que alborotan un barrio á la vista de un ratón.

Mi sensibilidad se reduce, como hijo de mi siglo, como hijo de mi patria, á la que deseo la gloria del

progreso en vez del vilipendio de la incultura, á abominar de una fiesta tan repulsiva, tan sangrienta y feroz como la que nos ofrece, al decir del Sr. Navarrete, *el Arte ignominioso del Ratón y de Don Gil*; á querer para mi patria, con el derecho que me da mi condición de ciudadano, lo bueno que en el extranjero existe, *la protección á los animales*, consignada hace cinco años en el Proyecto de Ordenanzas Municipales de Madrid, y que de Herodes á Pilatos, de Anás á Caifás, nunca acaban de volver al Ayuntamiento para su promulgación definitiva.

Mi sensibilidad, por último, se reduce á admirar á aquel digno sacerdote de una religión de paz (tan distinto de los fariseos que encharcan sus sacras vestiduras en la sangre de la Plaza y emborronan *odas* á toreros *guapos*), que arrojándose denodado entre los atletas que se destrozaban en el Circo de la antigua Roma, divirtiendo con su agonía á una generación cruel y cobarde que no supo oponerse á su saqueo por el terrible Alarico, los separó abnegadamente, conmoviendo su acción al mismo emperador, el benigno Honorio, hasta el punto de creerse obligado á cerrar aquella sentina de iniquidades y horrores.

Por lo demás, si hubiera de seguir al Sr. Velarde en todas sus fantasías taurófilas al refutar la obra del Sr. Navarrete contra la *fiesta nacional*, trabajo tendría. Y como no es ésta mi misión, pues me he limitado á añadir un nuevo dato al humildísimo trabajo de igual índole que, aunque inédito, tenía yo ya hecho cuando apareció el del Sr. Navarrete, y á comentarlo en consecuencia, mi tarea ha terminado, por ahora al menos; pues tal vez otro día me dé la humorada de pu-

blicar el juicio que me ha merecido — y que tengo escrito — la obra de *Sobaquillo*, el genuino impugnador de Navarrete, titulada *Defensa de las fiestas de toros*, por más que este preclarísimo ingenio, *el más culto de España según El Resumen*, se extrañe de mi ingenuidad en una cuestión para la que no he sido invitado, mas en la que tengo derecho perfectísimo á terciar como *tauróforo* aludido asaz cruelmente con las regocijadas burlas de escritor tan ático.

(51) Peroraba Foción en la plaza pública de Atenas, y de pronto sintióse interrumpido por intempestivo aplauso que le impidió desarrollar su pensamiento. Como el hombre no pertenecía á la clase de nuestros histriones políticos, de nuestros oradores *esculturales*, de nuestros *artistas* de la palabra (!), que tan estéril resulta para el país sobre que gravitan, bastándoles el vanidoso triunfo del aplauso ciego para endiosarse, fué tal *el moseón* que cogió creyendo que había dicho algún disparate cuando el Pueblo le aplaudía, que en el acto levantó el campo y *tomó el olivo*, dejando á su auditorio hecho una pieza.

Para Foción, pues, no obstante las molestias que le imponía su desinteresado y solícito magisterio — que no en vano se le apellidaba *el severo ateniense*, — tenía muy poca fuerza el proverbio *Vox Populi, vox Cæli*; y, si no fuera mal modo de señalar, diría que yo pienso lo mismo y soy hijo del Pueblo por los cuatro costados.

Quédense las adulaciones nauseabundas al Pueblo para los que, engañándole como á un chino, se han encaramado sobre sus hombros y de cuando en cuando le pasan la mano por el cerro para acabarle de misti-

ficar y entontecer; que yo, carne de su carne y hueso de su hueso, no puedo engañarle ni engañarme atribuyéndole virtudes que no tiene. Lo primero que se necesita para juzgar con acierto es sólida instrucción. Es así que el Pueblo no la tiene, luego mal podrá ser su voz la voz del Cielo. La del capricho, la del instinto ciego, sí; la que levanta tumultos vergonzosos en capitales como Madrid pidiendo el exterminio de un *Destripador* hipotético que de milagro escapa á la saña sanguinaria de rufianes y harpías *sin labrar*.

(52) Cuando escribí esto se daba, con efecto, por la Beneficencia una corrida anual. Desde el año 88 se dan dos. ¡Siempre progresando!...

(53) Todos los periódicos taurinos, y otros que no lo son, pero que antes suprimen un artículo científico que la *salutífera revista*, nos rompieron la cabeza con sus himnos á la *heroína* que vendió su pelo porque *su hombre* no se privase de ver una corrida de toros de provincia, y en cuya *sublime* acción me inspiré para escribir á calacuerda el episodio que tan fervientemente le *dedico*.

Ya no me extraña que uno de esos heraldos de la opinión, agotadas sus fuerzas laudatorias en honor de tan admirable *rasgo*, sólo haya tenido alientos para escribir lo siguiente respecto de una acción análoga, pero que, como la media vuelta á la izquierda, que decía el sargento al quinto ser igual que á la derecha, mas al contrario, ésta se parece á aquélla como el huevo á la castaña:

«Una hermosa joven de Valladolid ha vendido su magnífica mata de pelo á un industrial de la ciudad,

para asistir con su producto á su pobre padre enfermo.»

Y nada más.

Es verdad que tampoco hace falta.

El poema está compuesto.

(54) Preguntad, preguntad á muchos industriales del género y os dirán cuántas jóvenes virtuosas han podido arrancar á las garras de la Muerte el ser querido con el precio de magníficas trenzas cortadas en su holocausto.

Si el mundo no fuese una sucia ratonera del honor y la virtud, en donde el criminal adinerado da y quita patentes de honradez á su capricho, ¡cuántos que han construído sobre falsa base su fortuna sé creerían ahorcados en su conciencia á la vista de esas vergüenzas públicas!

Y respecto de los ricos honrados que no se meten con nadie, limitándose á disfrutar de sus riquezas y á acrecentarlas *legalmente*, no se cuenten exentos de culpa en el proceso abierto por la Caridad contra el Egoísmo, y escuchen con atención la voz acusadora de uno de sus fiscales más ilustres, el reputado economista D. Álvaro Flórez Estrada, no político bullanguero ciertamente, sino afiliado al antiguo partido moderado, que dice que «el rico tiene derecho á gozar de sus bienes en tanto que con su goce no perjudique al pobre.»

No soy socialista, porque considero una utopía, dada la soberbia condición humana, el plan de renovación, de palingenesia que nos muestran en perspectiva los defensores de esas ideas. Mientras haya pró-

digos y avaros en el mundo, el equilibrio social será imposible. Desde el principio hasta el fin de los tiempos ha existido y existirá la desigualdad. Pero una cosa es la desigualdad y otra la iniquidad; y cuando el Pontífice, desde la altura de su solio, viendo avanzar la marea del socialismo y pugnando por oponerla un dique capaz de contenerla antes de que lo invada y devaste todo, predica á los pobres resignación y á los ricos caridad, y éstos dan pruebas de su obediencia al predicador augusto dejando que los pobres se suiciden por no morirse de hambre y que las pobres vendan su pelo en lucha con la miseria... francamente — como dice algún periódico satisfecho sin saber tal vez lo que se dice, — dan ganas de hacerse socialista.

(35) ¿Quién no ha visto esa lámina de *La Lidia* que me inspiró la octava de referencia?

(36) Hace algunos años, representándose en medio de la calle — en esta cultísima capital de las Españas donde los niños de doce años matan *por celos* á las niñas de once, y los de trece dan *bizarramente* de puñaladas á los guardias de Orden Público — una de esas parodias de corridas por una horda infantil de las que dice Matoses que no saben leer, pero sí esgrimir la navaja y maldecir canallescamemente, un niño *despachó á otro de un buen volapié* con un estoque *de verdad* que, penetrando por los intersticios de la banasta que le disfrazaba de toro, llególe hasta lo vivo, como lo prueba el que murió.

Cualquier birmán ó zulú se habría permitido creer que una *diversión* tan brutal no hubiera vuelto á ha-

cer de las suyas... pero el zulú ó el birmán se habrían equivocado groseramente, porque el año último se ha repetido la gracia en Almería—una de las provincias más atrasadas intelectualmente de España,—según hemos podido leer en los periódicos.

¡Y á este país, ú lo que sea, pretenden *componerlo* los socialistas!... ¡Qué inocentes!

Esto no lo compone nadie.

(37) Entre las *astas* y el *cante* y las mamarrachadas *flamencas* estamos los españoles *al pelo*... para rabiar.

Ved si no esas parodias, que no son más que una burla descarada de nuestras equívocas costumbres hecha por extranjeros en nuestras propias barbas, y veréis cómo, mientras el hombre pensador se abisma en tristes reflexiones recordando aquella incisiva frase del opúsculo *Pan y Toros*, atribuído á Jovellanos: «Sigue, sigue, España mía, aferrada á la rutina mientras la Europa culta te arrulla con sus silbidos,» la generalidad de los espectadores aplaude frenéticamente. Contemplad esos clowns musicales de los ecuestres circos, que entre toda clase de mojigangas tañen sus instrumentos y entonan *peteneras* estrafalarias que se interrumpen para gritar neciamente: «¡Ole!... ¡Viva tu *mare*, y tu *pare*, y tu *hermano*, y tu *cuñado*», etc., y, sin ver lo burdo de la hilaza, el público seguir aplaudiendo como enantes.

Los esclavos romanos saludaban al César al expirar públicamente; los españoles del siglo XIX aplauden á los extranjeros que se mofan y ríen de ellos también públicamente.

Con tales cualidades ¿es ya posible sostener en serio aquella fama de severidad y de altivez con que España llenó el mundo?

Un Pueblo que se extasia oyendo los *jiptos* de un gitano, que maldito si sé adónde conducen; que baila hasta en la calle, obstruyendo el paso al laborioso transeunte, mientras su hogar apagado y la vecina escuela desierta denuncian su miseria física y moral; que se disfraza con ridículos trajes y todo lo sacrifica al ocio y la bullanga; un país en que, por equivocación inconsciente y temeraria, por poco no se *lincha* á un supuesto *Destripador* al grito de un cobarde miserable; un país así no puede llamarse *grave* sin excitar una carcajada histérica.

Y como no quiero que se crea que divago en esta *tessitura* malhumoradamente, véase lo que han dicho algunos periódicos sobre el mismo tema:

El Imparcial de 14 de Julio último, hablando de las frivolidades *flamencas* y de cierto pantalón *de dos caras* perteneciente al hijo de la infortunada Doña Luciana Borcino, decía:

«El pantalón por su verdadero lado es de lana buena, y por el revés de esa tela que gastan para vestir los obreros.

»Esta clase de pantalones, excepción hecha del doble servicio de botones y ojales, no es cosa extraña. Casi todos los toreros y aficionados á la *flamencomanía* los usan así, porque forrados en tal forma arman, dicen mejor y pueden estrecharse hasta el punto de dibujar las formas (*¡qué asco!*), sin peligro de que se rasguen al menor esfuerzo.»

El Estandarte, ocupándose en los escándalos que la *flamencomanía* da á las altas horas de la noche, sin

respeto al vecindario honrado que desea dormir tranquilamente, pedía que los cafés cantantes se cerrasen á las doce de la misma, y que la Policía vigilase «á las personas que los frecuentan y que, necesitando para vivir dedicarse á una ocupación honrosa, ni la tienen ni la buscan, y viven del vicio, de la crápula y de la estafa.»

Y *El Motín*, sobre lo mismo, decía lo siguiente:

«Así todo está prostituído, todo encanallado, lo de abajo y lo de arriba; en auge el torero, celebrada la *horizontal*, imitado el chulo, privando lo *flamenco*, premiados los venales y traidores, y el dinero disponiendo de las conciencias.»

¡Magnífica pintura!

(58) Parecerá mentira, pero no lo es. Compré un cuaderno copiador en una tienda, y ¡oh sorpresa!... Hacía mucho tiempo que no hablábamos de toros... un par de minutos... y me encontré con lo siguiente:

En la portada, dos ángeles entre libros, flores, instrumentos del Trabajo y atributos de la Industria y del Comercio, no mal repartido, antes formando agradable conjunto; y al dorso, ¡oh, al dorso!... ¡ahí es nada!... ¿no hablaban ustedes de mi pleito?... al dorso un diestro citando al toro para clavarle un par de banderillas, y encima una cabeza de toro ensangrentada, otra de caballo con los ojos vendados, un sombrero de picador en medio, moñas, más banderillas, la muleta, una pica, la *espá*, y hasta la media luna *inclusive*, que diría *Sentimientos*.

Pedir más sería descortesía. Quedé completamente *harto*.

Por debajo de esa batahola pictórica se lee :

El Arca de Noé, papelería, Corredera Baja, 59, Madrid. — Es propiedad.

¡Si no llega á ser propiedad!...

(39) Este pasaje, referente á la famosa lámina de un periódico *profesional* que representó á Mazzantini con frac, guante blanco, ante un estante de libros y bajo una cabeza de toro chorreando sangre, queda ya mencionado en el Prefacio y fué el móvil del canto séptimo del poema.

(40) La espada de Roldán, por si alguno lo ignora.

(41) El de 1884.

(42) Así está escrito de su propio puño (el puño de Mazzantini) en el número que poseo de *La Lidia* y que adquiri para narrar el episodio.

(43) No sé si hay todavía damas del gran mundo que asisten á los toros, como *in illo tempore*, con esa ridícula caperuza del sexo masculino *bajo*, desechada por este mismo como tal y en virtud del general progreso que alcanza á todo y á todos, hasta á la indumentaria.

Repito que no lo sé; mas lo que sé, porque lo veo continuamente, es que en circos y en *juergas* prepondera todavía ese adminículo desfigurando lindas cabezas femeniles, que sólo estando vacías de seso, como la de la fábula, pueden imaginar que les embellece y agracia.

(44) Cuando escribí esta extensa nomenclatura no incluí en ella al simpático joven *Lagartijillo*, por no ser conocido entonces en los fastos del Toreo. Como se ve — *Lagartijo*, *Lagartija*, *Lagartijillo*, — la familia crece á maravilla.

Lo mismo digo respecto de otros diestros modernos que no figuran en dicha relación por ser posterior su fama á la época en que se hizo, no obstante los excelentes *alias* que les adornan, como el *Pegote*, el *Moños*, *Mazzantinito*, etc. En cambio he dejado los de otros que han muerto, y por desgracia trágicamente.

(45) Por los periódicos pude tener el gusto de conocer la existencia de tan bello sujeto, aspirante nada menos que á la diestra de la *diestra*.

(46) No sé dónde habrá ido á parar aquella coruscante pléyade de tauromáquicas constelaciones formada por las *Fragosas*, *Morenas*, *Rubias*, *Garbance-ras*, *Chatas*, *Mellás* y demás vaporosas *hadass* que alegraban con su presencia el espléndido cielo del Toreo. Tal vez *saigan* *díoss* á esferas más luminosas, á horizontes más bellos... ; *cabe* la estrella Sirio!!!

(47) Cuando algún historiador extranjero á lo *Thiers*, que en su famosa y falaz *Historia del Consulado y del Imperio*, después de llamarle *D. Álvarez de Castro*, se permite ultrajar al defensor insigne de Gerona por su resistencia heroica al invasor, invocando leyes de guerra que no existirán jamás en las luchas por la independencia; y que con la crueldad de la hiena, propia del que se cebó en los catorce mil comu-

nistas cautivos en los campos de Satory, se atreve á escarbar en las tumbas de nuestros héroes de Trafalgar para robarles la honra que adquirieron en la gloriosísima rota, pasmo del Mundo y orgullo de esta España; cuando algún historiador extranjero de esa laya, digo, escriba, andando el tiempo, sobre *nuestras cosas*, al tropezarse con el nombre de *Espartero* circulando constantemente en las columnas de los periódicos, tal vez crea que ambos Esparteros, el general y el torero, fueron uno mismo y escriba párrafos tan *grandilocuos* como éste:

«El heroico general que de la nada se elevó hasta la Regencia del Reino; el caudillo de Luchana, de Morella, de Bilbao, de Guardamino, de Peñacerrada, de Segura, de Ramales; el pacificador de España; el que por sus hechos legendarios mereció ser apellidado *Príncipe de la Victoria* y recibir en su retiro de Logroño la visita de dos reyes, que no hubieran ceñido la corona á no haberla él renunciado hidalgamente... un día, atormentado por la nostalgia del *pim, pam, pum* y no habiendo moros en la costa, se dirigió á la Corte *armado* de torero, y en unión de *D. Lagartijo* y *D. Frascuelo* conquistó nuevos laureles despabilando toros como años atrás *carcas*, pero con *muchísimo* *aquel y salero*.»

Esta sola consideración, la impertinencia de los extranjeros de tan alto renombre como Thiers, Dumas, Gauthier, Ulbach, etc., cuando de España se trata, haciéndoles confundir lo sublime con lo ridículo y al héroe con el *manolo*, debió haber sido freno para que se manosease un nombre que es ornamento legítimo de la patria... diga lo que quiera el rencoroso escritor que

no ha mucho ha profanado su venerando cadáver al decir que se había armado *ruido de huesos* en su tumba para la traslación del inanimado cuerpo á su panteón.

Pero en un país en que se llama *cobarde* al héroe, como se lo ha llamado ese escritor excéntrico al inclito Espartero; en un país en que se llama *eminentes* á los enanos, *virtuosa* á cualquier señora adinerada, en menosprecio de tanta honradísima mujer como esconde sus virtudes en la santidad del hogar doméstico, sin pasearlas descocadamente por las columnas de los periódicos, y *perro* á una moneda que ostenta la imagen del Rey de España, bien puede llamarse *hogaza* el primer hambriento á quien se le antoje.

Y á propósito. Antes que se me eche en cara mi ignorancia ó ligereza, ó las dos cosas á la vez, diciéndoseme que el autor del dichterio *perro* aplicado á una moneda no tuvo intención de ofender al Rey á quien después sirvió y de quien es hoy devoto, sino al Gobierno Provisional de 1869, le saldré al encuentro preguntándole: ¿Es ó no cierto que por todos se aplica ese dichterio á unas y otras monedas sin distinción alguna? Pues *pro me laboras*. Al que escupe á lo alto, en la cara le cae. El insulto irreflexivo, como la adulación nauseabunda, engendran pobres frutos. ¿Quién ha hecho más daño á Cánovas, rompiéndole la crisma con su *botafumeiro*, que el incauto escritor que, por plagiar á Cervantes respecto de Lope, le llamó *Monstruo*?

(48) A la vista tengo un periódico taurino, en el que del modo más serio, ingenuo y convencido se dice que la mujer del torero es la Vestal que mantiene cons-

tantemente encendido el fuego en el altar del Toreo, lo que no niego ni creo, porque no lo he visto; pero me permitiré dudar que la tal Vestal pertenezca al género de las auténticas, porque éstas no eran casadas; en cuyo caso tampoco será sagrado el dicho fuego, como el de las verdaderas Vestales, sino profano y muy profano, como el que calienta á cada *quisque*.

(49) He conocido al sujeto, y, lejos de exagerar, me he quedado corto. Convaleciente de una aguda pulmonía que *pescó* en el pilón de una de las fuentes del Prado donde apostó á meterse una noche de no mal tiempo, pero revuelto (á los sesenta y dos años de edad), se empeñó en ir á los toros, y de la *corajina* que le acometió al encontrarse sin ropa, pues se la escondieron, se agravó tanto que murió á los pocos días.

Fuera de sus barbaridades, era un buen hombre.

(50) Como este cura hay muchos, pues no es invención arbitraria. Se trata de un ciudadano tonsurado que las gasta como se narra, pues lo mismo se *toca*, se *canta* y se *baila* en la *tasca* de su propiedad (en lo reservado se entiende) que la emprende á *zurrios* con los parroquianos *ajumaos* y *chicolea* á toda buena moza que se le pone á tiro de manteos. Es todo un *barbián* trasquilado por el vértice, como diría *El Motín*, que levanta de sobre el suelo un pellejo de vino con los dientes; *lo cual que*, ayuntado con cierto canónigo de provincia apodado *Baúl de dulces*, que mata *por apuesta* (¡oh humildad evangélica!) á un caballo de un puñetazo en la frente... ¡vaya una pareja!

(51) Ya he dicho que ahora son dos. El Progreso no se estaciona. Corre, vuela, no da paz á la espuela...

(52) A puchero de enfermo huele el continuado gimoteo y plañir de muchos escritores enemigos declarados de la protección á los animales y que han tomado por *comidilla* la especie de que los niños son más merecedores que aquéllos de todo género de protección.

Lo sabemos perfectamente, y locos ó malvados seríamos si pretendiésemos desconocerlo.

En Inglaterra, primer país en que se implantaron las sociedades protectoras de animales, allí tan prestigiadas, hay infinidad de hospitales y de asilos (cuatrocientos próximamente sólo en Londres) para los racionales, y con comodidades y un lujo absolutamente desconocidos en España.

En todas las demás naciones cultas sucede lo mismo; y en España, donde, á pretexto de que el niño es antes que el animal, se deja morir al niño del modo más horrible — de inanición, con los *dedos comidos*, como los expósitos de la Casa-Cuna de Baeza, — nuestras primeras *figuras* políticas y *democráticas*, Castelar á la cabeza, subvienen con *una peseta* al mes al sostenimiento de la Sociedad Protectora de los Niños.

¡Qué amor á la infancia... y cuánta farsa, cuánto cinismo y cuánta moral miseria!

«El justo atiende la vida de su bestia; mas las entrañas de los impíos son crueles.» — *Biblia*.

«Da descanso á tu buey.» — *Idem*.

«Extiende el brazo de tu caridad sobre los hombres y sobre los animales.» — *Ramayana*.

«No tiene buen natural — quien maltrata á un animal.» — *Martínez de la Rosa*.

«¿Qué Dios sería el que hubiese creado el Mundo para que todos los seres que lo pueblan fuesen felices, con excepción de un solo insecto que padeciese?» — *Meslier*.

«La víbora no es culpable del veneno que encierra en sus entrañas.» — *Cervantes*.

«El que maltrata á los animales, maltrata á sus semejantes cuando puede. Su alma vil y cobarde, nacida para el mal, goza con el martirio de los oprimidos y de los débiles.» — *Yo*.

(53) Ya sabemos que desde hace dos años son dos funciones.

(54) Y exceso, pues hasta los toros los paga exorbitantemente, sin duda porque los cree muy buenos — ya sabemos en qué estriba la *bondad* de los toros: en despanzurrar hombres y caballos, lo cual no me parece ni *bondadoso* ni *benéfico*, — por más que, providencialmente, le resulten malos. Y si unos y otros no ayudan á la Beneficencia despojándose de insólitas pretensiones, y la Beneficencia no se hace ayudar escatimando los gastos en vez de tirar de largo contraproductivamente, pues sus funciones son á beneficio de los pobres y con el dinero de los pobres hay que irse con mucho tiento porque es un dinero sagrado, dígase que los *beneficiados* lo son todos menos los que deben serlo, y punto y aparte.

Ya que la santa palabra *Beneficencia* sea un obstáculo para que el adversario de la *fiesta* de los cuernos

envuelva á la Diputación provincial en su anatema ante la consideración de que puede contribuir á aumentar sus ingresos para atender á los enfermos de sus hospitales, que no haya el más mínimo intersticio por donde se filtre una sola gota del bálsamo de la Caridad, sino que todo se aproveche *avariciosamente*— que en estos casos la avaricia no es pecado capital, sino virtud del Cielo—para que lo que sea del pobre vaya á parar al pobre y no á ningún *Don Juan de Robres*.

(55) En la corrida á que aludo, que fué la del 84, llegaron las cosas á un extremo á que jamás habían llegado. Desde la *conducción* de la *caja* ó *urna* (pues los dos periódicos «más genuinos representantes á la sazón de la Opinión y de la Prensa,» *La Correspondencia* y *El Imparcial*, se dividieron en este *importantísimo* asunto), hasta la noche toledana que los *sacadores* de billetes se pasaron al aire libre para quedarse sin ellos, todo está minuciosamente explicado en esos dos periódicos, y si el lector quiere ó puede cotejarlos verá con cuánta fidelidad he desenvuelto el *argumento* en mi humilde descripción, verdaderamente *trasnochada*, porque aquel y otros sucesos coetáneos fueron el fundamento de este libro.

(56) ¿Se han olvidado aquellas sesiones tumultuosas de nuestros Cuerpos Colegisladores, en que, con motivo del casamiento de una infanta, todos los españoles—y *españolas*—quisieron ver los *serenísimos* toros, y no cabiendo todos en la Plaza, porque el *Coliseo* resulta en tales casos *Pigmiseo*, se armó la de Dios es Cristo por los que se quedaron fuera?

Calenturas, desmayos y corajinas de *órdago* causó la *horrible decepción* en muchas aristocráticas familias, y bueno es consignarlo por escrito para edificación de los presentes y envidia de los venideros.

¡Qué gloria! Mientras los Parlamentos extranjeros se preocupan con los pavorosos problemas políticos, económicos y sociales, nuestros *Padres conscriptos* riñen en el Templo (!) de las Leyes por un billete de toros... como los perros por un hueso en la plazuela.

¡Bizantinismo puro!... A los degenerados ergotistas del Bajo Imperio les sorprendieron los bárbaros discutiendo sobre si la luz era creada ó increada. A nosotros nos sorprenden el mejor día los *andorranos* asidos de las greñas por *mor* de una *entrá pa* el ruedo.

(57) La misma del referido matrimonio; siendo de advertir que como muchas damas aristocráticas, por su vecindad á los centros oficiales á que respectivamente se dirigían, prescindieron del carruaje, y después resultaba que el depositario de los billetes (también respectivo), no teniendo valor para desafiar las fulminantes miradas de tanto ojo de hurí, ó las mansas y dulzonas — y más temibles aún — de tanta virgen de Murillo emulando á Paturot en busca *del mejor billete*, cuando ya billetes no había, se fugó sencillamente, y en su busca emprendieron, á pie y como por broma, embarradas y caladas hasta los huesecitos, la peregrinación valentísima que tan pálidamente describo.

(58) *La Época* y *El Imparcial*, aludiendo al afán de presenciar las sesiones borrascosas nuestras aristo-

cráticas damas, nos refirieron cómo varias señoras habían venido á las manos por discordancias recíprocas respecto al mérito intrínseco de ciertos oradores, «como no hacía mucho se habían repelado por *Frascuelo* y *Lagartijo...*»

¡Y cuidado que nadie tachará á los mencionados periódicos de populacheros ni de poco galantes para con las damas!

(59) Sin ironía ni *bastardilla*, tal como suena, pues tras el aplauso y la dádiva sobrevino el desmayo. (Histórico y relatado por *Sentimientos* en *El Imparcial*.)

(60) La pícara estructura del metro me hace llamar *herodes* á los héroes callejeros que le pintan un *jabeque* al lucero del alba, en menos que se tarda en decirlo, por un quitame allá esas pajas, como lo vemos todos los días.

(61) Me cuesta sumo trabajo desechar la idea de que el librito *Pan y Toros* nada tenga que ver con Jovellanos, ya como autor, ya como inspirador, cuando así lo había creído siempre, y conmigo casi todo el mundo. Mas ante la negativa rotunda del Sr. Necedal (D. Cándido) en la Introducción á las obras del insigne jurisconsulto, coleccionadas en la *Biblioteca de Autores Españoles*, entre las cuales, con efecto, no se halla — por más que tampoco lo posea aislado la Biblioteca Nacional, — no tengo más remedio que conformarme y reconocer que no se debe á su esclarecida pluma una obrita de tanta y tan merecida resonancia.

A mayor abundamiento, en una de las cartas de

Jovellanos á su grande amigo D. Carlos González de Posada, le dice á éste que «Vargas le preguntó su opinión sobre las fiestas de toros, y le contestó á vuelta de correo, en carta larga, pero no tanto como la discusión.» Y el Sr. González de Posada pone estas frases por nota á los breves conceptos de Jovellanos: «No se entienda que ésta es la de *Pan y Toros*, obra que le atribuyó la malicia de alguno de sus enemigos, con el designio de perderle, como lo lograron, armándole éste y otros lazos ocultos.»

No es, pues, de Jovellanos la obrita *Pan y Toros*; pero como el autor del *Informe sobre espectáculos públicos*, cuya redacción le encomendó la Academia de la Historia, para evacuar el encargo que á su vez hizo el Rey á esta Corporación, dijo algo más en la citada carta que lo que en un documento oficial podía prudentemente decir — no obstante haber ya manifestado su poco entusiasmo por una fiesta que en aquel mismo lugar le mereció el calificativo de *feroz y bárbara*, — voy á transcribir lo principal de su contestación al teniente de Navío D. José Vargas Ponce, que le pedía su opinión autorizada sobre las corridas de toros para no sé qué trabajo que intentaba, y á que Jovellanos le animaba de vehementísimo modo, reconociéndole *fogosa y elocuente pluma*.

«Allí (en su *Informe sobre espectáculos*) — le dice — hay algo acerca del origen de ésta (de la fiesta de los toros), que pudiera muy bien derivarse de los romanos, pues conocieron unos juegos con el nombre de *Taurilia*. Pero ¿quién ha de averiguar en qué se parecían ó desemejaban de los nuestros?»

Moratín, padre; el de las célebres quintillas *cuer-*

nológicas, que diría *Sobaquillo*; el de la famosa *Oda á Pedro Romero, torero insigne*; aquel aficionado *enragée*, furibundo, *schuptt*, como hoy se dice por los *guardadores celosos* del habla de Cervantes, que sólo tuvo rival digno de su talento y de su fanatismo táurico en el tan ilustre como extraviado *Solitario*, en el folleto que publicó en 1770 sobre el origen de la *fiesta*, no dejó recuerdo alguno convincente en Jovellanos.

Regateando, pues, sobre si puede ó no llamarse *diversión nacional* una fiesta que por su tiempo sólo era frecuente en Cádiz y Madrid, se engolfa en la cuestión y dice:

« Pero séalo enhorabuena: ¿cuál es la gloria que nos resulta de ella? Esto de gloria es una cosa de opinión, y de opinión ajena. No consistirá por lo mismo en lo que nosotros creemos, sino en lo que creen los demás. ¿Cuál es, pues, la opinión de Europa en este punto? Con razón ó sin ella ¿no nos llaman bárbaros porque conservamos y sostenemos las fiestas de toros?

»Ni esta gloria, cuando lo fuese, sería de la nación, porque no consistiría en que hubiese en ella hombres y mujeres que asistiesen con serenidad al Circo, sino en que hubiese hombres capaces de lidiar con una fiera y de vencerla. Pero ni cien hombres arrojados pueden probar que una nación es valiente, ni este arrojado, si merece tal nombre aquella disposición del ánimo que los distingue, puede llamarse valor. El hábito de ciertas acciones, al mismo tiempo que las hace fáciles, disminuye la idea de su riesgo, y desde entonces su ejecución merece más el nombre de destreza que el de valor. El africano que persigue los leones, el indio los tigres, el asturiano los osos, esperándolos y vencéndolos cuerpo á cuerpo en campo raso y sin auxilio, merecen más justamente el nombre de valientes. Compárese con éste el triunfo de un hombre que, criado en el Circo, después de muchos años de apren-

dizaje y de otros tantos de ensayo, en que, si no parece, apenas con trémula mano puede acabar un toro de diez ó doce golpes, se erige en maestro de esta profesión y sale á ejercitarla rodeado de veinte defensores, y en un circo lleno de auxilios, salidas y recursos contra el riesgo: ¿por quién decidirá usted la palma? Aun así, es muy raro que uno de los héroes de este arte se presente con frescura á la frente del toro; y si tal vez nos ofrecen rasgos de temeridad, que suelen proceder del miedo ó del despecho, jamás se ve alguno que pruebe verdadero valor. ¿Sabe usted de uno solo que haya pasado por hombre de espíritu fuera de la arena? ¿Conoce usted uno que no tiemble al ruido de un mosquete? Los tenemos por valientes, es verdad, y aun su valor nos parece maravilloso; pero otro tanto juzgamos de los bailarines de cuerda y de los saltadores valencianos; otro tanto de las acciones extraordinarias que hieren nuestro espíritu y que le admiran, no tanto por el valor que existe en sus actores, sino por el que falta en nosotros respecto de las mismas. ¿Con qué sorpresa no habrá usted visto en su primera navegación al grumete subido en los altos toques, desafiando el ímpetu de los vientos en medio de la obscuridad de la noche y del rumor de la tormenta?

Pero se dirá que la frecuente vista de este espectáculo puede criar valientes: en este punto es harto más fácil el ataque. Concedamos que esta diversión endurece los ánimos, y renunciemos esta ventaja á quien quiera. Desde que no todos los hombres son soldados; desde que la Industria y el Comercio han separado la profesión militar de las demás, ya la ferocidad no es un mérito en el hombre civil. ¿Y lo es acaso en el soldado? Tampoco. La pólvora, la táctica y la filosofía han disipado este funesto error, y han reconciliado la humanidad con el verdadero valor. Ya no se pide al soldado más que agilidad y obediencia, y estas dos cualidades no se aprenden en las Plazas de Toros. Si necesita perder el miedo al fuego, esto lo hará el hábito de la guerra; lo harán otros espectáculos harto

más fieros. Es un error creer lo que se ha creído de nuestras fiestas. ¿Por ventura el Pueblo de Madrid y el de Cádiz es más valiente que el de Avila ó el de Zaragoza? ¿Acaso las mujeres de los primeros (sabe usted que componen el mayor número de los espectadores) son más fieras que las de Garnica y Covadonga? ¿Sabe usted que hay alguna de las primeras que, después de haber pasado la tarde en la grada cubierta, se desmaya en su casa á la vista de un ratón?

Querrán los defensores de los toros sostener este espectáculo como una diversión popular; y si es así, querrán generalizarle para consuelo de nuestra gente. Dirán que el Pueblo que no descansa no trabaja; y yo les paso esta paradoja. Pero usted sabe mi modo de pensar en la materia. El Pueblo no ha menester espectáculos; basta se le deje divertirse. Él es el que, según su situación, su índole, sus facultades, debe buscar sus entretenimientos. Las diversiones populares deben ser fáciles, prontas, gratuitas, sencillas, inocentes, sin más aparato que el de la naturaleza en que deben tener su origen y de que no deben apartarse. ¿Halla usted acaso estos caracteres en el espectáculo de que tratamos? ¿Halla usted uno solo de ellos?

Por otra parte, es indudable que nuestra Agricultura sufre mucho por la manía de las fiestas de toros. Cuesta más criar uno bueno para la Plaza, que cincuenta reses útiles para el arado. El número de éstas mengua y se encarece cuando se multiplica el de aquellas, y esta carestía pudiera ser funestísima si, prevaleciendo la opinión contraria, las corridas de toros se convirtiesen en una diversión general y frecuente. No es tan pequeño como parece el número de reses que malogra este espectáculo. En él no deben entrar sólo las muertas, sino también las estropeadas en capeos, novilladas, embolados, toros de cuerda, etc.; y si se abriese la mano á esta diversión por todos los pueblos, sin contar más que un toro por cada villa ó ciudad, resultaría una suma demasiado considerable.

»Ni se diga lo que de las terneras, que cuantas más

se consumen más se crían; porque el aumento de éstas supondrá siempre el crecimiento general, y el de los toros la general disminución de la especie útil; pues requiriendo pastos, vaqueros, diligencia y capital separados, es claro que en razón de su aumento menguarán el capital, la industria y el tiempo destinados á la producción de animales del trabajo.

»También pierde la Industria: los pueblos que ven toros no son ciertamente los más laboriosos. Un día de toros en una capital desperdicia todos los jornales de su pueblo y el de su comarca. Aun en éste desperdicia los de la ida y vuelta, y lo mismo puede decirse del de la capital, puesto que las visitas al campo, las veladas y encierros apartan á los jóvenes del taller desde la víspera, y no los vuelven á él tan prontamente; y si además se cuenta lo disipado en trajes, bebidas y francachelas, á que es más expuesta esta diversión que otra ninguna, ¿cuánto no subirá el cálculo? Aplíquese usted á formarle, aunque sea sólo por aproximación, y el resultado será escandaloso.

»¿Y las costumbres? ¿Qué no pudiera decirse en esta parte si, considerando filosóficamente el espectáculo, se tratase de averiguar su influencia en los ánimos? Basta considerar la disposición en que se va y se viene de él. ¿Qué impresión podrá causar aquel hervoroso tumulto, que la estación, la hora, el lugar, el objeto, la confusión, la frenética alegría y las torpes combinaciones excitan en los ánimos, en el del joven inocente, la incauta doncella... basta: yo no me propongo dar á usted la materia de su disertación, sino el plan de ella. Conozco á usted bastante para saber lo que pueden germinar en su ánimo estas pocas semillas.»

Al final le dice:

«Con espacio se puede hacer una cosa buena; y pues está usted ceñido para esta empresa, acométala con denuedo y esté seguro del triunfo.»

Ahora, sea ó no sea *Pan y Toros* de Jovellanos, á su opinión me atengo sobre el *nacional* espectáculo.

(62) No creo que haya nadie tan majadero que me suponga poco patriota por aseverar una verdad que, á más de serlo por completo, lo es lógica sin duda, pues si no lo fuese no seríamos una potencia de segundo orden, sino la primera de todas.

Que nuestra historia es gloriosa, ¿quién lo duda? Escrita está con sangre indeleble en todos los ámbitos del mundo. Pero esto ¿quiere decir que seamos invencibles? De ningún modo. El que busca el peligro perecerá en él; y nosotros lo hemos buscado tantas veces con nuestro espíritu aventurero, batallador y ambicioso, que nada tiene de extraño que nos haya tocado perder, y perder, por desgracia, irreparablemente; tan irreparablemente, que desde nuestra dominación en Italia y en Alemania hasta nuestra dominación en América; desde nuestra posesión de Portugal hasta nuestra posesión de Gibraltar, cuanto una vez perdimos no lo recuperamos ya.

En nuestro siglo de oro guerrero, cuando Europa temblaba ante el poderio de aquel coloso coronado en cuyos vastísimos dominios no se ponía nunca el Sol, y mientras se apercibía *La Invencible* á entrar á saco Inglaterra para hacerla feudo del Monarca español, el conde de Essex saqueaba á Cádiz, llevándose hasta las campanas de las iglesias y las rejas de los edificios, y nuestros galeones cargados de oro americano eran apresados ó echados á pique por las naves británicas. Más adelante, el barbilindo Condé derrotaba á nuestro aguerrido conde de Fuentes en la infausta jornada de Rocroy, y esto sin contar *a terrífica* batalla de Aljubarrota, con la cual nos están rompiendo todavía la cabeza nuestros *hermanos* los portugueses, después de

cinco siglos y cinco años fecha... ¡Ayer, como quien dice!...

Para cohonestar esos y otros desastres tenemos coronas de inextinguible gloria que mantienen lozanas nuestras ruidosísimas victorias, algunas de las cuales enumero en el Canto Cuarto. Pero como hay español tan *español* que cree que donde nosotros estamos sobra todo el mundo, conviene refrescar un poco su irreflexivo entusiasmo, siquiera por que no siga creyendo que Prim tuvo la culpa del vencimiento de Francia en su lucha con Alemania, por no haber enviado en su auxilio oportunamente un par de docenas de batallones de cazadores que se hubieran comido la Tierra. «La alabanza propia envilece», ya lo dijo el Príncipe de los Ingenios, y una de las peores alabanzas es la que se funda en el valor personal con ofensa de los demás, ya se trate de los pueblos ó de los individuos.

(65) Entre los frailes escritores, artistas y poetas que en la soledad del claustro hallaban la inspiración de sus magistrales obras, y los regoldones y groseros del reinado de Fernando VII—sin que me olvide tampoco de las excepciones inherentes á toda regla,— hay gran diferencia, y á los últimos aludo en la octava que reclama esta nota.

(64) Cuando se escribió esto no había venido aún la moda de cartelones pintorescos, billetes *historiados*, abanicos-programas en raso y demás fruslerías que tan caras cuestan á la Diputación Provincial y tan poco valen, siendo verdaderamente abusivo que se gaste el dinero de los pobres en cosas tan inméritas é infecundas.

Todo gasto ocioso hecho por la Beneficencia es un error, toda reincidencia en esos gastos un abuso; y después de haber dicho los periódicos que este año no habría carteles de lujo, por lo caros que costaban, se ha dado el caso de gastar en abanicos *tipográficos* (1), al decir de los mismos periódicos, la suma necesaria á facilitar millares de tazas de caldo de gallina á los enfermos de los hospitales, sin que nadie haya salido á la defensa de lo que no la tiene más que un periodiquito que ya pasó á mejor vida y que se nos vino con la cantilena de que ningún periodista (él inclusive) valía *dos pesetas*, y que, si *chillaban*, era porque no se les habían enviado unos cuantos supradichos abanicos.

La cuestión, como se ve, no pudo colocarse en terreno más *razonable*. No se niega ni afirma que la *cosa* sea mejor ó peor. Se disputa y regatea sobre puerilidades insulsas.

Dejando esto aparte, que no es de mi incumbencia, siempre resultará que la Diputación Provincial desacuerda hoy lo que acordó ayer, que gasta superfluamente lo que necesitan sus enfermos — á los cuales no puede admitir en sus hospitales por falta de camas, dejándolos abandonados en los quicios de las puertas, ó morir traqueteados en una camilla de Herodes á Pilatos, — y que los mismos trabajadores del Hospicio pagan los vidrios rotos.

Con efecto, el día 15 de Agosto, á pretexto de economías, se *dió la boleta* á una gran parte de los mismos, en todos los talleres, alcanzando á la imprenta en donde *se elaboran esos lujos* nada menos que á la mitad del personal, pues de veinte operarios externos de que constaba salieron diez precisamente, sin que

hasta las nueve semanas volviesen más que tres, á las once ó doce el cuarto, permaneciendo los otros seis en la calle y sin esperanzas de que se les llame.

Ahora bien, de esta cuestión se derivan varias cuestiones que es preciso enumerar.

Es la primera, que á cualquiera extraña que ese personal haya sido necesario hasta ese día, é innecesario desde el siguiente, puesto que no ha cesado por falta de trabajo, sino *por razón de economías*.

Es la segunda, que habiendo ganado la imprenta de la Diputación Provincial *cuarenta mil pesetas* en el año económico de 88 á 89, según consta en el correspondiente Presupuesto, y consignando sólo para gastos de la misma *veintidós mil* — ó sean *doce mil* para jornales de operarios y adehalas de asilados, *nueve mil* para compra de material y *mil* para pago de contribución, — todavía queda un remanente de *diez y ocho mil pesetas*, y por lo tanto no justificada la necesidad de economías, en perjuicio de pobres y honrados obreros, respecto de un establecimiento que tan próspera vida ofrece.

Pero si además se añade que esas *nueve mil pesetas* no se deben haber gastado — ¡ni mucho menos! — en los efectos á que se destinan, pues la imprenta de la Diputación es tan abundante en materiales inservibles como escasa en los útiles, según lo demuestra de modo irrecusable la mayor parte de sus impresiones, en tipos viejos, revueltos y matados, y según pudo apreciarlo el día de San Fernando el público inteligente — no obstante el *arte* con que se ocultaron sus *lacras* tendiendo *convenientemente* los carteles de la próxima corrida de Beneficencia para *embotar* las miradas indis-

cretas, al igual de lo que practican los saltimbanquis de feria con los escombros que rodean sus barracas, cubriéndolos con sábanas y colchas, — es lícito suponer que, ó no se ha gastado ese Presupuesto en tan perentorio término y en su consecuencia la parada de esos diez operarios ha sido arbitraria, injusta, draconiana, ó que se ha gastado en esas superfluidades *pintorescas* de que hablábamos; en cuyo caso, ¡buen *flaco servicio* se ha hecho á los operarios mencionados!

Y es la tercera, que no todos los salientes han sido los más modernos ni los más ineptos, sino, casi en general, lo contrario; con lo cual se comprenderá la justicia que impera en esa imprenta y la responsabilidad que alcanza á quien de tal modo la ejerce.

¿Y cómo y á quién exigir esa responsabilidad, cuando el regente de la imprenta del Hospicio es al mismo tiempo jefe de los talleres, y claro es que si ante él se puede alzar cualquier operario que por su respectivo maestro sea atropellado, ante él no puede alzarse ninguno de la imprenta, porque, como *juez y parte* que es ilegalmente, el *uno* aprobará siempre lo que haga el *otro*, y la justicia quedará hollada por la omnipotencia de un individuo para el que, según se ve, no existe residencia?

Esta estupenda anomalía, gravísima por de más, hará comprender á la Diputación Provincial el deber en que está de corregirla sin demora, para que ese extraño dualismo — hoy que hasta en el Ejército desaparece por perturbador y absurdo— no se imponga en lo sucesivo á los fueros de la razón y del derecho.

Se objetará que sobre ese jefe de los talleres está el director, y sobre todos el visitador, jefe supremo;

pero esto es pura música, porque el director se inhibe del conocimiento de quejas que conceptúa infundadas, y los visitantes necesitan su tiempo para asuntos más importantes que escuchar lamentaciones de perjudicados obreros.

Sin embargo, tan escandalosa *razzia* no pudo menos de impresionar á un digno visitador sobre quien se quería hacer recaer la odiosidad de la medida... *desmedida*, y á él se debe la vuelta á sus lares de los cuatro individuos mencionados, si bien en puesto inferior al que antes ocupaban, y alguno de ellos—¡qué vergüenza!—*con el jornal de dos pesetas*, habiendo aprendices (de los externos se entiende) que cobran tres.

Este solo dato da acabada idea del buen régimen y gobierno interior de esa desdichada imprenta, en que los aprendices *desmandan* lo que mandan los oficiales, desconociendo su autoridad y faltándoles al respeto con la mayor procacidad é *impunemente*.

Pasando á otro género de consideraciones, debo decir que la imprenta de la Diputación Provincial causa daño enorme á la industria impresora con el numeroso contingente de chicos *mal enseñados* que de continuo arroja á la calle para servir de pasto á la especulación de *burguesillos pobres*, que se aprovechan de sus modestas aspiraciones para retener trabajos que de otro modo les sería imposible efectuar por el degradante precio á que los hacen (ó *deshacen*), y merced á lo cual ellos y los obreros á sus órdenes viven la inenvidiable vida del hambre y la miseria.

Porque una imprenta como la del Hospicio, que cuenta por docenas los aprendices sin instrucción,

trabajando en faenas rudimentarias que, si dan pingües ganancias, nada les enseñan, pues componiendo constantemente nombres y apellidos (las listas electorales, y cuando más las vetustas y soporíferas providencias judiciales que ven la luz en el *Boletín oficial* de la provincia), no me parece que aprenderán poco ni mucho á familiarizarse con el lenguaje, siendo sólo inconscientes autómatas explotados indebidamente; una imprenta que trabaja para el público á *menos precio*, después de absorber, merced á ese incontrastable elemento infantil, las famosas listas que antes pagaba decorosamente á las imprentas particulares la Diputación Provincial, por fuerza ha de hacer horrible competencia á la industria privada, y no creo que ésa sea la misión de Corporación tan ilustre y digna.

Su misión es más elevada: es la de acoger, alimentar, vestir, educar á la desvalida infancia, poniéndola en disposición de aprender un honrado oficio, para que, llegado el día en que se basten los interesados á sí mismos, puedan salir del piadoso establecimiento, para vivir la vida del hombre digno y de bien, con los ojos arrasados por el llanto de la gratitud y con el corazón henchido de amor á sus bienhechores.

¿Y es esto lo que acontece en la actualidad? De ningún modo. Tan numeroso enjambre de chicos, trabajando horas y horas sin interrupción, siempre con la misma tarea monótona y cansada y bajo incompetente dirección, fustigados, y á veces con dureza, saben que la plana de listas que cada uno compone como minimum al día se ha pagado á *cuatro pesetas* á los operarios externos, y comparando su producto con el gasto que ocasionan, encuentran diferencia enorme á

su favor; y como esa diferencia no se les abona, pues la adehala mayor es de *tres pesetas* al mes y de *una* la que le sigue — sin que la cobren más que *siete* individuos, — por sus inexpertos labios vaga la palabra *explotación*; y al salir del Hospicio, sin aptitud y confundidos con la masa de nulidades que hoy forma aquel Arte que un tiempo se llamó noble y que no les da para vivir ni estrechamente, ni se vuelven á acordar de una casa á la que no se consideran obligados en modo alguno, ni menos pueden honrarla con ninguna clase de hechos.

Añadamos que la alimentación debe dejar mucho que desear, no porque no sea buena, sino quizás por mal condimentada, pues se da el fenómeno de que, sobrándoles á los chicos la comida — todos los días se sacan varias cubetas de desperdicios, — tengan siempre apetito.

Con respecto al pan, por los periódicos hemos sabido que, á propuesta del digno visitador actual señor Gálvez Holguín, la Comisión Provincial acaba de imponer una multa de quinientas pesetas al contratista de ese artículo por su mala calidad, *no obstante las reiteradas advertencias que se le tenían hechas*.

Y no se me venga con aspavientos ridiculos por lo que digo; porque el mismo Sr. Marqués de Sardoal, presidente á la sazón de la Diputación Provincial y testigo de mayor excepción por lo tanto, dijo más, mucho más, respecto al estado moral y material del Hospicio y en sesión célebre pública, que lo por mí escrito.

Pero volvamos á los aprendices de la imprenta. El medio en que se desarrolla su actividad no es el más

adecuado á la debilidad de sus no formados organismos. Trabajando en la misma caja que el adulto y á alturas no graduadas, pues unos la dominan demasiado, en perjuicio de sus riñones — merced á tabanques improvisados é irregulares, — y otros están como colgados de la caja — por la falta de esos tabanques ó de su graduación oportuna, — precisados á alargar desmesurada y constantemente los brazos para alcanzar las letras altas, ó sean las mayúsculas, hasta la distancia (las de más uso) de unos setenta centímetros del cuerpo, valía la pena de evitarles esos improbables esfuerzos, originarios tal vez de deformaciones físicas irreparables, bien con un nuevo modelo de caja que obviase tan graves inconvenientes, bien invirtiendo por lo menos la colocación de las mayúsculas, de modo que las más usuales estuviesen más cerca de la mano, pues ya sabemos que la *especialidad* á que se dedican los niños de la imprenta del Hospicio es la composición de los nombres y apellidos de las listas electorales, y en tal trabajo resulta castigada la versal.

El numeroso contingente infantil de esa imprenta, y el título que lleva de *Escuela Tipográfica*, bien merece fijar la atención de los obligados á ello, para que, ya que los niños *lo ganan*, lo ganen con la comodidad posible.

Porque no sólo trabajan mucho y seguido y en las peores condiciones, sino que hasta hace poco han trabajado una hora más que los operarios externos, entrando á las *seis* y á las *siete* respectivamente en verano y en invierno, en vez de las *siete* y *ocho* á que lo verifican los no acogidos.

Afortunadamente el Sr. Gálvez Holguin, actual visitador—que parece haber tomado su honorífico cargo por lo serio,—ha cortado ese inconsiderado abuso, permitiendo á los asilados levantarse una hora más tarde en un invierno tan crudo y peligroso como el que atravesamos.

Los principios más elementales de la Pedagogía moderna aconsejan dar al niño naturales expansiones, para que la exuberancia de vida que encierra su potente masa encefálica no se atrofie en el estrecho molde de la opresión, de la gravedad y del formalismo prematuros. Y el insigne Froebel, el apóstol de la redención física é intelectual de la niñez, quiere que las lecciones se alternen con el juego, y que los niños corran, salten, hablen, rían y hasta griten, para que, en actividad armónica todas sus funciones, se desarrollen á la vez cuerpo y espíritu, cumpliéndose el conocido aforismo *Mens sana in corpore sano*.

Se me dirá que esto reza con los niños de tierna edad, con los que asisten á las escuelas. ¿Y qué? ¿Son algunos viejos los alumnos de la Escuela Tipográfica del Hospicio? Desde la edad de nueve años hasta la de catorce en que gira la de casi todos, ¿han podido adquirir un estado físico y moral tan absolutamente distinto que les haga objeto de tan profundas, de tan radicales diferencias?

¿Pues qué, se cumplen siquiera con esos niños las prescripciones más secundarias de la ley de protección á los mismos sometida á la aprobación de las Cortes, y cuya gloria le cabe al periódico *El Socialista* exclusivamente, que es el que en campaña enérgica y constante en pro de la niñez ha obligado al Gobierno á des-

pertar esa ley del cataléptico sueño que dormía desde que el ministro de la República Benot la formuló para que no rigiese?

¿Es lo mismo empezar el aprendizaje á los doce años que á los nueve ó diez, y trabajar cinco horas, con intervalos de descanso racionales y en perfectas condiciones higiénicas, que verificarlo durante once horas, como los tiernos asilados de la imprenta del Hospicio en el pasado estío, envueltos en caliginosa atmósfera, sin una débil cortina con que defenderse de los furores de un sol canicular, y en un oficio tan avasallador é ingrato que impone la jornada á pie quieto sin excusa, aplomado, digámoslo así, irremisiblemente?

¡Y todavía hay quien pretende no necesitar dentro de un año ningún operario externo, cuando la aprobación de esa ley destruye todos sus cálculos y le impide pensar en nuevas componendas!

¡Cuánta aberración, cuánta soberbia!

Podrán no existir los actuales operarios, que el echarles á la calle es potestativo de quien tenga mando para ello; pero otros les sucederán, y quizás mejor pagados, ya que en una imprenta que gana *cuarenta mil pesetas al año* no se les da lo que les corresponde, en contravención á la Tarifa tipográfica de la Asociación del Arte de Imprimir, que en toda imprenta medianamente viable rige.

A menos que, quien tal ha dicho, piense sobreponerse á las leyes del Estado, es de suponer suceda todo lo contrario; pues á medida que el contingente infantil disminuya, y en vez de cincuenta chiquillos haya sólo diez ó doce, bastantes á constituir una *Escuela* así

sea *Tipográfica*, claro es que ha de aumentar — si el trabajo no se ha de hacer solo — el número de operarios externos que suplan la insuficiencia de aquéllos.

¡Esto á cualquiera se le alcanza!

Sí; porque la ley del Sr. Benot, ley no derogada y sí sólo incumplimentada, cual tantas otras que parece no tener otro objeto que aumentar la balumba de nuestra imponderable *Colección legislativa*, será al fin la que impere sobre ese desdichado engendro presentado á las Cortes por un ministro *liberalote* y á la altura de la civilización del siglo, pero que se conoce no tiene hijos que enviar al taller á los *nueve años* para que le metan una libreta en casa con exposición de su tierna vida; pues no es de suponer que los republicanos — no quiero citar nombres: *todos* — dejen de volver por los fueros de su comunión política y los de la humanidad con enmiendas racionales y radicales que transformen por completo el Proyecto *capdeponiano*; ni que los demócratas — tampoco cito nombres: *todos*, — persuadidos, como deben estarlo, de que la cuestión social estriba en la ociosidad en que se mantiene al jefe de la familia proletaria privándole de su decoroso jornal, mientras se recompensa á sus inocentes hijos con unos cuantos céntimos y á sus débiles mujeres con otros cuantos *perros*, dejen de ayudar á los republicanos en tan caritativa empresa.

Ni tampoco es de suponer que los distinguidísimos escritores que tienen la fortuna de hablar á la Nación desde la altura de los periódicos de mayor circulación de España, y que en su amor á la desvalida infancia ridiculizan á los protectores de los animales, aseverando con lógica incontestable que antes son aque-

llos qué éstos — aunque no por mucho trigo es mal año, pues obras son amores y no buenas razones, y á Dios rogando y con el mazo dando, que no quita lo cortés á lo valiente, y más vale *un daca* que *dos te daré*, pues poquito á poco se va lejos, y parados *no se va á ninguna parte*, — dejen de reforzar y consolidar la opinión de unos y de otros con su autorizado voto.

Y que la ley del Sr. Benot no es ninguna cosa del otro jueves en favor del proletariado, lo prueba la proposición presentada á la Cámara de Diputados de Francia por la minoría socialista fijando los *catorce años* como *mínimum* de edad para el ingreso de los principiantes en los talleres, la jornada de seis horas con un descanso intermedio, condiciones higiénicas satisfactorias y vigilancia, hasta en los trabajos de servicio doméstico, por inspectores retribuidos á costa del Estado y nombrados, la mitad al menos, por los mismos operarios.

.....

Volviendo á la *facilidad* y *sencillez* de un oficio así calificado por los que no lo practican, por quienes ven los toros desde palco, y prescindiendo de las enfermedades que ocasiona al que lo ejerce por las emanaciones tóxicas de los metales con que trabaja, siendo las principales la tisis, la parálisis y los cólicos biliosos; prescindiendo de que ese oficio es de jóvenes y no de viejos, como lo prueba el que muy pocos llegan á la edad propecta, y si alguno llega, habiendo estado constantemente al pie de la caja, es medio ciego y en las más deplorables condiciones sanitarias; prescindiendo de todo esto, digo, y considerando solamente los infinitos movimientos, rápidos todos, muchos vio-

lentos, la mitad por lo menos excéntricos, divergentes en vez de convergentes al eje de la acción, que lo es el componedor apoyado constantemente en el lado izquierdo del pecho; y movimientos que, repercutiendo en los pulmones y conmoviendo todas las vísceras, parecen desarticular la clavícula derecha, se comprenderá que el oficio del tipógrafo no es tan *descansado* como algún *inmortal* lo cree, que en su desconocimiento absoluto de la materia lo reivindicaba (!) para la *mujer*, llegando á enfadarse de tal modo con el *hombre*, que en uno de sus más celebrados libros le llamó «*tagarote* sentado en un *taburete zancudo*, sin poner *nada* de su *inteligencia* ni de su *fuerza*.»

Así, en crudo, pues para *obrero* basta y sobra.

Vese, pues, que no es cosa tan baldía ni ociosa el modelo de caja de que he hablado, y que ya sería quizás conocido si la distinguida persona que, á juicio de su autor, era la llamada á gozar sus pobrísimas primicias, y á compulsar y aquilatar *profesionalmente* las ventajas sobre el actual — que por extenso se enumeran en la correspondiente *Memoria*, — no hubiese juzgado conveniente pagar con despreciativo silencio la fineza de su ofrecida *dedicatoria*.

Mas como no hay mal que por bien no venga, y esto modifica extraordinariamente el primitivo plan, la reforma se extenderá ahora á una caja general para niños y adultos, y el autor queda en libertad de darla á luz cuando le plazca, sin dedicársela á nadie.

Especie de amante desdeñado (pues el caso es que estimaba de veras al desdeñoso), llorará en silencio su *pena*, pero procurando sobreponerse á ella...

Y se sobrepondrá... ¡Vaya si se sobrepondrá!

Resulta, pues, que la profesión de la imprenta no es una *ganga* para que un establecimiento piadoso embuta en ella á los chicos á calacuerda, como lo demuestra la abundancia del *género* en la imprenta del Hospicio y en otras sus similares, con especialidad las del Municipio y Sagrado Corazón de Jesús.

Y resulta también la necesidad de *templar* los irreflexivos ímpetus de los fautores de esa infantil irrupción en un arte que, produciendo cada día más, deja á los impresores sin trabajo y sin defensa, imposibilitados de unirse y resistir la avalancha *económica* que les envuelve y aplasta; pues, el día que esto hiciesen, ya podían cerrar sus casas: que todo el mundo sabría que las imprentas causantes de esa clausura estaban dispuestas á trabajar á *cualquier precio*.

Todo se reduciría á formar *batallones* de chicos en vez de *compañías*, y *laus Deo*.

Lo único que podría suceder es que, al revés de lo que pasa con el Ejército, que á cada oficial le tocan dos soldados y medio de mando, esos pobres chicos no tuviesen quien les dirigiera.

Y entonces, adiós Imprenta.

Bien que ya no le falta mucho para *irse*.

Víctor Hugo ha condenado con elocuentísimos acentos, y con la energía de un alma noble y generosa, el egoísmo de los que, llegados á la cumbre, dan con el pie á los que fatigosamente trepan á alturas más modestas. No es lícito, pues, obtener una prebenda cual la que disfrutaban los regentes de las imprentas mencionadas, y á su sombra hacer guerra á sus antiguos compañeros: á los industriales arrebatándoles el trabajo con insanas competencias, y á los

obreros inhabilitándoles para su oficio cuando ya no pueden aprender otro.

Y aunque el regente de la imprenta del Hospicio tiene bien ganada esa prebenda, por oposición — lo cual no acontece con ninguno de los regentes de las demás imprentas oficiales, semioficiales y *extraoficiales* en número asombroso que existen en la Corte, — debo decir que respecto de las oposiciones tengo yo mi fórmula concreta:

Que me proteja un *conspicuo*, de los diez ó doce que tienen acaparados todos los destinos públicos de España para sus conmitones, y el Diabolo me lleve con tres luégos si embutido en la *terna* aunque sea á mazo, y con privilegio el *gran elector* de sacarme aunque sea con pinzas del lugar que en ella ocupare, no me calzo la plaza de *Papamoscas de Burgos*... el día en que se saque á oposición esa *plaza*.

.....

Al concluir con él tema de las imprentas infantiles, liliputienses, que tanto perjudican á la imprenta en general, como demostrado queda, hágalo exclamando: ¡Oh decepción!... ¡oh país de las anomalías y de los vice versas, que decía el satírico *Fray Gerundio*!... Mientras el Gobierno, la Diputación y el Ayuntamiento hacen ruda competencia á la industria privada con tanta imprenta sostenida por el Estado, la Provincia y el Municipio, los billetes de la Lotería de la Habana, que muy bien podían hacerse en la imprenta del ramo — pero bien respaldados, no al revés, como respalda los de la Península, — se sacan á concurso; y la imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, esa imprenta que el Sr. Moret quiso excluir de la supre-

sión general cuando proyectó, con la de la Nacional, la extinción de todas las imprentas más ó menos oficiales, fundando la excepción en que en ella *se imprimían las bulas*, ya *no las imprime*, porque esta operación la verifica la del Sagrado Corazón de Jesús.

Risum teneatis.

Y entre paréntesis. Si no ha habido singular empeño en informarme mal, tengo entendido que el regente de esta última imprenta *goza* el refrigerante sueldo de *cinco mil pesetas* anuales... que me parece es *gozar*.

Sobre todo tratándose de un establecimiento fundado y sostenido con la limosna.

¿Si se habrán llevado las bulas á ese establecimiento para pagar tal sueldo á su regente?

En cuyo caso cabe repreguntar:

¿Y *qué* se habrá *llevado* á la imprenta de Gracia y Justicia para pagarle *el suyo* al suyo?

.....

Algo, y aun *algos*, se podría decir también respecto del pago de sus jornales á los obreros de todos los talleres del Hospicio, pues ese pago se verifica á capricho y con el mayor desorden, y sería muy conveniente que el desorden y el capricho cediesen ante los fueros sacrosantos de la justicia y del derecho.

Por regla general se paga los jueves, pero de la semana siguiente á la devengada, en vez de verificarlo todos los sábados, como se acostumbra en los talleres bien dirigidos; sólo que se da el caso, repetido hasta la saciedad, de que por causas que el obrero siempre ignora—y en mi concepto debieran explicársele por el jefe de los talleres—no se paga ese día, ni el vier-

nes, ni el sábado, ni siquiera el otro jueves, como ya ha sucedido varias veces, cobrándose á la tercera semana el importe de las dos anteriores.

Se objetará por los *satisfechos* que la Diputación paga al fin y *cabo e barra*. ¡No, señor! La Diputación debe pagar cuando corresponda, y no deshacer cuentas que el obrero tiene muy legitimamente *echadas* sobre la sagrada garantía de su *adelantado* trabajo, ya para pagar una deuda en día fijo, ya para comprarse una prenda necesaria, ya para alimentarse el mismo día en que quizás *ayune* por falta de ese pago.

El año anterior, con motivo de constituirse la Diputación Provincial y de la laboriosa discusión que sostenían sus dignísimos miembros sobre *eso de las dietas*, que, al decir de los periódicos, nadie quería renunciar, no hubo un alma caritativa que tuviera á bien poner una firma en el libramiento de talleres, y el día de Todos los Santos, cuando ya llevaban dos semanas devengadas los obreros, pudieron ver con pena que, si ellos no cobraban, los empleados sí, pues para ellos hubo firma. Esto, sobre injusto, es feo; es decir, *antiestético*. El obrero es tan digno como todos los empleados de que se le paguen sus haberes, y quien le menosprecia de tal modo no comprende los más elementales principios de la justicia distributiva, y forzoso es que los vaya comprendiendo para que, ya que *este año ha sucedido exactamente lo mismo*, no vuelva á suceder, porque eso sería *el colmo*.

A la Diputación Provincial debe alcanzársele, y si no á los obligados á velar por el decoro y respetabilidad de la misma, que no tiene el derecho de retener á sus obreros el mezquino estipendio de su trabajo, ni

de establecer pretericiones ofensivas á su decoro: que no todos los obreros son pedazos de carne con ojos, y les hay que saben *sentir* las descortesías como el primer caballero.

¡Cuántas infelices — pues en el Hospicio hay también un buen número de honradísimas obreras — habrán tenido que hacer esfuerzos repentinos para llevar el día de Todos los Santos, por no haber cobrado lo que tan ganado tenían, una modesta guirnalda, un humilde cirio ó un vaso de aceite á la sepultura del ser querido que las espera en su fondo, y ante la cual habrán ido á derramar el silencioso amargo llanto del dolor y de la inopia!

En cambio, los empleados habrán podido llenar sin esfuerzo ese deber sagrado, como seres de una raza distinta de la del despreciado obrero.

Y aunque hay muchos más casos, citaré sólo uno. El jueves 19 del último mes de este año debieron cobrar los obreros del Hospicio y no cobraron, por indisposición del Sr. Contador de la Diputación Provincial. Respetabilísima es la salud de tan digno funcionario — tan respetable como la del primer trabajador del Universo, — y merecedora, por lo tanto, de toda clase de solícitos cuidados. Pero ¿es que no hay al lado de ese señor quien pueda suplirle en sus enfermedades ó accidentes imprevistos? El general en jefe de un ejército es *algo*; es tanto, que parece insustituible; y sin embargo, cuando la muerte le sorprende súbitamente, el ejército sigue mandado y funcionando como si nada hubiera ocurrido; y es muy triste que por una lamentable enfermedad se perjudiquen los que no tienen culpa de ella y corran riesgo de no cobrar hasta las

kalendas græcas, como tal vez hubiera sucedido si la *casualidad* de estar en vísperas de Nochebuena no hubiese aconsejado dar la paga á los empleados el viernes, ordenándose al mismo tiempo, tal vez por esa circunstancia sólo, el pago de los obreros al siguiente día sábado.

Pero es el caso — ¡pícaros *peros*, que siempre ha de haber alguno que lo eche á perder todo! — que cuando los obreros del Hospicio se resignaban á no cobrar hasta el día de Nochebuena, creyendo que se les abonarian las dos semanas juntas, al verse sorprendidos con el pago de la anterior en dicho sábado olieron — y el olfato de esos obreros es de can de buenos vientos — que no se les abonaría ya la siguiente semana vencida. Y con efecto no se engañaron. El día de Nochebuena desfilaron obreras y obreros hacia sus respectivos hogares, limpios de polvo y paja faltriqueras y bolsillos, sin duda porque paternales tutores creían que aún les sobraba el oro y el moro de lo cobrado últimamente y, velando por su sosiego, no quisieron *abrumarles con más peso*.

Y si alguien se forjó ilusiones — la ilusión de contar con lo suyo — y se compró un *trapillo* ó hizo algún indispensable exceso, esperando el día de Navidad el pago de la anterior semana, se llevó un chasco de á folio y, si no *pignoró* el *trapillo* ó apeló á otras artesales, bien pudo hacerse una cruz en la panza y acostarse á la hora de las gallinas *por eso...* por no haber cobrado sus bien ganados haberes en día tan sagrado.

Que así se trata al obrero en estos tiempos de *democracia* y de *redención* al uso, digan lo que quieran las cotorras políticas que con su despotismo, vanidad

y soberbia han hecho buenos á Nocedal y á Narvaez.

En tiempo de estos gobernantes de hierro, el obrero era simplemente *el obrero*: hoy es un *paria*.

¡Qué digo *paria*!... ¡*La bestia antipática* de los plebeyos endiosados, como el sapo lo era la de Rousseau!

Y hay que desengañarse: el obrero es *algo*; es una fuerza poderosa que unida y compacta hace temblar á los déspotas, y que, más unida y compacta todavía, les haría capitular incondicionalmente.

Es el Pueblo, es el Pueblo: cual las olas
Del hondo mar alborotado brama...

que con inspirado acento dijo Espronceda.

Ahora mismo acaba de emitir su autorizada opinión sobre el asunto, con motivo del movimiento socialista que agita á todo el mundo en la ocasión presente, un ilustradísimo escritor, cuya sensatez y rectitud de juicio le han conquistado un alto puesto en la opinión, cuyas palabras merecen meditarse por oprimidos y por opresores:

«No es posible necesitar de la multitud para realizar beneficios, y evadirse á la presión que los más ejercen sobre los menos, cuando la ley del mayor número preside á la formación de la legalidad común. Y cuando se suscitan estos problemas, sólo se puede desear que se resuelvan suavemente.»

Así se explica, en la aristocrática revista *La Ilustración Española y Americana*, su distinguido y culto cronista D. José Fernández Bremón, al juzgar con lógica severa la significación y alcance de las huelgas de obreros en Europa y América.

Pero nuestros políticos *lince*s piensan de otro modo.
Es decir, no piensan nada.

El día en que les sorprenda el cataclismo se salvarán como puedan y... *laus Deo*.

(65) Toda esta enumeración de crudelísimas *simplezas* se ve en los programas de las corridas de *Beneficencia*.

(66) Ni más ni menos. El 5 por 100 de billetes premiados *con casi nada*, que eso es lo que representan los últimos premios, siendo los primeros tan pocos y además nada importantes, que el *timo* resulta completo para los incautos jugadores.

Esto no obstante se persigue encarnizadamente el juego, sin duda porque nuestros empíricos hacendistas necesitan todo el dinero del iluso para reforzar las arcas del Estado y poder salir del día tranqueando y renqueando como peatón por mal camino.

Pero, entre las inmoralidades más dignas de nota, no conozco ninguna como la descomunal que entraña la Lotería de Navidad.

Cincuenta mil billetes á 500 pesetas billete, que arrojan 25.000.000 de pesetas, y agotados todos ocho días antes de celebrarse el sorteo, dan la medida exacta de gobernantes y gobernados en este desventurado país de las estupendas indescriptibles rarezas.

Nadie tiene una peseta para lo preciso; pero échele usted loterías á las barbas al más menesteroso, que no se quedará sin jugar en expectación del *premio gordo*; pues inocente estólido hay que cree que para él van á ser *los diez millones*—juegue lo que juegue,—lo cual da la medida de la ilustración general y de lo desarrollado que está el órgano de la *adquisibilidad* en este país de *Doñas Baldomeras* veneradas.

Ahora bien; ya que esta contribución *indirecta*, especie de pildora endulzada que nos tragamos sin sentir, es un filón precioso para que nuestros pródigos gobernantes mantengan á sus amigos, parientes y deudos á cuerpo de rey, mientras la inmensa masa proletaria agoniza entre espantosas torturas, podía discutirse otro medio de recompensa más equitativo á los agraciados.

En vez de ese dichoso *premio gordo*, que es una hipótesis, un mito, un mirlo blanco, y además nunca resuelve la situación de una familia, por la poca importancia — con toda la bulla — de la suma, se debían de formar muchos premios pequeños, con lo cual sería más fácil obtener uno cualquiera que permitiese al jugador humilde y no infatuado con locas pretensiones descargarse de alguna obligación urgente.

Comprendo que á los ricos no les agradaría el sistema, porque les quitaría la ilusión del primer premio; pero, aparte de que no por ser rico le cae la lotería al rico, puede jugar lo que le plazca y en vez de la décima cobrar el entero, saliendo tan beneficiado como el pobre si le toca algunas veces, al contrario de lo que acontece á todos con el actual sistema, que esperando mucho no obtienen nada.

Supongamos una lotería (¿y por qué no todas habían de ser como ella?) de 55.000 billetes á 50 pesetas, divididos en décimos: importarán 1.750.000 pesetas. Si el Estado se contentase con la quinta parte, ó sean 350.000 pesetas, en vez de las 472.500 que ahora se *apropincua*, dejaría un líquido á repartir entre los jugadores de 1.400.000 pesetas.

Prescindiendo de *premios gordos* y de *niños muer-*

tos, y obedeciendo lógicamente á la etimología de la palabra (de *lotería lotes*), podía hacerse la siguiente combinación, más racional, más *práctica* y armónica con los intereses de todos:

2 000	lotes de á	250	pesetas.	500.000
1.000	— —	500	—	500.000
400	— —	1.000	—	400.000
3.400	—		—	1.400.000,

en vez de las 1.277.500 que la Renta da en 1.853 premios, ó sea el 5 por 100 próximamente.

Ahora bien, los 3.400 premios, según mi proyecto, dan el 10 por 100 también próximamente, lo que duplica la probabilidad del acierto, asignando á 1.400 premios, iguales unos y doblemente superiores otros á los 1.797 del actual sistema, mayor suma, aunque poca, que la que importan, y además hay 2.000 premios de á 250 pesetas, que, aunque doblemente inferiores á los de hoy, son suficientes á procurar al pobre un pequeño auxilio en sus necesidades, si acierta, para lo cual, según va dicho, tiene doble número de probabilidades.

Repito que este sistema no agrada á los ricos; pero ¡qué le hemos de hacer! Nunca llueve á gusto de todos; y ya que el Código Penal, según la cínica expresión de uno de sus principales mangoneadores, *se ha hecho para los pobres* (¡qué gracia... tan desagraciada!), que se haga también la Lotería y *pax tecum*.

La misma Lotería de Navidad — si se quería conservar con las proporciones que hoy tiene, pero despojada del escándalo de los grandes premios, rayano ya en locura, — podía constar de muchísimos premios de 5.000 pesetas, de 2.500 y de 500, que darían por

resultado nueve veces la ganancia en los primeros, cuatro en los segundos y el reintegro en los últimos.

Algunos perderían, es claro; pero otros muchos ganarían, y es de suponer que, tan universal y equitativamente repartidas tantas millonadas, reinase más alegría el día de Nochebuena en los hogares de los pobres, pues serían muchos los agraciados con aquello que tan bien les vendría para pasar honestamente las Pascuas y evitarse el disgusto que les produce su decepción al verse más pobres que antes cuando soñaron ser ricos.

Aunque este sistema no ofreciese otra ventaja que la de mantener esa renta en beneficio del Estado y sin perjuicio de los jugadores, debiera adoptarse. Pero no es sola esa ventaja la que ofrece mi humildísimo plan.

Ofrece la inmensa, la inapreciable, la moralizadora de ahuyentar para siempre de la imaginación de los españoles el fantasma falaz del *Premio Gordo*; ese infame fantasma que adormece en quiméricas ilusiones al derrochador impenitente ofreciéndole en perspectiva su rehabilitación por la lotería; ese fantasma engañoso y odioso que mantiene la esperanza del honrado padre de familia de dejar á sus tiernos hijos y á su noble compañera medios de subsistencia si antes de fallecer *coge al fin el gordo*; á cuyo efecto va arrojando en la vorágine del vicio—de ese vicio manso, mas no menos horrible—lo que ahorrado convenientemente pudo servirle de auxilio en su enfermedad postrera, evitándole el dolor de ingresar en un hospital y el martirio de contemplar con sus vidriados ojos, próxima á extinguirse ya su vida, los desvalidos huérfanos que deja en la miseria.

Sí. Aunque no fuese más que por esto, debiéramos gritar con estentórea voz todos los españoles sensatos: ¡Abajo el Premio Gordo!... ¡Abajo la mentira!

Y si con la *mentira lotérica* cayesen la *mentira taurománica* y otras muchas *mentiras*, incluidas la *democrática*, la *caritativa*, etc., tal vez no desesperase yo de la regeneración de mi patria.

Y si, á mayor abundamiento, enmudeciesen — aunque no fuese más que para siempre — nuestros oradores *esculturales*, nuestros *tribunos* afeminados, nuestros *sublimes artistas de la palabra*... ¡miel sobre hojuelas!

(67) Los periódicos hablaron de una *Comisión* nombrada por la Diputación Provincial para conferenciar con *Frascuelo* á fin de inclinar su displicente ánimo en favor de la benéfica fiesta tomando parte en ella: en el programa de la *cadénita* (en el programa *simbólico*) se dice una cosa muy distinta, si bien todos sabemos á qué atenernos: á que el éxito de la corrida pendía del *sí* ó del *no* del solicitado célebre torero.

(68) Confieso sin rubor que no estoy muy fuerte en achaques de provincialismo torero, y que siempre creí á *Frascuelo* hijo de Madrid, sin duda por conocerle en él desde que era muy joven, cuando se dedicaba á honrosísimo oficio. Ahora me dicen que es cordobés; y como no puede decirse *cordobano* para que case con *romano*, hágole á sabiendas *castellano*, esperando se me dispensará una falta no muy grave en verdad, porque al fin y á la postre españoles somos todos, y valientes *porque sí*.

(69) «Conjunto, agregado, hermandad ó compañía de *caballeros* hubo de significar en su origen la palabra *caballería*, bien así como la de *caballero* se debió formar sobre la de *caballo*. Este noble y hermoso animal, preciosísima conquista del hombre, no solamente le presta su fornida espalda para el viaje en que la celeridad importa, ya para trasladarse con rapidez donde la asistencia es precisa, ya para evitar un peligro, quizá de muerte, sino que arrastra también arado y carroza, y ha siglos y siglos que sin él no se hace la guerra. En ésta, en particular, el caballo, merced á sus generosos instintos, pasa de siervo á compañero y amigo del combatiente, cuyo sueño vigila tal vez como centinela seguro, cuyos triunfos comparte y goza, cuya muerte lamenta. No se extrañe ni tenga á menos que el dictado con que ordinariamente se distingue á una persona de nacimiento claro y relevantes prendas traiga su denominación del *caballo*, bruto admirable, de quien el Divino Espíritu mismo dejó expresas en el *Libro de Job* palabras, que muy débil, y no sabemos si propiamente, pudieran ser interpretadas con éstas:

Da terror su bufido,
Su casco el suelo cava:
Levántase de manos arrogante,
Y al guerrero á la lid apercebido
Vase á poner delante.
Incapaz de temor, y no rendido
A la espada jamás, cuando la aljaba
Sobre sí siente resonar, y el choque
Del asta del jinete y del escudo,
Menospreciando el toque
De la enemiga trompa, sorbe tierra;
Y apenas oye su clarín de guerra,
Voy, dice en eco agudo;
Porque de lejos la batalla huele,
Y sentido hay en él que le revele
Por qué á su gente el adalid concita,
Y alza el Real estrepitosa grita.»

Después de esta magnífica pintura del ilustrísimo Hartzenbusch (Introducción á la *Historia de las Órdenes de Caballería*.—Madrid, 1864.—Imprenta de Tomás Rey), cuyos levantados sentimientos palpitan en todas y cada una de las elocuentes frases en prosa y verso que transcritas quedan, véngase el Sr. Ortega y Munilla diciendo que «aquí, por lo visto, lo que inspira lástima es el caballo, al que se quiere hacer inviolable al cuerno y á la espuela»; y *Sobaquillo* añadiendo, en una de sus célebres crónicas taurinas, que «*Milagrero* no hizo ningún milagro, pero cumplió honradamente todos sus compromisos, dejando tres caballos en situación de que pidieran por su ánima los socios más convencidos y severos de la Protectora de Animales»; y *Sentimientos* chuleándose de las *sensibilidades* de los que se inquietan por las molestias del caballo: que mientras yo tenga textos en que apoyarme de eminentes naturalistas, escritores y filósofos —que hoy no cito por ser breve, pero que lo haré en día no lejano y en trabajo más apropiado,—y especialmente en los nobilísimos conceptos del dramático insigne que he copiado, vivo reflejo de su angelical carácter, poco puede importarme oírme llamar *sensiblero* y demás barbarismos didácticos que los *espíritus fuertes* han inventado para afrenta del habla de Cervantes, pues en tan digna compañía pueden oírse como se oye llover.

(70) Por los *filósofos* (!) que piden contribución para los *egoístones* pícaros célibes, cuando no todos los célibes lo son por *cuquería*, sino por causa santa muchos de ellos: la de atender á una familia desvali-

da, en vez de crearse otra para hacer á ambas desgraciadas: cosa que no suelen mirar los supradichos filósofos—pues les hay que se casan *desbocados*, sin acordarse de más padre ni madre, —por más que á algunos les haya salido bien su irreflexión y la echen de *mo...rralistas* al tratar tan espinoso asunto.

(71) El general bonapartista Lavalette esperaba en obscuro calabozo su sentencia de muerte por el Gobierno de la Restauración, y su heroica esposa no halló otro medio de salvarle que el de disfrazarle con sus ropas y, vistiéndose ella las suyas, sustituirle en la prisión mientras aquél se ponía en salvo.

Acción tan magnánima no podía quedar sin recompensa; y Luis XVIII, príncipe *tragón* y poco belicoso, que era no obstante hombre de bien, puso en libertad á la heroína, ordenando no se persiguiese al fugitivo general.

(72) Se trata de la corrida de Beneficencia del 84, que no por ser trasnochada deja de ser tan palpitante como la última verificada.

Fué tan ruidosa bajo todos conceptos; tales y tan estupendas peripecias la acompañaron, que ellas fueron la base de la relación á que responde esta nota, y que, examinando los periódicos de la época, con especialidad *El Imparcial* y *La Correspondencia*, se encontrará exacta hasta la nimiedad.

(73) Alarico, rey de los visigodos, cuyo cadáver, para evitar que sus mortales enemigos los romanos, á quienes había asaltado y saqueado, lo profanasen, fué

enterrado en el cauce del Bucentino, desviando el curso de las aguas y haciéndolas volver luego por el primitivo.

(74) La Historia nos cuenta que este insigne guerrero musulmán guardaba en una caja, que se enterró con él, el polvo que recogía su ropa en las batallas.

(75) Histórico. *El Siglo Médico* de aquella época lo dijo con notable gracejo, y era de leer por los comentarios que hacía sobre esto y lo que sigue, sirviéndome para escribir este tan imperfecto episodio.

(76) Entonces lo era, con efecto, el Sr. Romero Robledo, el *Judío errante* de nuestra *politiquilla*, que no se sabe nunca en qué partido *descansa*: desde el que apalea y fusila en las calles á los transeuntes pacíficos, hasta el de la conjura martista-gamacista-casolista, pasando antes por el inodoro, insípido é incoloro del general López Domínguez.

(77) Textual de *El Siglo Médico*.

(78) Bajo la impresión de un lapo que me atizó un benemérito *ángel custodio de éstos del Orden*—sin yo meterme con nadie, pues iba muy tranquilo á almorzar á mi casa,—escribí las octavas de referencia; y como se trata de un hecho histórico destinado á revivir constantemente, acompañado de silbidos, escándalos, etc., no las he retirado, porque entonces debía haber retirado la obra entera.

Y para que se vea lo que son las cosas en este

gran país, que dicen en *La Vuelta al Mundo*. Mientras se silba á Cánovas y á Villavérde por los atropellos universitarios, á Romero Robledo, que fué el alma de aquellos sucesos, el *maestro concertatore* de tanto desaguisado, se le dan banquetes y *vivas* por los que entonces le combatían rudamente, *olvidándose de la memoria*, como dice San Agustín en su admirable definición de esta potencia del alma con que embellece sus *Confesiones*.

¡Qué país... qué gran país... y qué paisanaje!

Sobre todo, como decía *La Iberia* del morrión patriótico, ¡qué paisanaje!

(79) Hombre hubo, al decir de los periódicos, que, sin ir á los toros ni tener *motas* para el billete, se estuvo toda la noche al lado de la caja dicha, sin cenar por consiguiente y durmiendo á la intemperie. Ante hechos tan extravagantes, que es imposible comprendan los extranjeros, ¿no será lícito el desahogo del que condena esa fiesta no ya por lo repugnante, sino por lo estúpida?

(80) He conocido á una *señora* hipocondríaca, que sólo hallaba distracción, mientras llegaba el día de *corrida*, á que estaba abonada permanentemente *la pobrecilla*, viendo reñir perros en el jardín de su casa; á cuyo efecto su manso cónyuge — en expectativa de herencia — sorbía los vientos en busca de *ejemplares* con que reforzar su mermada trahilla.

Otrosí, hacía pelar á sus criadas las aves vivas, porque así le parecía á la cruel cobarde que sabían mejor.

Otrosí, frecuentaba iglesias, y al anochecer rezaba y hacía rezar el Rosario á su familia y domésticos, *manso inclusive*.

¡Cuánta verdad encierran estas sublimes palabras del inspirado Víctor Hugo: « Hay una abyección mayor que la del hombre, y esa abyección es la abyección de la mujer! »

Ya entregó á Dios ó al Diablo su alma la *sensible dama*, y es de esperar goce en *la otra vida* el premio conquistado por su ternera... digo, por su *ternura*.

(81) Así me lo espetó cierto conductor de tranvía á quien hice la observación de que mal podían los animales tirar fuera de rails como dentro de ellos; añadiendo que lo hacían *á posta por quemarle la sangre los muy perros; y eso que ya sabían que de él no hacían la burla*.

Estoy convencidísimo de que; más que perversidad de sentimientos, lo que impera en muchos conductores de animales es la ignorancia más supina, que les rebaja á su nivel, sin darles su instinto empero.

¡Y todavía hay republicanos que, á pretexto de respetar la autonomía *del individuo* (ó del *endevido*), se oponen á la instrucción obligatoria!

Que los obscurantistas procediesen así para mantener en perpetuo embrutecimiento al Pueblo, se comprende. ¡Pero los republicanos! ¡Los amigos del Pueblo... sus *redentores*... cuando, sin la redención intelectual, no es posible la redención moral, ni menos aún la física, que es lo que se procura por los gobernantes que prefieren los *rebaños* á los pueblos!

El virtuoso, el sabio Meslier lo ha dicho con su se-

vera lógica: «Cuanto menos raciocinan los hombres, más perversos son. Los salvajes, los príncipes, los grandes, las gentes de la hez del pueblo son por lo común los más malos, porque son los que menos piensan.»

(82) En los países en que hay costumbres prácticas, no tan rutinarias como en éste, en que siempre sobra el tiempo — como que lo *hacemos* para que nunca nos falte, — cuando descarrila el tranvía todos los hombres se colocan en medio del arroyo, quedando dentro sólo las señoras, para facilitar de este modo el arranque de los pobres animales, que, como comprenderán hasta las mayores almas de cántaro, es penosísimo con un vehículo hecho para rodar sobre paralelas suaves y no por los accidentes del terreno. Así se arregla lo desarreglado en breves momentos. En España no sucede nada de eso. ¡Qué ha de suceder! Dejaríamos de ser españoles. El tranvía va atascado hasta los topes de cuerpos humanos, como los furgones de un tren de mercancías de sacos ó seras, y cuando descarrila nadie se mueve como no sea para *ayudar* al lerdo auriga en la repugnante tarea de maltratar á las infelices bestias, que son las que pagan la culpa de la distracción ó torpeza del injusto apaleador. Porque aquí ya es sabido: en lo humano, el débil paga la culpa del fuerte: las posaderas del eterno Sancho, siempre flageladas para desencantar Dulcineas, lo pregonan á gritos. Y en lo que se sale de lo humano, el *racional* se venga en las inocentes bestias de sus deshonrosas azotainas.

Así todo el mundo *sacude* al que puede, como se sacudían todos en la descomunal pelea de aquel campo

de Agramante en que se convirtió la quijotesca venta.

Las costumbres públicas no ganarán nada con tan brutal sistema; la cultura del siglo no quedará bien parada con proceder tan inicuo; pero nos habremos *desahogado*, que es lo que importa.

¡Oh país de oradores y sofistas soberbios y envidiosos!... ¡Éstos, éstos son los que te tienen retrasado un siglo — con tu *fiesta nacional* y tu falta de Sociedades protectoras de hombres y de animales — en el concierto europeo!

(85) *Brutalidad* se llama esta figura, diga lo que quiera, respecto de nuestra instrucción pública, el respetable Sr. Galdo, poniendo su patriotismo sobre la razón y la justicia.

Encomiaba este ilustre propagador de la enseñanza no hace mucho, y en el Paraninfo de la Universidad Central al inaugurarse el Instituto del Cardenal Cisneros, los progresos en nuestra instrucción, cuando es público que hay muchos *monterillas* en España á quienes les estorba *lo negro*, y hasta *secretarios* de Ayuntamiento que, *en eso* de la Caligrafía, *ándanse* en palotes. Con respecto á las honradas masas del Pueblo, nuestros regimientos pueden dar razón, pues á veces se ven y se desean sus dignos jefes para cubrir las vacantes que las licenciadas clases dejan en sus respectivos cuerpos, sin que, excepto las provincias de León y de Asturias, que son las más adelantadas, y las de Cuenca y Almería, que son las más atrasadas, se lleven gran diferencia todas las demás de España.

Compárese este resultado con el que nos ofrece la pensadora Alemania, donde un coronel consultó no

ha mucho á su superior jerárquico *qué hacía* de un soldado que le habían destinado y que no sabía leer, allí donde todos los soldados son geógrafos, pues interpretan á maravilla los planos de sus operaciones, y ya no extrañará que M. Manier, en su célebre cuadro de la instrucción universal, haya señalado á tan poderosa potencia con el color del más vivo carmín, el color de la alegría, y á España con el negro, que lo es de la tristeza.

Se objetará que desde la publicación de ese cuadro ha transcurrido mucho tiempo y España ha adelantado considerablemente. No lo niego; pero para todos ha llovido, incluso para Alemania, que, aunque extraordinariamente adelantada, no había llegado al pináculo del intelectual progreso que acusa la consulta de ese coronel respecto de aquel pobre diablo de ignorante.

Entonces, de diez y siete millones de habitantes, contábamos *trece* que no sabían leer, y nos hallábamos á la altura de Rusia y de Turquía. Como supongo que también habrá *llovido* para estas naciones, me limito á preguntar: ¿Estamos más adelantados que Turquía y Rusia en instrucción, ó seguimos á su nivel, como en la época de la publicación del cuadro? Porque, si no hemos rebasado ese nivel, nada tiene de envidiable nuestro estado intelectual, dado que esas naciones continúan las más atrasadas de Europa.

No hay, pues, motivo para entusiasmarse con lo que no lo merece; y si se cree que exagero, allá van esas palabras de un ilustrado periódico militar, *El Ejército Español*, que tal vez respira por la herida:

«El Ministerio de Fomento se viene abajo: será

de vergüenza por el floreciente estado de la instrucción pública.»

(84) Esto dicho por Dumas no está bien, y alabo la *felpa* que le *atizó* el enérgico Ayguals de Izco. Pero dicho por mí, que me costó un triunfo — ¡qué digo *un triunfo!*... todos los de la baraja — el arrancar de las garras del público y de las *autoridades*, constituidas en *vengadoras del escándalo* que en tales condiciones daba el cuitado, á un pobre can que por su buena suerte tropezó conmigo y que me llevé á viva fuerza, con la cola hecha pedazos — que hubo que amputarle por la raíz, — y con todos los huesos quebrantados por las violentas sacudidas de la lata, no está del todo mal, por más que á algún *españolón* de brocha gorda le parezca sacrilega la frase. Antes que español soy humano, y no podré jamás alabar como virtudes actos de salvajismo porque los cometan mis compatriotas. Ocho años hace que tengo en mi poder al dicho perro, y es grande la satisfacción que experimento al recordar que le arranqué á los horrores de una muerte infame. Por su parte, el animal me corresponde con fidelidad canina.

(85) Lo que pasa en España, y particularmente en Madrid, en este vasto escenario de miserias de todas clases, es ya escandaloso. Convertidos el látigo del auriga y el palo del carretero en emblema de nuestra cultura, al verlos de continuo *funcionar* sobre los cuitados cuerpos de utilísimos y nobles animales, me figuro transportado á un pueblo primitivo, autóctono, sin costumbres, hábitos ni leyes. En ningún país del mundo

se trata tan brutalmente como en éste á toda clase de animales, y en ningún pais del mundo se ha mirado ni mira con tan punible indiferencia por las autoridades lo que en otros más afortunados merece especial atención, al punto de ser presidentes de sus Sociedades Protectoras de los Animales los príncipes reales.

Seis años ha puso á discusión nuestro Ayuntamiento un Proyecto de Ordenanzas Municipales en el cual se incluía un capítulo, el 17, titulado *Protección á los animales útiles*, y en él se prohíbe « hostigarlos, maltratarlos y castigarlos con crueldad », facultando « á cualquiera persona para denunciar ante la Autoridad á los infractores de esta disposición, á quienes se impondrá el correspondiente correctivo »; consignando más adelante, en el art. 193, que se consideran malos tratamientos:

- 1.º Los golpes violentos y repetidos, y en todo caso los dados con el mango del látigo.
- 2.º La carga y trabajos excesivos.
- 3.º Emplear animales enfermos ó heridos.
- 4.º Levantar á fuerza de golpes á los animales caídos en tierra accidentalmente ó agobiados bajo la carga. en vez de desuncirlos ó descargarlos.
- 5.º El abandono en la vía pública de animales recién nacidos, enfermos ó heridos.
- 6.º Pegar á los animales, arrancar las plumas á las aves vivas, desollar á los animales antes de matarlos, y otros hechos análogos.
- 7.º Provocar riñas de animales en la vía pública.
- 8.º Todos los actos brutales ó violentos que den por resultado ocasionar á los animales sufrimientos crueles ó innecesarios.»

Acabando de este modo:

«Art. 194. Los individuos de la Sociedad Madri-

leña Protectora de los Animales y de las Plantas quedan especialmente autorizados para ejercer el derecho de protegerlos, siempre que lleven la tarjeta que acredite su representación y que fué aprobada por el señor alcalde.»

Dejando aparte la anomalía que resulta entre el final y el principio de las prescripciones transcritas, pues en éste se autoriza á *cualquiera persona*, etc., y en aquél se limita el derecho á *los individuos*, etc., «*siempre* (nueva limitación) que lleven la medalla que acredite su representación», convengamos en que se trata de un código urbano digno de un pueblo culto, y de cuya iniciativa cábele la gloria á un Ayuntamiento conservador, presidido por el Sr. Marqués de Bogaraya.

Mas ¡ay mi alma!, que dicen los *marusiños*. Sus mismos iniciadores, los ediles madrileños, los presuntos protectores de los animales, llevaban la discusión á paso de tortuga; porque, siendo en jueves las juntas y en jueves también las corridas de toros que por entonces se daban por partida doble semanal, la mayoría se iba á verlos muy tranquila y no había sesión por falta de número, pues los señores no eran ubicuos y mal podían estar á un tiempo en la Junta y en la Plaza.

No obstante, como todo tiene su fin, menos la eternidad, túvolo también aquella discusión, y las Ordenanzas dichas fueron elevadas para su examen y aprobación consiguiente á la Diputación Provincial.

Esta, perteneciente ya en su mayoría al partido liberal, y bajo la presidencia del Sr. Marqués de Sardoal, dando pruebas de un celo sin igual, colosal, piramidal, no las tuvo en su poder un lustro cabal, pero

le faltó muy poco, pues las tuvo cuatro años enteros y verdaderos.

¡Cuatro años, señores, cuatro años!... ¿Quién ha dicho que España es el país del expedienteo? ¡Habladurías!... Porque, en resumen, ¿qué son cuatro años? Cuarenta y ocho meses, ó 208 semanas, ó 1.461 días, ó 35.064 horas, ó 2.103.840 minutos, ó 126.230.400 segundos (desprecio los terceros), en cada uno de los cuales la luz ha tenido en los etéreos espacios billones de ondulaciones, y durante los cuales juntos la Tierra ha hecho cuatro viajesitos redondos calentándose al Sol, y nos ha ofrecido, para entretenernos y no dejarnos consumir de tedio, el kaleidoscopio de las diez y seis tómporas del cuatrienio sucediéndose correlativamente, y ha habido toros y cañas, y jolgorios y bebenes, y verdades como puños, y hasta verbenas *ineditas* en competencia puerilmente rabiosa, y coronaciones bufas, y *la mar* en zapatillas... ¡Una bicoca!

Pero al fin (¡cuando digo que todo tiene fin menos lo infinito!) también la Diputación *se desprendió* de esas Ordenanzas, y por el alcalde Sr. Abascal, contestando á un señor concejal, que preguntaba por su estado actual, supimos que no se encontraban del todo mal, pues *radicaban cabe* el Sr. Gobernador. Luego supimos que esta digna Autoridad habíalas endosado al Sr. Ministro de la Gobernación Sr. Capdepón, quien, según su aseveración, íbalas á despachar con la mayor precipitación á la primera ocasión, pero que no las despachó, ¡voto á Sansón!, porque cuando el Sr. Mellado — después de *aquello de las latas* y demás *infundios de nonada* — empuñó la vara del Concejo, lo primero que hizo fué pedir las al expresado Sr. Ministro

de la Gobernación Sr. Capdepón, en cuyas excelentísimas manos, dignas del más experto magnetizador, yacían aletargadas en profundo sopor.

A partir de este momento me he desorientado y perdido la pista, por no haber leído periódicos en muchos días, efecto de ocupaciones y preocupaciones, disgustos y dolencias, pues, á Dios sean dadas gracias, no me ha faltado *mi poquito de trancazo*. Así es que no puedo decir con fundamento si las Ordenanzas dichas obran ya en poder del Sr. Mellado y el Ayuntamiento las ha promulgado ó piensa promulgar, ó si duermen aún cataleptico sueño, mustias, magras, lacias, atenuadas, amojamadas y empolvadas, en algún apartado estante del Ministerio de la Gobernación. Colijo, no obstante, que así será, á juzgar por el inicuo trato que los animales feroces de dos pies siguen *dispensando* á los mansos de cuatro, con escándalo de la moral, de la cultura y hasta de la decencia pública.

Si á hacer fuese mención de los espectáculos horribles que he presenciado en las calles de Madrid — en este Villaconejos de 500.000 habitantes, como con oportunidad chispeante ha dicho un periódico, ó en esta capital del Congo, con vistas á Gerolstein, que ha dicho otro, — ejerciendo el hombre de verdugo y las inofensivas bestias de víctimas, este libro tendría mayores proporciones. No quedarán perdidos tales datos, sin embargo. Apuntados están, y no tardarán en salir á la vergüenza, para confusión de las Autoridades, del Profesorado y de la Prensa, que son los llamados á encauzar y dirigir las costumbres públicas por los senderos del bien.

Carreteros que rompen los palos en los cuerpos de

las bestias, encojándolas ó abatiéndoles las orejas con inhumanos golpes; cocheros que se *entretienen* (los de lujo más que los *simones*, lo vengo observando) en atormentar á los caballos á fuerza de latigazos en las partes más vulnerables, vengándose en ellos tal vez de la superioridad de sus amos; empedernidos gañanes que clavan hasta doblarlo, como yo lo he visto, el alevoso pincho en las trémulas carnes del fatigado buey hiriéndole en los pechos y en el morro, hasta hacerle bramar en el paroxismo del dolor; cobardes encanallados que persiguen al perro y al gato en la vía pública, no dejándoles parar en parte alguna y dando espectáculos tan repugnantes que avergonzarían á un zulú... esto, esto es lo que se ve de continuo en la culta capital de las Españas, á los seis años de haberse legislado en el Proyecto de Ordenanzas Municipales, cuyo paradero se ignora, la penalidad de los contraventores á sus humanitarias cláusulas en favor de los nobles y útiles animales.

¡Vergüenza da decirlo! Ha habido un carretero que en la odiosa ceguedad de su cólera, después de haber apaleado inhumanamente á una mula, *le arrancó la lengua!*... Ha habido un bárbaro *antropófago* que á las bestias que guiaba les *mordía* en el morro y en las orejas, hasta hacerles saltar la sangre á chorros; quien ha matado á palos á una jaca en medio de la calle; quien ha hecho levantar á un caballo, medio muerto de fatiga en día de San Isidro, impregnándole en agua-rrás los órganos generadores y prendiéndoles fuego el vil; quien ha desollado á un perrito el lomo por comérsele una piltrafa, echándolo á la calle con la piel caída á ambos lados á guisa de siniestras solapas, con-

moviendo á todos con sus desgarradores aullidos, hasta que el que esto escribe le despenó piadosamente con una sangría suelta. En fin, ha habido un monstruo de maldad, suma y compendio de la perversidad humana, que al golpe de la innoble navaja ha interrumpido, con la mutilación y estrago consiguientes, la unión copulativa de dos desdichados canes, estremeciendo de horror sólo el pensarlo.

¡Y todavía hay escritores, de éstos que guían é ilustran á la opinión desde las columnas de periódicos reputadísimos que, á trueque de hacer reir con *gracias* deslabazadas á los espíritus groseros, se mofan de las almas compasivas que abominan de las crueldades inútiles! Si, pues, uno de los signos más característicos de los grados de cultura de un Pueblo es el mejor ó peor trato que da á sus animales, razón hay para decir, á la faz de esos *leaders*, que España es uno de los países más atrasados en el concierto civilizador de las naciones.

Julio Claretie ha tenido inspirados acentos de compasión, en una de sus mejores obras, para el caballo que cae en la vía pública, viejo, achacoso, rendido de fatiga para no levantarse más, entre las carcajadas hediondas de la canalla de ambos sexos. Que deduzcan la consecuencia las harpías de *polisón* que se desternillaban de risa, hará próximamente dos años, al ver agonizar á un hermoso caballo blanco, enganchado á un carro de mudanzas, que cayó reventado en una mala vuelta desde la plaza de Santo Domingo á la calle de Preciados.

No ha mucho, un cochero de casa grande atormentaba á los nobles alazanes puestos bajo su *custodia*

descargándoles sendos golpes con enorme llave inglesa sobre sus cuitadas nalgas. Después les cruzó repetidas veces la cara con el látigo — ¡miserable!, — y luego, *descendiendo de su trono* para dejar tamaño á Torquemada, colocó en la lanza del carruaje una rodaja guarnecida de largos y agudos pinchos que se los clavaban en los ijares al menor vaivén de la misma. Mientras afeaba, con toda la energía de que soy capaz, conducta tan odiosa, observé que dos lindas *señoritas*, tan lindas como necias, se reían ruidosamente. ¿De qué se *reirían* aquellas *señoritas*?...

Dos palabras sobre el repugnante espectáculo que ofrece, en plena *villa coronada*, el exterminio *oficial* de los perros por la estricnina. Si una sola gota de esta terrible substancia tóxica mata instantáneamente á un perro de mediana talla, ¿qué infinitesimal escrúpulo de gota se les administrará á los desdichados cuando tanto les dura la agonía, con escándalo y mengua de nuestra cultura? Convendría saber qué es lo que gasta anualmente el Municipio en estricnina, porque aunque es artículo muy caro (la onza una onza de oro), no creo que se necesite gran cantidad, manejada tan *económicamente* como se maneja.

Y si las nuevas Ordenanzas Municipales han de regir algún día, ¿cómo escapar el Ayuntamiento al rigor de su propia legislación penal respecto de los que infligen á los animales martirios innecesarios, cuando el ácido carbónico, científicamente propinado, como se propina á los perros perdidos en Inglaterra, acaba con la vida de éstos dulcemente, sin escándalos públicos ni crueldades irracionales?

Como en publicación más gráfica y concreta pienso

ocuparme detalladamente en este y otros excesos que pasan por moneda corriente y ya no deben pasar, doy fin á esta larga nota con dicha observación.

(86) Con el mayor placer leí en los periódicos del pasado estío que el gobernador de Madrid había prohibido la celebración de corridas de toros, novillos ó bueyes, etc., á los pueblos de la provincia que tenían en descubierto sus atenciones de instrucción pública.

¡Muy bien, Sr. Aguilera!... El castigo me parece, á más de morrocotudo, filosófico en alto grado.

En la Constitución del año 12 había un artículo, suma y compendio de todos los admirables progresos á ella llevados por sus inmortales autores, que despojaba de los derechos de ciudadanía al que, llegado á su mayor edad, no supiese escribir.

El retroceso infando del 14 y la ominosa década calomardina, en que se cerraban las Universidades y se abrían cátedras de Tauromaquia, condenando desde la altura de las esferas oficiales *la fatal manía de pensar*, entenebrecieron de tal modo el horizonte de nuestra patria que, privándola de los beneficios del fecundante sol que la hubiera desarrollado exuberantemente, agostó la fructífera semilla y convirtió en ingrato erial el bonancible campo en que cayera.

De aquella negra noche de diez años, en que á los infames ecos de *La Pitita* se gritaba *¡Vivan las caenas!* por los jenízaros del Rey-Chispero, y se pedía la Inquisición á gritos, y se apaleaba y acoceaba á los *negros*, y se ahorcaba á los hombres más nobles, y con ellos á la hermosa Pineda,

Del granadino Edén fragante rosa...

como ha dicho Villergas en elegantísimas octavas, pueden dar completa muestra las elocuentes palabras del historiador Lafuente en su *Discurso preliminar* de la de España cuando asienta que, durante su malhadado imperio, «parecía como que la Humanidad había retrogradado veinte siglos.»

En los demás Códigos fundamentales que sucedieron á aquel maravilloso Código, ya no se incluyó esa civilizadora cláusula; y republicano ha habido que, á nombre de la *inviolable*, de la *inmutable*, de la *inalienable* é *inenajenable autonomía federal, bilateral, pactista y sinalagmática* ha hecho cruda guerra á la instrucción gratuita y obligatoria, al punto de hallarnos, á los tres cuartos de siglo de haberse consignado por los legisladores de Cádiz aquel principio sacrosanto, á la altura de Rusia y de Turquía en instrucción primaria, pues hay doce millones de españoles que *no entienden de letra*.

¡Dad, dad *autonomía* á esos *sinalagmáticos* y veréis el uso *tan delicado* que hacen de ella!

Dejar, pues, sin toros á los pueblos ignorantes y avaros que matan de hambre á los desventurados dómines, es un castigo tan *encuadrado*, tan *oportunista*, tan *chic*, que el Diabolo se lleve mi dinero si pudo ocurrirsele á otro en el mundo que al Sr. Aguilera tan peregrina idea.

¡Me río yo del que comparaba las sopas de ajo con las botas del Rey de Prusia! Porque, en efecto, ¿qué tiene que ver lo *juno* con lo *jotro*, ni los toros con las deudas de los *monterillas* á los dómines? Y sin embargo, ahí duele. Lo natural, lo lógico, parecía obligar al deudor á pagar al acreedor. Pero el Sr. Aguilera lo

entiende de otro modo. Su lógica especial, *sui generis*, que podríamos llamar *ad usum palurdum*, le dará un buen resultado: el mismo que le daba á mi noble padre el *castigo de panza* que me imponía cuando de niño no sabía la lección, pues excitada mi pituitaria con el olorcillo de las viandas, y honrando el refrán que dice «Más estudia un hambriento que cien letrados», hacía *de los ojos lanternas* para aprenderme una lección á que antes había sido refractario.

Quiero con esto decir que el Sr. Aguilera no satisfará mi deseo con su providencia condicional, pero satisfará el suyo, y algo es algo: los alcaldes pagarán, los maestros cobrarán, la instrucción se difundirá, y aun cuando las corridas no acaben de *sopetón*, pues *no se ganó Zamora en un hora*, por lo menos se *humanizarán*, y mañana... mañana.. ¿quién sabe lo que ocurrirá mañana?... Si los dómines agradecidos cumplen con su deber, inculcarán en el ánimo de sus tiernos alumnos costumbres razonables, y procurando encauzar á la nueva generación por las corrientes de la cultura europea... tal vez *medremos*, que decía Sancho.

Y esta gloria, nadie podrá disputársela en justicia al Sr. Aguilera.

Ahora ¿quiere saber esta Autoridad qué es una *junción de cuernos* en un pueblo para *solenizar católicamente* las fiestas de sus Santos titulares?

Pues oiga, oiga, oiga y avergüéncese, como buen español ilustrado, de actos de tan indigno salvajismo que hacen hervir la sangre de todo hombre decente.

Habla un testigo ocular:

«En varios pueblos de la provincia de Guadalajara tienen una costumbre bastante (¿bastante ó demasiado?)

estúpida, la cual consiste en lidiar dos novillos, uno que le titulan *el de los casados*, y el otro *el de los solteros*, el día de la Virgen ó del Santo titular.

»Empiezan por la mañana lo que llaman *la prueba*, que consiste en correr el cornúpeto, y si da juego lo admiten, esto es, si revienta á alguno.

»Por la tarde, todos los mozos, provistos de fenomenales varas, pues hay quien no puede manejar la suya, y de cuchillos de monte, y hasta bayonetas y machetes (¿y qué hacen estas armas del Ejército en poder de tales cafres?), bien amarrados á las varas, se preparan á dar muerte al animal así que la boca del alcalde ó del juez (¡bocas de *ángel!*) pronuncie la esperada voz «¡Que muera!» Entonces cada cual mete al *bicho* su enorme arma, y cuando ya tiene dos ó tres arrobas de hierro dentro del cuerpo (¡Africa! ¡Africa! ¡Cómo te calumnian!), cae en medio de aquel pueblo bárbaro, sin que ni para correas sirva su pellejo.»

¡Qué barbaridad! ¡Qué brutalidad! ¡Qué bestialidad!...

«Al día siguiente se reparten la carne, y cada cual se lleva su lote adonde quiere. Después van á la plaza, en la cual guisan los huesos en grandes calderas.

»Mientras dura el guiso bailan los mozos en un lado, y las mozas en otro, al son de las guitarras y bandurrias, pero sin separarse de los huesos.»

Pues es casi lo mismo que lo que practican los indígenas del Gabón, posesión francesa en la costa oriental de África (Guinea Superior), para desintoxicar á los pacientes de las mordeduras de los reptiles, abundantísimos, y á más muy ponzoñosos, en aquel ingrato suelo. Cuelgan de un gancho un caldero, en el cual hierven los ingredientes apropiados: la familia y deudos del herido, entre los que éste dormita penosamente, rodean el caldero; al son del *tan-tan* de un tamborzuelo que toca un *sacerdote* (salvaje, se entiende)

cantan y se mecen, sentados con las piernas cruzadas en el santísimo suelo y bajando y alzando la cabeza alternativamente, mientras otro *sacerdote*, completamente desnudo y corriendo como un descosido por la pista libre entre el caldero y los salvajes, se embucha sendas escudillas del líquido ya enfriado, que, produciéndole espasmos y convulsiones, le hacen rodar por tierra arrojando espumarajos por la sacerdotal boca; y espumarajos que le vienen de perlas al enfermo, trasegados con ávida *fe* á su estómago, para desintoxicarse *al pelo*.

Pero no ha acabado mi colaborador.

Allá va el final:

«Además se corre toda la vacada del pueblo, dejando los chotos para los niños; dándose con frecuencia el caso de que alguno de aquéllos levante un chichón de consecuencias al hijo de su amo, ó le fracture un miembro.»

¿Ha oído V. E., Sr. Gobernador, lo que pasa en la provincia de Guadalajara? Pues lo mismo pasará de fijo en la de Madrid, y vea usted cómo ha prestado un señalado servicio á la civilización prohibiendo esas *funciones* en pueblos tan *prácticos* en ellas y tan *platónicos* en instrucción.

Pues persevere V. E. en su nobilísima conducta de imponer *el ayuno con abstinencia de toros*, siempre que la ocasión se le presente, á los pueblos de su jurisdicción que lo merezcan: que no faltará quien se lo agradezca en esta vida, mientras la posteridad le hace justicia.

Esa justicia que vislumbro en lontananza, tributada por la Historia, en una época de mayor progreso para

el mundo que la menguada que alcanzamos, á cuantos, rompiendo los moldes de la rutina ciega, han coadyuvado al quebrantamiento de costumbres poco cultas é inhumanas que serán la vergüenza de los venideros, los cuales nos tratarán seguramente como nosotros tratamos á las generaciones que derramaban la sangre en el Circo y gozaban aspirándola en báquicas orgías y en saturnales inmundas.

Diez y nueve siglos de Cristianismo no han hecho adelantar á la Humanidad gran cosa en el camino de la Moral: somos más hipócritas, más disimulados, más artificiosos que los paganos, pero no mejores que ellos: si el *Diablo Cojuelo* levantase otra vez los techos de nuestras viviendas, ¡qué de horrores contemplaría en hogares que pasan por immaculados y en familias á las que se tiene por prototipos de virtud heroica!

En la lucha tremenda por la existencia, nadie se ha detenido á moralizar á los pueblos: su propio instinto es el que les ha salvado ó perdido. Y la lucha continúa, pero más encarnizada y violenta. Ayer eran los esclavos acaudillados por Espartaco los que hacían temblar á Roma con los gritos de sus victorias, hasta caer destrozados por las legiones de Craso; hoy son los proletarios los que caen bajo la cuchilla del verdugo de Chicago, y los que roban el sueño á los Cancherberos del orden en Europa y América con sus huelgas y protestas contra la desigualdad social.

¿Pasarán aún otros diez y nueve siglos sin que el mundo haya afirmado su Moral sobre indestructibles bases, sobre las bases de la caridad y de la piedad con los hombres y con los animales, que hagan imposible el derramamiento de la sangre de éstos para

divertir á aquéllos, é imposibles también las contiendas fraticidas en esos inmensos campos de batalla adonde se citan las naciones para despedazarse mutuamente, y con la saña y furia con que jamás se destrozaron los leones y los tigres del desierto?

¿Ó bastarán, por el contrario, para la completa transformación social que soñara Víctor Hugo los cuatrocientos años que asignó de plazo al término de todas las iniquidades, de todas las injusticias, de todas las abominaciones y horrores de la humanidad sobre la Tierra?

De cualquier modo que sea, el plazo es aterrador por lo largo, y es de esperar que lo acorten la Civilización y el Progreso, si la teoría de la perfectibilidad humana no es vana quimera y el hombre se ha de perfeccionar al fin.

CONCLUSIÓN

Terminada la impresión de este libro en los críticos momentos en que la última epidemia se cebaba en todas las clases sociales, pero especialmente en la desvalida, en la menesterosa, en la desheredada, ofreciendo el desgarrador espectáculo de hombres, mujeres y niños expirando de hambre, de frío y de miseria, en viviendas inhabitables, desmanteladas, infectas y sobre el duro y frígido suelo, ó en *camastros sin blanduras ni cubiertas*, como ha dicho *El Imparcial*; preocupada la atención pública con el fenómeno que ha desalquilado las estanterías de las *Funerarias*, que ha obligado á improvisar hospitales y hecho nacer Juntas de socorros que han humedecido con unas gotas de agua (y Dios se lo pague á los que los han humedecido) los abrasados labios del hidrópico devorado por la sed, el autor no creyó prudente darlo á luz en tan anormales circunstancias.

Hoy que todo vuelve, afortunadamente, á su cauce natural; en que la salud de un tierno niño ha ahuyentado quizás el fantasma de una guerra civil encarnizada, larga y cruel, como lo son todas las nuestras, y que hasta tenemos Gobierno (!), conjurada ya la laboriosa crisis que ha demostrado que sin el hombre del

morrión y de los botines blancos no hay salvación posible para España, hoy ya puede ver la luz esta insignificante obrita, sin faltar á ninguna conveniencia pública ni privada.

Y en prueba de que no es ilusión tanta fortuna, la Diputación Provincial Madrileña, llena de regocijo y *ya en carácter*, saluda la nueva alborada con... *una corrida de toros á beneficio de los pobres.*

¡Válate Dios por pobres, ó *probes*, ú como se diga!

Junción pa la cual han ofrecido toros *gratuitamente* los ganaderos Sres. Solís, Hijas de Aleas y Palla, y poniendo *precio á los suyos* el almirante Colón, digo, el ministro de Fomento, y los Sres. Gómez (Don Félix), Martínez y Mazpule.

También un impresor ha ofrecido *toda la obra de su cometido* que se necesite para la corrida, que es lo mismo que ofrecer agua á los peces que nadan plácidamente en ella, pues la Diputación Provincial tiene la imprenta más *apañáa* al efecto que darse pueda.

Item: los alumnos de la Facultad de Medicina han pedido la Plaza á la Diputación para dar *otra corridita* también *pa* los *probes*; pero la Diputación ha contestado que antes es ella, y después determinará.

Resultado: que antes se daba una corrida de *Beneficencia* al año, desde el 88 se daban dos, y éste, si Dios no tiene de su mano á la Diputación Provincial, por lo menos serán *tres*; y siga el potaje de *Beneficencia* y *cuernos*, la ensalada de *caridad* y *sangre*, y el *ájili-mójili* de *banderillas de fuego musicales* y de *amor al prójimo*... contra la esquina.

¡Ah! *La Correspondencia* nos ha dado un *notición* de efecto, que podrá servir en su día de efeméride su-

blime... El iniciador de esa corrida de toros *invernal* «lo ha sido el vicepresidente de la Diputación D. José Cortina y Estecha.»

Notición trascendentalísimo á que *El Resumen* cuelga un gracioso comentario en verso.

Esto dicho, sólo resta añadir que el texto de la obra, en la parte que se refiere al año *actual* y al *pasado*, se sobreentiende con relación á los dos anteriores, cuyo último es el que figura por pie de imprenta en la portada interior, aunque en la exterior conste ya el 90.

Además: que nadie como su autor sabe que esta obra tiene innumerables defectos; pero conste que está escrita sin pretensiones y con el único objeto de administrar una píldora *antitáurea* con la suavidad posible. De ahí su apelación al verso, que como la capa todo lo tapa, pues para hablar en buena prosa tiene poca autoridad, después de lo mucho y bueno que han dicho sobre el asunto escritores distinguidos.

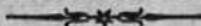
The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem of the origin of life. It is shown that the origin of life is a problem of the first importance, and that it is one of the most interesting and important problems of the present day. The author discusses the various theories of the origin of life, and shows that the most probable theory is that of spontaneous generation. He then discusses the conditions under which life could have originated, and shows that the conditions are not so favorable as is generally supposed. He concludes that the origin of life is a problem of the first importance, and that it is one of the most interesting and important problems of the present day.

The second part of the paper is devoted to a detailed discussion of the origin of life. It is shown that the origin of life is a problem of the first importance, and that it is one of the most interesting and important problems of the present day. The author discusses the various theories of the origin of life, and shows that the most probable theory is that of spontaneous generation. He then discusses the conditions under which life could have originated, and shows that the conditions are not so favorable as is generally supposed. He concludes that the origin of life is a problem of the first importance, and that it is one of the most interesting and important problems of the present day.

ÍNDICE.

—

A los señores taurófbos	5
Prefacio.	11
Canto primero.	22
— segundo.....	29
— tercero.....	37
— cuarto.....	45
— quinto.....	53
— sexto.....	61
— séptimo.....	67
— octavo.....	79
— noveno.....	91
— diez.....	99
— once.....	109
— doce.....	127
— trece.....	137
— catorce.....	143
Notas.....	151
Conclusión.....	243

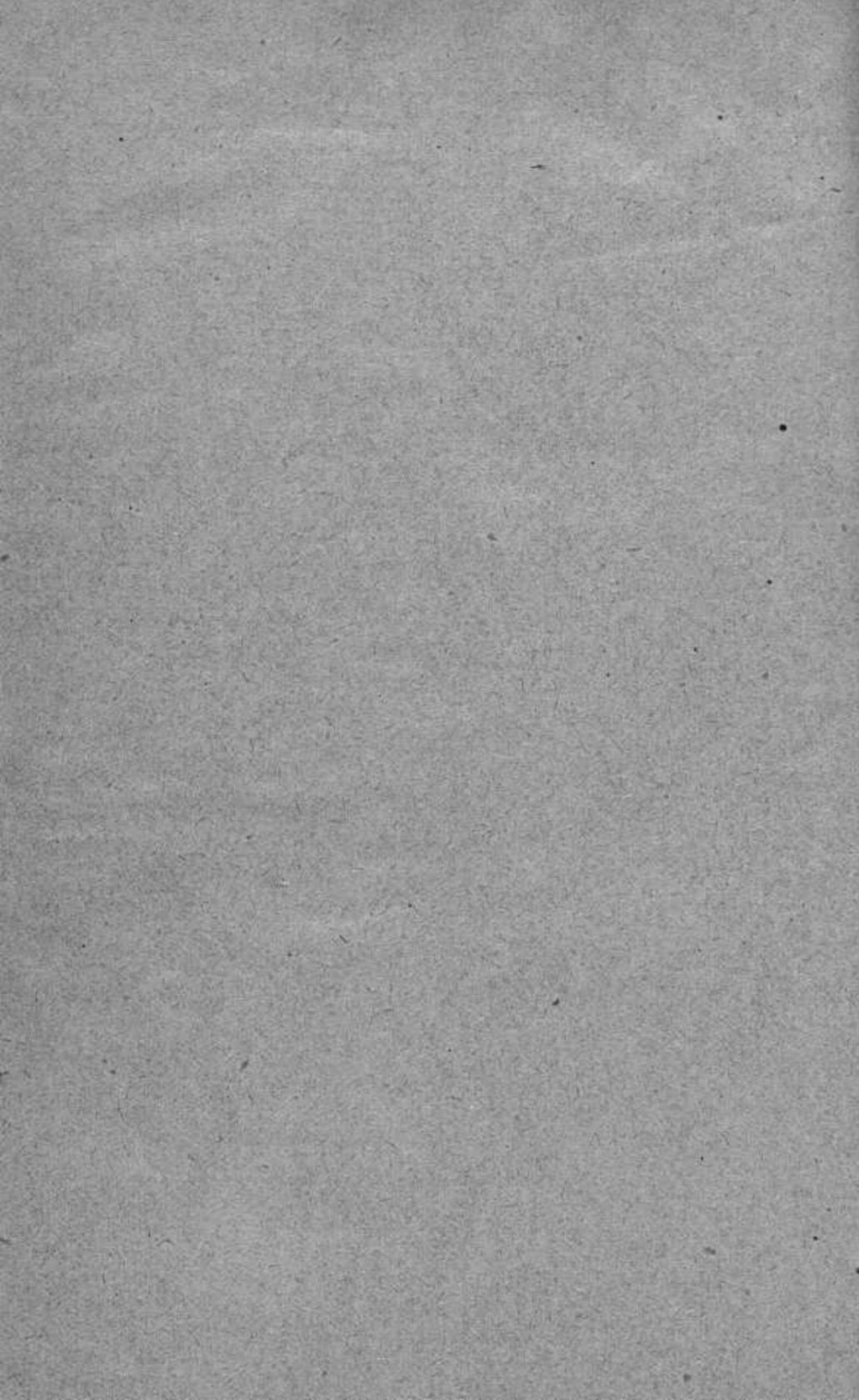


INDEX

1	Introduction
11	Chapter I
23	Chapter II
30	Chapter III
37	Chapter IV
45	Chapter V
52	Chapter VI
61	Chapter VII
70	Chapter VIII
78	Chapter IX
87	Chapter X
96	Chapter XI
105	Chapter XII
114	Chapter XIII
123	Chapter XIV
132	Chapter XV
141	Chapter XVI
150	Chapter XVII
159	Chapter XVIII
168	Chapter XIX
177	Chapter XX
186	Chapter XXI
195	Chapter XXII
204	Chapter XXIII
213	Chapter XXIV
222	Chapter XXV
231	Chapter XXVI
240	Chapter XXVII
249	Chapter XXVIII
258	Chapter XXIX
267	Chapter XXX



Se vende a dos pesetas en las principales librerías.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

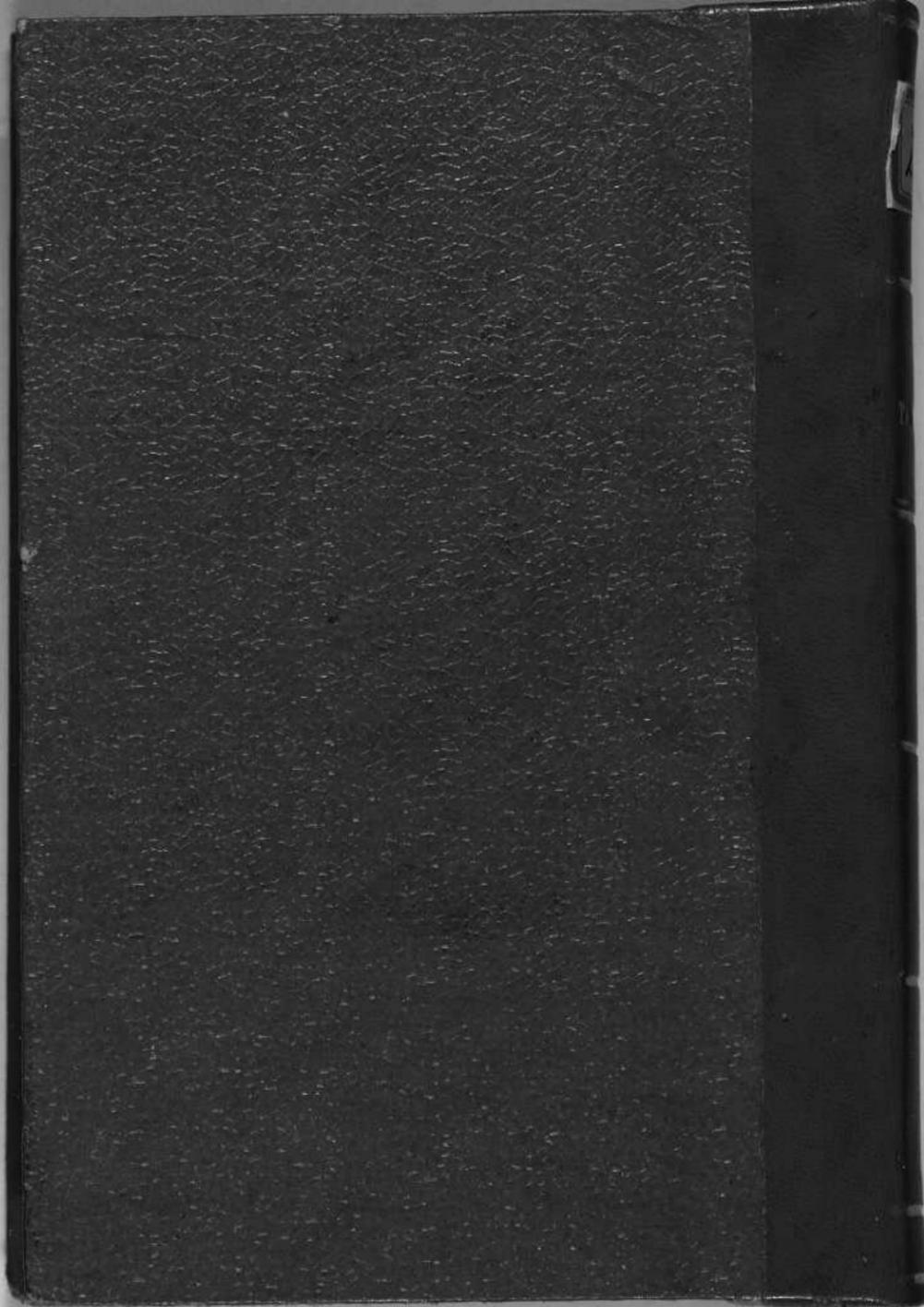
Pesetas.

Número.. 260 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición

Tabla..... 6 | Valoración actual.....

Número de tomos..



260.

LA

TRUOMONIA